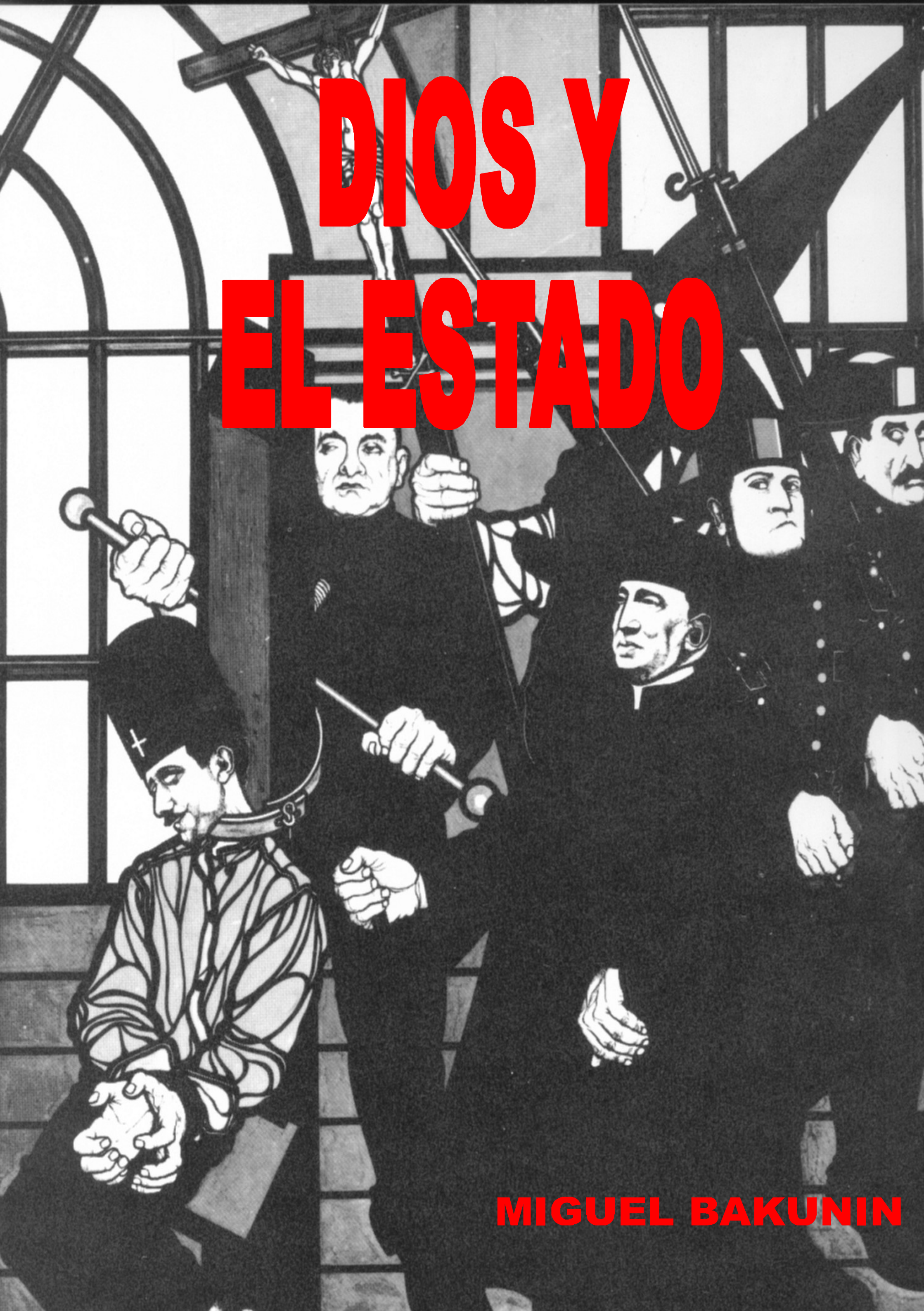
DIOS Y EL ESTADO



MIGUEL BAKUNIN



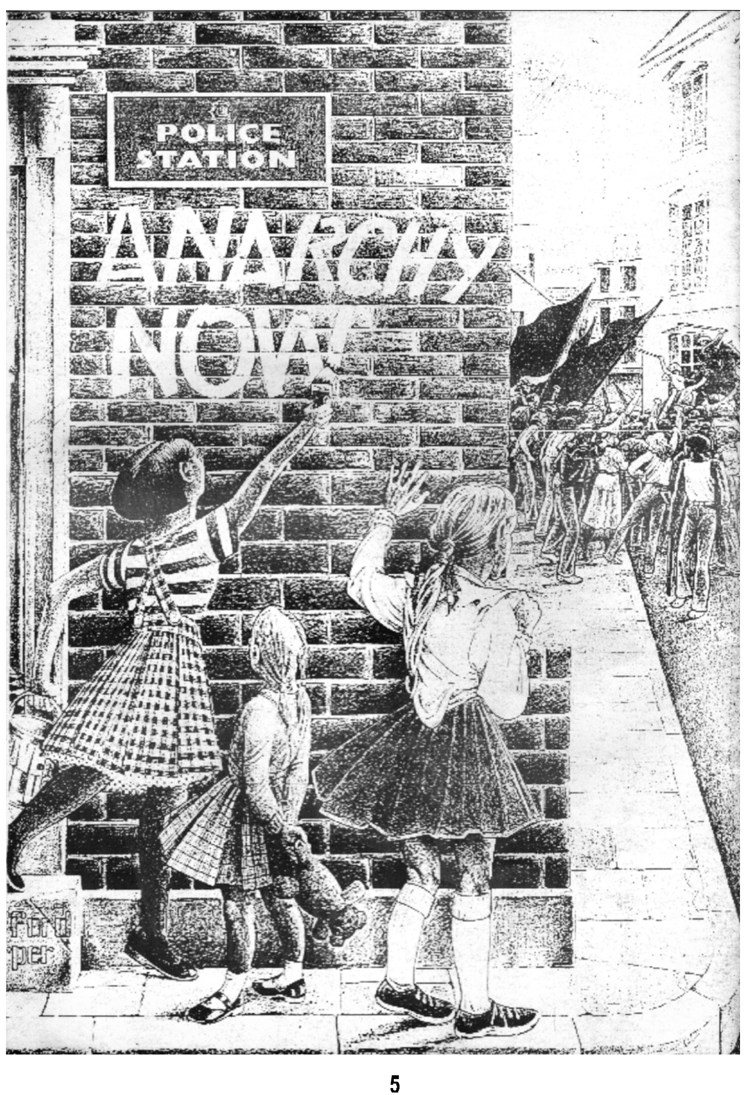
Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)

2006ko irailean argitaratua


DIOS
Y EL
ESTADO



ÍNDICE





PREÁMBULO EDITORIAL

(Este preámbulo pertenece a la edición de mayo de1979 de la Editorial Júcar no constando el nombre del autor de la misma)

La figura de Mijail Aleksandrovich Bakunin (20 de mayo de 1814 - 1 de julio de 1876) es una de las más apasionantes -y apasionadas- de la historia romántica de las revoluciones y del mundo. Luchador inagotable, conspirador perpetuo, enamorado de la acción directa y de las sociedades secretas -durante un tiempo juvenil repartió carnets de afiliado a sectas casi imposibles-, el hombre de quien el prefecto de la policía republicana diría, en los días de la Revolución francesa de 1848, «¡Que hombre! El primer día de la revolución es un tesoro, pero al siguiente habría que fusilarlo»[1], porque su fogosidad combativa, su rechazo de cualquier síntoma de autoritarismo, su negativa airada a pactos y componendas componían una personalidad incontrolable a la que, además, su gigantesca figura y electrizante oratoria conferían un gran poder de captación de masas, que le hacían doblemente peligroso para l@s aspirantes al poder y al control social.

Bakunin tomó parte en cuantas revoluciones y revueltas estuvieron a su alcance, y cuando no pudo participar directamente trató de ayudar de alguna manera, o de provocar otras, en Rusia, en Polonia, en Alemania, en Austria, en Francia, en Italia... Su nombre fue así adquiriendo un renombre mítico entre el proletariado revolucionario, entre la burguesía asustada y entre las policías de países variados, y ni éstas ni los ataques de sus enemig@s polític@s, que quisieron hacerle pasar por agente zarista -entre ell@s, Karl Marx, que publicó el infundió, tal vez con sana intención por entonces, en la Neue Rheinischa Zeitung, en 1848-, pudieron destruir su enorme atractivo popular. Richard Wagner, el músico, con quien estuvo en las barricadas de Dresde en 1849, decía que «todo era colosal en él, estaba lleno de fuerza y exuberancia primitiva», y era una impresión que se comunicaba a l@s demás. En Dresde fue detenido, condenado a muerte, trasladado a Austria y luego a Rusia y a Siberia, de donde escapó por fin en 1861, regresando a Europa a través del Japón y los Estados Unidos, para continuar sus actividades de agitación.

Capitaneó la oposición antiautoritaria y proudhoniana de la Asociación Internacional de l@s trabajadores, la I Internacional, creando luego su Alianza Internacional de la Democracia Socialista, que pretendía ser una vanguardia revolucionaria dentro de la propia Internacional, frente al sistema burocratista del Consejo General de Marx y Engels. El enfrentamiento fue registrando victorias parciales de ambos bandos hasta que Marx, viendo en peligro su posición, terminó la partida de un manotazo al tablero, en el Congreso de La Haya de 1872, provocando la expulsión de Bakunin por estafador y escisionista (produciendo de ese modo la consiguiente escisión), y trasladando la sede del organismo a Nueva York, donde iría muriendo dulcemente de aburrimiento (la rama bakuninista duraría bastantes años más), en vista del escaso fruto de sus constantes ataques, más personales que otra cosa, contra el ruso; ataques que l@s seguidores de este último -véase el "Prefacio" de cafiero y Reclus, a guisa de ejemplo, y la velada alusión de Nettlau en la "Nota introductoria"- nunca perdonarán. El propio Bakunin les concedía menos importancia, y todavía en 1870 ó 1871, escribía que Marx era persona «de una gran inteligencia, profundamente cultivada, cuya vida hemos visto dedicada enteramente a la más noble causa que puede existir hoy: la emancipación de l@s trabajadores» o también que «aunque más joven que yo, Marx era ya entonces ateo, docto materialista y socialista coherente...», aunque en 1872, por ejemplo, dijese también que el folleto de Engles y Marx Las pretendidas escisiones de la Internacional, dirigido contra él y l@s suy@s, no era «propiamente una espada [de Damocles], sino el arma habitual del señor Marx: un montón de basura».

Agotado y envejecido, Bakumin se retiró por esa época a la casa de Carlo Cafiero en Locarno, y en adelante apenas si tomó parte activa en otra cosa más que en un abortado intento revolucionario en Bolonia, en el verano de 1874. Moriría en Berna dos años después.

Como es natural, Bakunin no dejó ningún texto teórico de altura en el que expusiese con rigor y método suficientes su doctrina revolucionaria, probablemente porque en su cabeza no existía tal doctrina rigurosa y metódica, falto de tiempo, y de ganas, de elaborarla ni, mucho menos, escribirla. Puede decirse que la acusación de Marx de que no tenía fundamento teórico alguno, era justificada, pues su gran formación filosófica, aunque desusada en un hombre de acción, era deficiente para un teórico puro. Incluso este texto que aquí presentamos, Dios y el Estado, pese a ser su obra más conocida y celebrada, forma parte de otra más amplia e inacabada, L'Empire Knouto-Germanique et la Révolution Sociale, y está a su vez incompleto. Podrá comprobarse que, aunque muchas veces proponga argumentos potentes, ideas brillantes y que, en suma, pueda ex-

traerse perfectamente una conclusión que nos permite estructurar con precisión su sistema de ideas -lo que, probablemente, fue el motivo de su amplia e inmediata difusión a partir de 1882 en que salió por primera vez a la luz— el trabajo de Bakunin está lleno también de retórica agobiante, ingenuidades, reiteraciones, ideas peregrinas o meras hipótesis que se asumen como si se tratara de axiomas científicos, arbitrariedades, confusión... Dios y el Estado es, además, una dura requisitoria contra los sistemas tradicionales de privilegio y algunas de sus sustentaciones teóricas , y constituye la mejor presentación -o representación— de Bakunin, como un espejo de su propia personalidad. Las circunstancias del manuscrito, aclaradas en la "Nota introductoria" de Max Nettlau, biógrafo de Bakunin e historiador anarquista, y las indicaciones polémicas de Cafiero y Reclus, discípulos directos de Bakunin y primeros editores de Dios y el Estado, nos ayudan a situar el libro en relación a la manera de ser y hacer de su autor y en el contexto de su época y sus enseñanzas.

Para Bakunin un escrito tenía siempre un valor instrumental, la teoría tenía que servir de auxiliar a la acción, y siempre había a la vista alguna acción más atractiva que impedía la culminación definitiva de cualquiera de los numerosos proyectos teóricos que comenzó en su vida. Dios y el Estado, hay que insistir, es un buen ejemplo de todo ello: «deslavazado, reiterativo, pobremente estructurado y lleno de disgresiones y largas notas a pie de página que tienden a amortiguar su impacto polémico», en palabras de Paul Avrich, constituye, sin embargo, el intento más riguroso de su autor.

La presente edición recoge, en una primera sección con ese título, el texto de Dios y el Estado según fue publicado, por primera vez, por Cafiero y Reclus en 1882 (es decir, las páginas 149 a 210 y 214 a 247 del manuscrito original), incluyéndose el "Prefacio" escrito por ambos. A esa sección se añade con el título de "Dios y el Estado: nota sobre Rousseau", que ocupa las páginas 286 a 340 del manuscrito original, de las que no dispusieron los editores de la sección anterior, siendo recuperada por Nettlau e incluida en el volumen primero de las Oeuvres, sin el resto del libro. No recogemos aquí, por el contrario, el texto de las páginas 248 a 286 del manuscrito (de las que nace, precisamente, la "Nota sobre Rousseau"), porque constituyen una digresión poco interesante, y sin mucho que ver con el resto, sobre el filósofo francés Víctor Cousin (1792-1867) y su doctrina del eclecticismo. Esta digresión se presenta en trece apartados numerados, y el decimotercero se interrumpe en mitad de una frase, al igual que la "Nota sobre Rousseau" que recogemos. La "Nota introductoria" de Max Nettlau, que extraemos de la "Introducción" general al volumen primero de las Oeuvres[2] ofrece suficientes precisiones bibliográficas, y se hacen, por otra parte, algunas aclaraciones complementarias al comienzo de cada sección.

Finalmente, recogemos también un texto adicional, al que alude la "Nota" de Nettlau, que abunda en las mismas ideas, temas y argumentos de Dios y el Estado, aunque se escribiese independientemente, y se titula "De la naturaleza histórica del Estado: el principio del Estado", aunque hable, otra vez más de Dios que del Estado.

[1] Una biografía clásica es la de E. H. Carr, Michael Bakunin, Londres, 1937; traducido al castellano Bakunin, Grijalbo, Barcelona, 1970, 519 páginas; noticias menos detalladas, pero interesantes, pueden verse en L@s exiliad@s romántic@s, del mismo autor, Anagrama, Barcelona, 1969; en L@s anarquistas, de Joll, Griajbo, Barcelona, 1968; menos específicos, L@s anarquistas rus@s, de Paul Avrich, Alianza Editorial, Madrid, 1975; la fundamental obra de Franco Venturi, L@s populistas rus@s, Revista de Occidente; y Edmund Wilson, Hacia la estación de Finlandia, Alianza Editorial, Madrid, 1972. Todos ellos de fácil acceso. Para la influencia de Bakunin en España, vid. Anselmo Lorenzo, El proletariado militante, Alianza Universal, Madrid, 1974.

[2] Las Oeuvres de Michel Bakounine se publicaron en seis volúmenes en París, P. V. Stock Editeur, entre 1895 y 1913. El primer tomo al cuidado de Max Nettlau y los restantes al de James Guillaume, amigo y discípulo de Bakunin y animador de la Fédération Jurassienne de la Internacional. No son completas, sino lo escrito en francés. Diego Abad de Santillán preparó una edición en castellano (Barcelona, 1934) reeditada luego en Sudamérica. Numerosos textos inéditos en los Archives Bakounune del Intennationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis Leiden (Holanda), 1961 y ss.

NOTA INTRODUCTORIA

Max Nettlau

(Parágrafo III de la "Introduction" al tomo I de Oeuvres de Michel Bakounine (Fédéralisme, socialisme et antithéologisme. Lettres sur le patriotisme, Dieu et l'État). Paris, P. V. Stock Éditeur, 1895. Reeditadas en facsímil por la misma casa en 1972)

Una vez más, Bakunin se propuso ofrecer al público el conjunto de sus ideas, como siempre, por medio de un escrito ocasional que se fue transformando en una obra larga. Para encontrar su origen, tenemos que comenzar por examinar la acción política y literaria de Bakunin durante la guerra franco-alemana de 1870-1871.

El 26 de junio de 1870 Bakunin volvió a Ginebra a Locarno, pasando por Neuchâtel. Comenzó a exponer después de las primeras derrotas, sus ideas sobre el método revolucionario que era preciso adoptar para, primero, resistir la invasión, y, luego, hacer una revolución social. Sus puntos de vista los presentó en forma de Cartas a un francés. Hacia la segunda quincena de septiembre de 1870[3] se publicó en Neuchâte una edición esas cartas, aunque resumidas y arregladas de manera que se presentasen como un artículo de actualidad. El 9 de septiembre, Bakunin salió de Locarno hacia Lyón, vía Berna. Abandonó Lyón tras los acontecimientos del 29 de septiembre, llegando a Marsella al día siguiente. Pero volvamos, puesto que quiero limitarme a anotar su actividad literaria de la época, a sus escritos. Tenemos otras Cartas a un francés suyas, y un estudio inconcluso: El despertar del pueblo, cuya última parte parece que fue escrita ya durante la estancia en Marsella. Hay también el principio de una carta Esquiros, exponiéndole las mismas ideas, y una carta a un amigo de Lyón (Palix), escrita en los días en que abandonaba la ciudad. De todas formas en Marsella logró todavía menos que en Lyón hacer prevalecer sus ideas sobre la resistencia a la invasión mediante una revolución social hecha sobre bases federalistas.

Veamos un extracto de una carta escrita a un amigo ruso el 23 de octubre de 1870: «... cuando recibas esta carta estaré camino de Barcelona, o quizá haya llegado ya. Tengo que irme de aquí porque no encuentro absolutamente nada que hacer, y no creo que se pueda encontrar nada bueno que hacer en Lyón... Querido, ya no tengo fe alguna en la Revolución en Francia. Este pueblo ya no tiene nada de revolucionario... El pueblo mismo se ha vuelto doctrinario, razonador y burgués como los burgueses... Los burgueses son odiosos. Son tan feroces como estúpidos... y como tienen sangre de policía en las venas... ¡se diría que son todos alguaciles o fiscales generales en potencia!... Voy a responder a todas sus infames calumnias con un librito en el que llamo a todas las cosas y a todas las personas por su nombre... Dejo este país con el corazón lleno de profunda desesperanza...»

En esta carta nos encontramos con el primer proyecto del libro del que Dfios y el Estado, publicado en 1882 por C. Cafiero y E. Reclus, es un fragmento.

Bakunin no fue a España, sino, pocos días después de esta carta, a Lorcano, vía Génova[4]. Allí tomó su proyecto una forma más precisa. En carta a un amigo de Ginebra del 17 de noviembre, dice (en ruso) que ahora ya no está escribiendo un folleto, sino un libro entero, y ha tomado medidas para hacerlo publicar en Ginebra. Si bien la primera parte de ese nuevo libro enlaza con las Cartas a un francés y los acontecimientos de Francia, Bakunin se sitúa muy pronto en terreno filosófico, y se queda en él. En los márgenes de su ejemplar del Curso de Filosofía positiva, de Auguste Comte, están anotadas las fechas 10, 12, 17 y 18 de diciembre y de esos estudios sale un largo manuscrito (inconcluso) cuyas páginas 82 a 256 se conservan todavía. Este manuscrito, tras una discusión sobre la situación en Francia (cuyo comienzo falta, de la página 1 a la 81) y algunas páginas sobre el socialismo, toma en la página 107 el título Apéndice, consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre. Pese a haber sido escrito inicialmente como "Apéndice" a las páginas 1 a 107 del manuscrito en cuestión, éste se cita varias veces en las páginas del de Dios y el Estado como "Apéndice" al mismo, aunque le sea posterior; habrá sido probablemente arreglado, por tanto, antes de su publicación.

Finalmente y sin duda durante febrero y los primeros días de marzo de 1871, escribió Bakunin un manuscrito de 340 páginas que se conserva aún hoy día, aunque repartido entre tres países distintos y a falta de tres páginas.

La primera entrega de esta obra se imprimió en la Imprenta Cooperativa de Ginebra, con el título La revolución social o la dictadura militar (páginas 1 a 138 del manuscrito), pero dado que la impresión era muy deficiente, se compusieron en Neuchâtel dos fe de erratas y un nuevo título: El Imperio Knuto-Germánico y la Revolución Social, siendo publicado el folleto

a finales de mayo de 1871.

También se habían compuesto en Ginebra las páginas 138 a 148 del manuscrito (hasta el 20 de marzo) y esa parte se titulaba Sofismas históricos de la escuela doctrinaria de los comunistas alemanes. Se pretendía continuar publicando la obra, por entregas y folletos, en Neutâtel, pero la falta de dinero impidió la edición y, en septiembre de 1871, se abandonó el proyecto definitivamente. Bakunin envió entonces el manuscrito de La Teología política de Mazzini y la Internacional a Neuchâte, siendo publicado inmediatamente. En efecto, con una primera carta publicada en italiano, en agosto de 1871, como suplemento al Gazzetino Rosa, de Milán, y en Libertad, de Bruselas, en francés, Bakunin había iniciado una ardiente polémica contra las ideas mazzinianas, polémica que le ebsorbió durante ese invierno, junto con los asuntos de la Internacional, la resistencia frente a las ambiciones de l@s autoritari@s; y extrajo muchos argumentos del libro inédito para la polémica.

Sólo después del desenlace feliz de la lucha por la libertad en la Internacional, es decir, después del Congreso de Saint-Imier, en septiembre de 1872, se puso de nuevo Bakunin a redactar esa segunda parte: Sofismas históricos...; las páginas 3 a 75, de los últimos meses de 1872, se conservan aún.

Las páginas 149 a 210 y 214 a 247 del manuscrito de un total de 340[5] se publicaron en Ginebra en 1882 con el título Dios y el Estado (una nueva edición en París, 1893, en el taller de Révolte). Como los editores no tenían interés en publicar una versión literal, corrigieron el texto en varios lugares para ponerlo en un más correcto francés. El folleto, tal y como se editó, fue luego traducido al italiano, castellano, rumano, inglés, alemán, holandés y polaco.

Las páginas 248 a 340 estaban inéditas en francés[6]. (Hay también otras 24 páginas de una redacción anterior de las 248 a 279, y otras versiones desechadas de algunas otras partes del manuscrito). Dado que esas páginas constituyen la continuación que se creía perdida de Dios y el Estado, son las que merecen ser publicadas prioritariamente, aunque resulten algo decepcionantes; porque la falta de sentido de la proporción vuelve a mostrarse en la primera parte, que es un resumen detallado de la filosofía ecléctica burguesa de la primera mitad de este siglo.

Algún día se hará una edición de toda esta obra manuscrita junto con el "Apéndice", lo que dará fielmente el texto original de El Imperio Knuto-Germánico y de Dios y el Estado; allí se insertará el resumen; aquí, puesto que lo que quiero es insistir sobre todo en la parte teórica de la obra, doy los fragmentos teóricos más interesantes de este manuscrito, por desgracia inconcluso.[7]

Para terminar; es preciso explicar por qué el manuscrito quedó inacabado. Sus últimas partes se escribieron en marzo de 1871, en Locarno, y el trabajo fue interrumpido por el viaje de una quincena de días que Bakunin hizo a Florencia en esa época. Cuando regresó a Lorcano, en plana Comuna, se traslado al Jura, a Sonvillier y al Locle, para ocuparse de la revolución en Francia y no de aquel libro que se había vuelto tan puramente teórico. Allí escribió también el manuscrito de tres conferencias que dio en Sonvillier, en abril o mayo de 1871. Después de la Comuna volvió a Locarno, pero, como ya dije, al no ver posibilidades de publicar la continuación al primer folleto, renunció a terminar su manuscrito.

Así, pues, si bien Bakunin nunca consiguió presentar un conjunto de ideas completamente elaborado, vemos que trató de hacer todo lo que pudo, y que existen aún abundantes escritos inéditos en los que estudia a fondo cuestiones aisladas de este volumen; por ejemplo, un manuscrito inacabado de 36 páginas: De la naturaleza histórica del Estado. El principio del Estado, etc. En general, esos escritos se dividen en textos que se dedican a la propaganda de las ideas de la Internacional Antiautoritaria, textos de polémica contra Marx y Mazzini, sobre las cuestiones eslavas y fragmentos de la gran obra de la que forman parte los que se imprimen en este volumen.

11 de noviembre de 1984

N.

[3] Me informan de que el manuscrito se escribió los días 25 y 26 de agosto y 2 de septiembre.

[4] Ver el relato de su salida de Marsella, publicado po Ch. Alerini, en el Bulletin de la Fédération Jurassienne, del 1 de octubre de 1876.

[5] No he podido encontrar las páginas 211 a 213, aunque al menos una de esas páginas pasó por las manos de los editores de Dios y el

Estado. Dado que las páginas 149 a 210 y 214 a 247 se conservan en países distintos es explicable su extravío temporal o definitivo.
[6] He publicado extractos, traducidos al inglés, en el periódico mensual anarquista de Londres Liberty, mayo a septiembre de 1894.
[7] Naturalmente, los datos biográficos de los dos párrafos anteriores, de la nota 6 y del último párrafo que recogemos aquí, deben entenderse válidos solamente en el momento de escribir Nettlau su "Introducción". En 1913 se publicó el último de los seis volúmenes de las Oeuvres de Michel Bakounine. (Nota del editor de la edición de 1979).



MIKJAIL ALEKSANDROVITX BAKUNIN (PRIAMUKHINO,1814 - BERNA,1876)

PREFACIO

Carlo Cafiero, Elisée Reclus

(Este prefacio abría la primera edición de Dios y el Estado, publicada en París, en 1882, e iba firmado por los dos editores).

Uno de nosotros relatará en breve plazo la historia de la vida de Miguel Bakunin, aunque sus líneas generales son ya suficientemente conocidas. Amig@s y enemig@s saben que fue un hombre grande en pensamiento, voluntad y perseverante energía; saben también con qué altivo desprecio contemplaba las riquezas, el prestigio, la gloria, todas las ambiciones torcidas que ocupan a la mayoría de l@s seres human@s. Noble ruso, emparentado por matrimonio con la más alta aristocracia del imperio, fue un@ de l@s primer@s en formar parte de la intrépida pléyade de rebeldes que fueron capaces de despegarse de tradiciones, perjuicios, intereses raciales y clasistas, despreciando su propia comodidad. Con ell@s luchó en la dura batalla de la vida, agravada por el encarcelamiento, el exilio, todos los peligros y penalidades que l@s hombres sacrificad@s han de sobrellevar en sus atormentadas existencias.

Una simple piedra con un nombre señala el lugar en el que fue depositado el cuerpo de Bakunin en el cementerio de Berna. Incluso hasta eso es quizá demasiado para honrar la memoria de un trabajador que tuvo esa clase de vanidades en tan poca estima. Sus amig@s, naturalmente, se guardarán de dedicarle lápidas ostentosas o estatuas. Saben con qué enorme carcajada les hubiera respondido si le hubiesen hablado de una escultura conmemorativa erigida en su gloria; saben también que la verdadera forma de honrar su muerte es continuar el trabajo con el mismo ardor y perseverancia que le dedicaron. Es, sin duda, una tarea difícil que exige todos nuestros esfuerzos, porque ningun@ de l@s revolucionari@s de las generaciones actuales ha trabajado más fervientemente que él en la causa de la revolución.

En Rusia, entre l@s estudiantes, en Alemania entre l@s insurgentes de Dresde, en Siberia entre sus herman@s exiliad@s, en América, en Francia, en Suiza, en Italia, entre tod@s l@s hombres ardientes, su influencia directa ha sido considerable. La originalidad de sus ideas, la imaginación y vehemencia de su oratoria, su incansable celo propagandístico, unidos también a la majestad natural de su persona y a su poderosa vitalidad, dieron a Bakunin acceso a todos los grupos revolucionarios, y sus esfuerzos dejaron huellas en todas partes, incluso entre aquell@s que, tras haberle acogido, le arrojaron de entre ell@s por diferencias en objetivos o métodos. Su correspondencia fue extensísima; pasaba noches enteras preparando cartas larguísimas a sus amig@s del mundo revolucionario, y algunas de esas cartas, escritas para fortalecer a l@s tímid@s, despertar a l@s indolentes y pergeñar planes de propaganda o rebelión, tomaron proporciones de verdaderos volúmenes. Esas cartas explican, mejor que cualquier otra cosa, el prodigioso trabajo de Bakunin dentro del movimiento revolucionario del siglo. Los panfletos que publicó, en ruso, en francés, en italiano, son, por importantes que resulten y por útiles que puedan haber resultado para difundir las nuevas ideas, la parte menor del trabajo de Bakunin.

La presente memoria, Dios y el Estado, es en realidad un fragmento de una carta o de un informe. Como la mayoría de los otros escritos de Bakunin, está escrito con la misma incuria literaria, la misma falta de proporción; y además se interrumpe bruscamente: hemos buscado en vano, para descubrir el final del manuscrito. Bakunin no logró tener nunca el tiempo necesario para terminar todas las tareas que emprendía. Todavía no había terminado una obra, cuando ya había otras varias en marcha: "Mi vida misma es un fragmento", dijo a l@s que criticaban sus escritos. Sin embargo, l@s lectores de Dios y el Estado no lamentarán que esta memoria de Bakunin haya sido publicada, aunque sea incompleta. Las cuestiones que analiza están tratadas con decisión y con gran vigor lógico. Bakunin demuestra a sus opositores, a quienes se dirigen exclusivamente, la oquedad de su creencia en la autoridad divina en que se basan todas las autoridades temporales; les demuestra que todos los gobiernos tienen una génesis puramente humana; y finalmente, sin detenerse a analizar las bases del Estado ya condenadas por la moralidad pública, como la superioridad física, la violencia, la nobleza, la riqueza, juzga la teoría que pretende entronizar a la ciencia en el gobierno de las sociedades. En el supuesto de que fuera incluso posible reconocer, en el conflicto de ambiciones e intrigas, quiénes son un@s falsari@s y quiénes sabi@s verdader@s, y que pudieran darse con un sistema de elección que no fallase a la hora de poner el poder en manos de aquell@s cuyo conocimiento es auténtico, ¿qué garantía podemos tener de la sabiduría y honestidad de su gobierno? Y por el contrario, ¿no podemos anticipar en l@s nuev@s am@s las mismas locuras y los mismos crímenes que en l@s de tiempos pasados, o en l@s de hoy día? La ciencia, ante todo, no es: se está haciendo. El sabi@ de hoy no es más que el ignorante de mañana. Dejémosle que imagine por un instante que ha

alcanzado el final, y ya será suficiente razón para que descienda más abajo que el niñ@ recien nacid@. Y, aunque pudiera conocer la verdad en su misma esencia, se corrompería sin duda con los privilegios, y corrompería a otr@s con el poder. Para establecer su gobierno tendría que tratar de detener la vida de las masas que se mueven bajo él, como tod@s l@s jefes de Estado, tendría que mantenerlas en la ignorancia con objeto de salvaguardar el orden, y envilecerlas progresivamente para poder gobernarlas desde un trono más y más alto.

Por lo demás, desde que l@s doctrinari@s hicieron su aparición, el "genio" verdadero o supuesto ha estado intentando apoderarse del cetro del mundo, y ya sabemos qué precio hemos pagado. Hemos visto en acción a es@s sabi@s: que cuanto más hayan estudiado, tanto más inflexibles son; cuanto más tiempo hayan pasado examinando en todos sus aspectos un hecho aislado, tanto más estrechas sus miras; sin experiencia alguna de la vida porque nunca han conocido más horizonte que las paredes de su ratonera; infantiles en sus pasiones y vanidades, porque fueron incapaces de participar en batallas de verdad y nunca pudieron aprender la verdadera proporción de las cosas. ¿No hemos asistido recientemente a la fundación de toda una escuela de "pensadores" -también cortesan@s miserables, gentes de vida poco limpia- que han construido su cosmogonía completa para su uso particular? Según ell@s, se han creado mundos, desarrollado sociedades, las revoluciones han dado vuelta a naciones enteras, se han derrumbado imperios en medio de la sangre, la pobreza, la muerte y la enfermedad han señoreado entre la humanidad, exclusivamente para que pudiera surgir una elite de académic@s, florecientes, a quien el resto de la especie humana ha servido, apenas, de estiércol. Para tales editores de Tiempo o Debates puedan disponer de ocio para "pensar", las naciones viven y mueren en la ignorancia; ¡l@s demás seres human@s están destinad@s a morir para lograr la inmortalidad de es@s señores!

Pero podemos estar tranquil@s: ningun@ de es@s académic@s tendrán la audacia de Alejandro, ni cortará con su espada el nudo gordiano; ningun@ alzará la espada de Carlomagno. Gobernar sirviéndose de la ciencia es ya algo tan imposible como haciéndolo del derecho divino, la riqueza o la fuerza bruta. En adelante, todos los poderes estarán sometidos a la crítica despiadada. L@s hombres, en quienes ha despertado el sentimiento de igualdad, ya no seguirán soportando ser gobernad@s; aprenderán a gobernarse por sí mism@s. Al precipitar desde las alturas de los cielos a aquél de quien se reputaba que descendía todo poder, las sociedades destronan también a quienes gobernaban en su nombre. Esa es la revolución que se está produciendo ahora. Los estados se desmoronan, dejando paso a un orden nuevo en el que, como le gustaba repetir a Bakunin, «la justicia humana sustituirá a la justicia divina». Si se puede citar algún nombre entre los de l@s revolucionari@s que han tomado parte en esta inmensa obra de renovación, ninguno puede destacarse con mayor justicia que el de Miguel Bakunin.

Carlo CAFIERO
Elisée RECLUS

DIOS Y EL ESTADO

¿Quiénes tienen razón, l@s idealistas o l@s materialistas? Una vez planteada así la cuestión, vacilar se hace imposible. Sin duda alguna l@s idealistas se engañan y sólo l@s materialistas tienen razón. Sí, los hechos están antes que las ideas, como dijo Proudhon, no es más que una flor de la cual son raíces las condiciones materiales de existencia. Toda la historia intelectual y moral, política y social de la humanidad es un reflejo de su historia económica.

Todas las ramas de la ciencia moderna, concienzuda y seria, convergen a la proclamación de esa grande, de esa fundamental y decisiva verdad: el mundo social, el mundo puramente humano, la humanidad, en una palabra, no es otra cosa que el desenvolvimiento último y supremo -para nosotr@s al menos y relativamente a nuestro planeta-, la manifestación más alta de la animalidad. Pero como todo desenvolvimiento implica necesariamente una negación, la de la base o del punto de partida, la humanidad es al mismo tiempo y esencialmente una negación, la negación reflexiva y progresiva de la animalidad en l@s hombres; y es precisamente es negación tan racional como natural, y que no es histórica y lógica, fatal como lo son los desenvolvimientos y las realizaciones de todas las leyes naturales en el mundo, la que constituye y crea el ideal, el mundo de las convicciones intelectuales y morales, las ideas.

Nuestr@s primer@s antepasad@s, nuestros adanes y nuestras evas, fueron, si no gorilas, al menos prim@s muy próxim@s al gorila, omnívor@s, animales inteligentes y feroces, dotad@s, en un grado infinitamente más grande que los animales de todas las otras especies, de dos facultades preciosas: la facultad de pensar y la facultad, la necesidad de rebelarse.

Estas dos facultades, combinando su acción progresiva en la historia, representan propiamente el "factor", el aspecto, la potencia negativa en el desenvolvimiento positivo de la animalidad humana, y crean, por consiguiente, todo lo que constituye la humanidad en l@s hombres.

La Biblia, que es un libro muy interesante y a veces muy profundo cuando se lo considera como una de las más antiguas manifestaciones de la sabiduría y de la fantasía humanas que han llegado hasta nosotr@s, expresa esta verdad de una manera muy ingenua en su mito del pecado original. Jehová, que de tod@s l@s buen@s dioses que han sido adorad@s por l@s hombres es ciertamente el más envidios@, el más vanidos@, el más feroz, el más injust@, el más sanguinari@, el más déspota y el más enemig@ de la dignidad y de la libertad humanas, que creó a Adán y Eva por no sé qué capricho (sin duda para engañar su hastío que debía de ser terrible en su eternamente egoísta soledad, o para procurarse nuev@s esclav@s), había puesto generosamente a su disposición toda la Tierra, con todos sus frutos y todos sus animales, y no había puesto a ese goce completo más que un límite. Les había prohibido expresamente que tocaran los frutos del árbol de la ciencia. Quería que el hombre, privad@ de toda conciencia de sí mism@, permaneciese un eterno animal, siempre a cuatro patas ante el Dios eterno, su creador y su amo. Pero he aquí que llega Satanás, el eterno rebelde, el primer librepensador y el emancipador de los mundos. Avergüenza al hombre de su ignorancia y de su obediencia animales; lo emancipa e imprime sobre su frente el sello de la libertad y de la humanidad, impulsándol@ a desobedecer y a comer del fruto de la ciencia.

Se sabe además. El buen Dios, cuya ciencia innata constituye una de las facultades divinas, habría debido advertir lo que sucedería; sin embargo, se enfureció terrible y ridículamente: maldijo a Satanás, al hombre y al mundo creados por él, hiriéndose, por decirlo así, en su propia creación, como hacen l@s niñ@s cuando se encolerizan; y no contento con alcanzar a nuestr@s antepasad@s en el presente, l@s maldijo en todas las generaciones del porvenir, inocentes del crimen cometido por aquéll@s. Nuestros teólogos católicos y protestantes hallan que eso es muy profundo y muy justo, precisamente porque es monstruosamente inicuo y absurdo. Luego, recordando que no era sólo un Dios de venganza y de cólera, sino un Dios de amor, después de haber atormentado la existencia de algun@s millares de pobres seres human@s y de haberl@s condenado a un infierno eterno, tuvo piedad del resto y para salvarlo, para reconciliar su amor eterno y divino con su cólera eterna, envió al mundo, como una víctima expiatoria, a su hijo único a fin de que fuese muerto por l@s hombres. Eso se llama el misterio de la redención, base de todas las religiones cristianas. ¡Y si el divino salvador hubiese salvado siquiera al mundo humano! Pero no; en el paraíso prometido por Cristo, se sabe, puesto que es anunciado solemnemente, que no habrá más que muy poc@s elegid@s. El resto, la inmensa mayoría de las generaciones presentes y del porvenir, arderá eternamente en el infierno. En tanto, para consolarnos, Dios, siempre justo, siempre bueno, entrega la tierra al gobierno de los Napoleón III, de

los Guillermo I, de los Fernando de Austria y de lo Alejandro de todas las Rusias.

Tales son los cuentos absurdos que se divulgan y tales son las doctrinas monstruosas que se enseñan en pleno siglo XIX, en todas las escuelas populares de Europa, por orden expresa de los gobiernos. ¡A eso se llama civilizar a los pueblos! ¿No es evidente que todos esos gobiernos son los envenenadores sistemáticos, los embrutecedores interesados de las masas populares?

No me he dejado arrastrar lejos de mi asunto, por la cólera que se apodera de mí siempre que pienso en los innobles y criminales medios que se emplean para conservar las naciones en una esclavitud eterna, a fin de poder esquilmarlas mejor, sin duda alguna. ¿Qué significan los crímenes de tod@s l@s Tropmann del mundo en presencia de ese crimen de lesa humanidad que se comete diariamente, en pleno día, en toda la superficie del mundo civilizado, por aquell@s mism@ que se atreven a llamarse tutores y padres de pueblos? Vuelvo al mito del pecado original.

Dios dio la razón a Satanás y reconoció que el diablo no había engañado a Adán y Eva prometiéndoles la ciencia y la libertad, como recompensa del acto de desobediencia que les había inducido a cometer; porque tan pronto como hubieron comido del fruto prohibido, Dios se dijo a sí mismo (véase la Biblia): «He aquí que el hombre se ha convertido en un@ de nosostr@s, sabe del bien y del mal; impidámosle, pues, comer del fruto de la vida eterna, a fin de que no se haga inmortal como nosotr@s.»

Dejemos ahora a un lado la parte fabulesca de este mito y consideremos su sentido verdadero. El sentido es muy claro. El hombre se ha emancipado, se ha separado de la animalidad y se ha constituido como hombre; ha comenzado su historia y su desenvolvimiento propiamente humano por un acto de desobediencia y de ciencia, es decir, por la rebeldía y por el pensamiento.

Tres elementos o, si queréis, tres principios fundamentales, constituyen las condiciones esenciales de todo desenvolvimiento humano, tanto colectivo como individual, en la historia: 1.º la animalidad humana; 2.º el pensamiento, y 3.º la rebeldía. A la primera corresponde propiamente dicha la economía social y privada; a la segunda, la ciencia; y a la tercera, la libertad.

L@s idealistas de todas las escuelas, aristócratas y burgueses, teólogos y metafísic@s, polític@s y moralistas, religiosos, filósof@s o poetas -sin olvidar l@s economistas liberales, adoradores desenfrenad@s de lo ideal, como se sabe-, se ofenden mucho cuando se les dice que el hombre, con toda su inteligencia magnífica, sus ideales sublimes y sus aspiraciones infinitas, no es, como tolo lo que existe en el mundo, más que materia, más que un producto de esa vil materia.

Podríamos responderles que la materia de que hablan l@s materialistas -materia espontánea y eternamente móvil, activa, productiva; materia química u orgánicamente determinada, y manifestada por las propiedades o las fuerzas mecánicas, físicas, animales o inteligentes que le son inherentes por fuerza- no tiene nada en común con la vil materia de l@s idealistas. Esta última, producto de su falsa abstracción, es efectivamente un ser estúpid@, inanimad@, inmóvil, incapaz de producir la menor de las cosas, un caput mortum, una rastrera imaginación opuesta a esa bella imaginación que llaman Dios, ser supremo ante el que la materia, la materia de ell@s, despojada por ell@s mism@s de todo lo que constituye la naturaleza real, representa necesariamente la suprema Nada. Han quitado a la materia la inteligencia, la vida, todas las cualidades determinantes, las relaciones activas o las fuerzas, el movimiento mismo sin el cual la materia la materia no sería siquiera pesada, no dejándole más que la imponderabilidad y la inmovilidad absoluta en el espacio; han atribuido todas esas fuerzas, propiedades y manifestaciones naturales, al ser imaginario creado por su fantasía abstracta; después, tergiversando los papeles, han llamado a ese producto de su imaginación, a ese fantasma, a ese Dios que es la Nada: «Ser supremo», y, por consiguiente han declarado que el ser real, la materia, el mundo, es la Nada. Después de eso vienen a decirnos gravemente que esa materia es incapaz de producir nada, ni aun de ponerse en movimiento por sí misma, y que, por consiguiente, ha debido der creada por Dios.

En otro escrito[8] he puesto al desnudo los absurdos verdaderamente repulsivos a que se es llevadofatalmente por esa imaginación de un Dios, sea personal, sea creador y ordenador de los mundos; sea impersonal y considerado como una especie de alma divina difundida en todo el universo, del que constituiría el principio eterno; o bien como idea indefinida y divina, siempre presente y activa en el mundo y manifestada siempre por la totalidad de seres materiales y finitos. Aquí me

limitaré a hacer resaltar un solo punto.

Se concibe perfectamente el desenvolvimiento sucesivo del mundo material, tanto como de la vida orgánica, animal, y de la inteligencia históricamente progresiva, individual y social, del hombre en ese mundo. Es un movimiento por completo natural de lo simple a lo compuesto, de abajo arriba o de lo inferior a lo superior; un movimiento conforme a todas nuestras experiencias diarias, y, por consiguiente, conforme también a nuestra lógica natural, a las propias leyes de nuestro espíritu, que, no conformándose nunca y no pudiendo desarrollarse más que con la ayuda de esas mismas experiencias, no es, por decirlo así, más que la reproducción mental, cerebral, o su resumen reflexivo.

El sistema de l@s idealistas nos presenta completamente lo contrario. Es el trastorno absoluto de todas las experiencias humanas y de ese buen sentido universal y común que es condición esencial de toda entente humana y que, elevándose de esa verdad tan simple t tan unánimemente reconocida de dos más dos son cuatro, hasta las consideraciones científicas más sublimes y más complicadas, no admitiendo por otra parte nunca nada que no sea severamente confirmado por la experiencia o por la observación de las cosas o de los hechos, constituye la única base seria de los conocimientos humanos.

En lugar de seguir la vía natural de abajo arriba, de lo inferior a lo superior y de lo relativamente simple a lo más complicado; en lugar de acompañar prudente, racionalmente, el movimiento progresivo y real del mundo llamado inorgánico al mundo orgánico, vegetal, después animal, y después específicamente humano; de la materia química o del ser químico a la materia viva o al ser vivo, y del ser vivo al ser pensantel@s idealistas, absesionad@s, cegad@s e impulsad@s por el fantasma divino que han heredado de la teología, toman el camino absolutamente contrario. Proceden de arriba abajo, de lo superior a lo inferior, de lo complicado a lo simple. Comienzan por Dios, sea como persona, sea como sustancia o idea divina, y el primer paso que dan es una terrible voltereta de las alturas sublimes del eterno ideal al fango del mundo material; de la perfección absoluta a la imperfección absoluta; del pensamiento al ser, o más bien del Ser supremo a la Nada. Cuándo, cómo y por qué el ser divino, eterno, infinito, lo Perfecto absoluto, probablemente hastiado de sí mismo, se ha decidido al salto mortale desesperado; he ahí lo que ningún idealista, teólogo, ni metafísic@, ni poeta ha sabido comprender jamás él mism@ ni explicar a l@s profan@s. Todas las religiones pasadas y presentes y todos llos sistemas de filosofía transcendentes ruedan sobre ese único o inicuo misterio[9] Santos hombres, legisladores inspirados, profetas, Mesías, buscaron en él la vida y no hallaron más que la tortura y la muerte. Como la esfinge antigua, los ha devorado, porque no han sabido explicarlo. Grandes filósofos, desde Heráclito y Platón hasta Descrates, Spinoza, Leibnitz, Kant, Fichet, Schelling y Hegel, sin hablar de los filósofos hindúes, han escrito montones de volúmenes y han creado sistemas tan ingeniosos como sublimes, en los cuales dijeron de paso muchas bellas y grandes cosas y descubrieron verdades inmortales, pero han dejado ese misterio, objeto principal de sus investigaciones trascendentes, tan insondable como lo había sido antes de ellos. Pero puesto que los esfuerzos gigantes —como de los más admirables genios que el mundo conoce y que durante treinta siglos al menos han emprendido siempre de nuevo ese trabajo de Sísifo— no han culminado sino en la mayor incomprensión aún de ese misterio, ¿podremos esperar que nos será descubierto hoy por las especulaciones rutinarias de algún discípul@ pedante de una metafísica artificiosamente recalentada, y eso en una época en que todos los espíritus vivientes y serios se han desviado de esa ciencia explicable, surgida de una transacción, históricamente explicable sin duda, entre la irracionalidad de la fe y la sana razón científica?

Es evidente que este terrible misterio es inexplicable, es decir, que es absurdo, porque lo absurdo es lo único que no se puede explicar. Es evidente que el que tiene necesidad de él para su dicha, para su vida, debe renunciar a su razón y, volviendo, si puede, a la fe ingenua, ciega, estúpida, repetir con tertuliano y con tod@s l@s creyentes sincer@s estas palabras que resumen la quintaesencia misma de la teología: Credo quia Absurdum. Entonces toda discusión cesa, y no queda más que la estupidez triunfante de la fe. Pero entonces se promueve también otra cuestión: ¿Cómo puede nacer en un hombre inteligente e instruid@ la necesidad de creer en ese misterio?

Que la creencia en Dios creador, ordenador y juez, amo, maldiciente, salvador y bienhechor del mundo se haya conservado en el pueblo, y sobre todo en las poblaciones rurales, mucho más aún que en el proletariado de las ciudades, nada más natural. El pueblo, desgraciadamente, es todavía muy ignorante; y es mantenido en su ignorancia por los esfuerzos sistematicos de todos los gobiernos, que consideran esa ignorancia, no sin razón, como una de las condiciones más esenciales de su propia potencia. Aplastado por su trabajo cotidiano, privado de ocio, de comercio intelectual, de lectura, en fin, de casi todos los

medios y de una buena parte de los estimulantes que desarrollan la reflexión de l@s hombres, el pueblo acepta muy a menudo, sin crítica y en conjunto, las tradiciones religiosas que, envolviéndolo desde su nacimiento en todas las circunstancias de su vida, y artificialmente mantenidas en su seno por una multitud de envenenadores oficiales de toda especie, sacerdotes, laic@s, se transforman en él en una suerte de hábito mental y moral, demasiado a menudo más poderoso que su buen sentido natural.

Hay otra razón que explica y que legitima en cierto modo las creencias absurdas del pueblo. Es la situación miserable a que se encuentra fatalmente condenado por la organización económica de la sociedad de los países civilizados de Europa. Reducido, tanto intelectual y moralmente como en su condición material al mínimo de una existencia humana, encerrado en su vida como un prisioner@ en su prisión, sin horizontes, sin salida, sin porvenir mismo, si se cree a l@s economistas, el pueblo debería tener el alma singularmente estrecha y el instinto achatado de l@s burgueses para no experimentar la necesidad de salir de ese estado; pero para eso no hay más que tres medios, dos de ellos ilusorios y el tercero real. Los dos primeros son el burdel y la iglesia, el libertinaje del cuerpo y el libertinaje del alma; el tercero es la revolución social. De donde concluyo que esta última únicamente, mucho más al menos que todas las propagandas teóricas de l@s librepensadores, será capaz de destruir hasta los mismos rastros de las creencias religiosas y de los hábitos de desarreglo en el pueblo, creencias y hábitos que están más íntimamente ligados de lo que se piensa; y que, sustituyendo los goces a la vez ilusorios y brutales de ese libertinaje corporal y espiritual, por los goces tan delicados como reales de la humanidad plenamente realizada en cada un@ de nosotr@s y en tod@s, la revolución social únicamente tendrá el poder de cerrar al mismo tiempo todos los burdeles y todas las iglesias.

Hasta entonces, el pueblo, tomado en masa, creerá, y si no tiene razón para creer, tendrá al menos el derecho.

Hay una categoría de gentes que, si no cree, debe al menos aparentar que cree. Son tod@s l@s atormentadores, tod@s l@s opresores y tod@s l@s explotadores de la humanidad. Sacerdotes, monarcas, hombres de Estado, hombres de guerra, financistas públicos y privados, funcionari@s de todas las especies, policías, carceler@s y verdugos, monopolizadores, capitalistas, empresari@s, propietari@s, abogad@s, economistas, polític@s de todos los colores, hasta el últim@ comerciante, tod@s repetirán al unísono estas palabras de Voltaire:

Si Dios no existiese habría que inventarlo. Porque, comprenderéis, es precisa una religión para el pueblo. Es la válvula de seguridad.

Existe, en fin, una categoría bastante numerosa de almas honestas, pero débiles, que,, demasiado inteligentes para tomar en serio los dogmas cristianos, los rechazan en detalle, pero no tienen ni el valor, ni la fuerza, ni la resolución necesarios para rechazarlos totalmente. Dejan a vuestra crítica todos los absurdos particulares de la religión, se burlan de todos los milagros, pero se aferran con desesperación al absurdo principal, fuente de todos los demás, al milagro que explica y legitima todos los otros milagros: a la existencia de Dios. Su Dios no es el ser vigoroso y potente, el Dios brutalmente positivo de la teología. Es un ser nebuloso, diáfano, ilusorio, de tal modo ilusorio que cuando se cree palparle se transforma en Nada; es un milagro, un ignis fatuus que ni calienta ni ilumina. Y sin embargo, sostienen y creen que si desapareciese, desaparecería todo como él. Son almas inciertas, enfermizas, desorientadas en la civilización actual, que no pertenecen ni al presente ni al porvenir, pálid@s fantasmas eternamente suspendid@s entre el cielo y la tierra, y que ocupan entre la política burguesa y el socialismo del proletariado absolutamente la misma posición. No se sienten con fuerza ni para pensar hasta el fin, ni para querer, ni para resolver, y pierden su tiempo y su labor esforzándose siempre por conciliar lo inconciliable. En la vida pública se llaman socialistas burgueses.

Ninguna discusión con ell@s ni contra ell@s es posible. Están demasiado enferm@s.

Pero hay un pequeño número de hombres ilustres, de l@s cuales nadie se atreverá a hablar sin respeto, y de l@s cuales nadie pensará en poner en duda ni la salud vigorosa, ni la fuerza de espíritu, ni la buena fe. Baste citar los nombres de Mazzini, de Michelet, de quinet, de John Stuart Mill[10]. Almas generosas y fuertes, grandes corazones, grandes espíritus, grandes escritores y, el primero, resucitador histórico y revolucionario de una gran nación, son todos los apóstoles del idealismo y los adversarios del materialismo, y por consiguiente también del socialismo, en filosofía como en política.

Es con ellos con quienes hay que discutir esta cuestión.

Comprobemos primero que ninguno de los hombres ilustres que acabo de mencionar, ni ningún otro pensador ilustre un poco importante de nuestros días, se ha ocupado propiamente de la parte lógica de esta cuestión. Ninguno ha tratado de resolver filosóficamente las posibilidades del salto mortale divino de las religiones eternas y puras del espíritu al fango delk mundo material. ¿Tienen temor a abordar esa insoluble contradicción y desesperan de resolverla después que han fracasado los más grandes genios de la historia, o bien la han considerado como suficientemente resuelta ya? Es su secreto. El hecho es que han dejado a un lado la demostración teórica de la existencia de un Dios, y que no han desarrollado más que las razones y las consecuencias prácticas de ella. Han hablado de ella todos como de un hecho universalmente aceptado y como tal imposible de convertirse en objeto de una duda cualquiera, limitándose, por toda prueba, a constatar la antigüedad y la universalidad misma de la creencia en Dios.

Esta unanimidad imponente, según la opinión de much@s hombres y escritores ilustres, y para no citar sino l@s más renombrad@s de ell@s, según la opinión elocuentemente expresada de Joseph de Maistre y del gran patriota italiano Giuseppe Mazzini, vale más que todas las demostraciones de la ciencia; y si la lógica de un pequeño número de pensadores consecuentes y aun muy poderos@s, pero aislad@s, le es contraria, tanto peor, dicen ell@s, para es@s pensadores y para su lógica, porque el consentimiento general, la adopción universal y antigua de una idea ha sido considerados en todos los tiempos como la prueba más victoriosa de su verdad. El sentimiento de todo el mundo, una convicción que se encuentra y se mantiene siempre y en todas partes, no podría engañarse. Debe tener su raíz en una necesidad absolutamente inherente a la naturaleza misma del hombre. Y puesto que ha sido comprobado que todos los pueblos pasados y presentes han creído y creen en la existencia de Dios, es evidente que l@s que tienen la desgracia de dudar de ella, cualquiera que sea su lógica que l@s haya arrastrado a esa duda, son excepciones anormales, monstru@s.

Así, pues, la antigüedad y la universalidad de una creencia serían, contra toda ciencia y contra toda lógica, una prueba suficiente e irreductible de su verdad. ¿Y por qué?

Hasta el siglo de Copérnico y de Galileo, todo el mundo había creído que el Sol daba vueltas alrededor de la Tierra. ¿No se engaño todo el mundo? ¿Hay cosa más antigua y más universal que la esclavitud? La antropofagia quizá. Desde el origen de la sociedad histórica hasta nuestros días hubo siempre y en todas partes explotación del trabajo forzado de las masas, esclavas, siervas o asalariadas, por alguna minoría dominante; opresión de los pueblos por la iglesia y por el Estado. ¿Es preciso concluir que esa explotación y esa opresión sean necesidades absolutamente inherentes a la existencia misma de la sociedad humana? He ahí ejemplos que muestran que la argumentación de l@s abogad@s del buen Dios no prueba nada.

Nada es en efecto tan universal y tan antiguo como lo inocuo y lo absurdo, y, al contrario, son la verdad y la justicia las que, en el desenvolvimiento de las sociedades humanas, son menos universales y más jóvenes; lo que explica también el fenómeno histórico constante de las persecuciones inauditas de que han sido y continúen siendo objeto aquell@s que las proclaman, primero por parte de l@s representantes oficiales, patentad@s e interesd@s de las creencias «universales» y «antiguas», y a menudo por parte también de aquellas mismas masas populares que, después de haberl@s atormentado, acaban siempre por adoptar y hacer triunfar sus ideas.

Para nosotr@s, materialistas y socialistas revolucionari@s, no hay nada que nos asombre ni nos espante en ese fenómeno histórico. Fuertes en nuestra conciencia, en nuestro amor a la verdad, en esa pasión lógica que constituye por sí una gran potencia, y al margen de la cual no hay pensamiento; fuertes en nuestra pasión por la justicia y en nuestra fe inquebrantable en el triunfo de la humanidad sobre todas las bestialidades teóricas y prácticas; fuertes, en fin, en la confianza y en el apoyo mutuos que se prestan el `pequeño número de l@s que comparten nuestras convicciones, nos resignamos por nosotr@s mism@s a todas las consecuencias de ese fenómeno histórico, en el que vemos la manifestación de una ley social tan natural, tan necesaria y tan invariable como todas las demás leyes que gobiernan el mundo.

Esta ley es una consecuencia lógica, inevitable, del origen animal de la sociedad humana; ahora bien, frente a todas las pruebas científicas, psicológicas, históricas que se han acumulado en nuestros días, tanto como frente a los hechos de l@s alemanes conquistadores de Francia, que dan hoy una demostración tan brillante de ello, no es posible, verdaderamente, dudar de la realidad de ese origen. Pero desde el momento que se acepta ese origen animal del hombre, se explica todo. La historia se nos aparece, entonces, como la negación revolucionaria, ya sea lenta, apática, adormecida, ya sea apasionada y

poderosa del pasado. Consiste precisamente en la negación progresiva de la animalidad primaria del hombre por el desenvolvimiento de su humanidad. El hombre, animal feroz, prim@ del gorila, ha partido de la noche profunda del instinto animal para llegar a la luz del espíritu, lo que explica de una manera completamente natural todas sus divagaciones pasadas, y nos consuela en parte de sus errores presentes. Ha partido de la esclavitud animal y después de atravesar su esclavitud divina, término transitorio entre su animalidad y su humanidad, marcha hoy a la conquista y a la realización de su libertad humana. De donde resulta que la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar en su favor, debe, al contrario, hacérnosla sospechosa. Porque detrás de nosotr@s está nuestra animalidad y ante nosotr@s la humanidad, y la luz humana, la única que puede emanciparnos, nos hace dign@s, libres, dichos@s, y la realización de la fraternidad entre nosotr@s no está al principio, sino, relativamente a la época en que vive, al fin de la historia. No miremos, pues, nunca atrás, miremos siempre hacia delante, porque adelante está nuestro sol y nuestra salvación; y si es permitido, si es útil y necesario volver nuestra vista al estudio de nuestro pasado, no es más que para comprobar lo que hemos sido y lo que no debemos ser más, lo que hemos creído y pensado, y lo que no debemos creer y pensar más, lo que hemos hecho y lo que no debemos volver a hacer.

Esto por lo que se refiere a la antigüedad. En cuanto a la universalidad de un error, no prueba más que una cosa: la similitud, si no la perfecta identidad de la naturaleza humana en todos los tiempos y bajo todos los climas. Y puesto que se ha comprobado que los pueblos de todas las épocas de su vida han creído, y creen todavía, en Dios, debemos concluir simplemente que la idea divina, salida de nosotr@s mism@s, es un error históricamente necesario en el desenvolvimiento de la humanidad, y preguntarnos por qué y cómo se ha producido en la historia, por qué la inmensa mayoría de la especie humana la acepta aún como una verdad.

En tanto que no podamos darnos cuenta de la manera cómo se produjo la idea de un mundo sobrenatural y divino y cómo ha debido fatalmente producirse en el desenvolvimiento histórico de la conciencia humana, podemos estar científicamente convencid@s del absurdo de esa idea, pero no llegaremos a destruirla nunca en la opinión de la mayoría. En efecto: no estaremos en condiciones de atacarla en las profundidades mismas del ser human@, donde ha nacido, y, condenad@s a una lucha estéril, sin salida y sin fin, deberemos contentarnos siempre con combatirla sólo en la superficie, en sus innumerables manifestaciones, cuyo absurdo, apenas derribado por los golpes del sentido común, renacerá inmediatamente bajo una forma nueva y no menos insensata. En tanto que persista la raíz de todos los absurdos que atormentan al mundo, la creencia en Dios permanecerá intacta, no cesará de echar nuevos retoños. Es así como en nuestros días, en ciertas regiones de la más alta sociedad, el espiritismo tiende a instalarse sobre las ruinas del cristianismo.

No es sólo en interés de las masas, sino también en el de la salvación de nuestro propio espíritu debemos esforzarnos en comprender la génesis histórica de la idea de Dios, la sucesión de las causas que desarrollaron y produjeron esta idea en la conciencia de l@s hombres. Podremos decirnos y creernos ate@s: en tanto que no hayamos comprendido esas causas, nos dejaremos dominar más o menos por los clamores de esa conciencia universal de la que no habremos sorprendido el secreto; y, vista la debilidad natural del individu@, aun del más fuerte ante la influencia omnipotente del medio social que lo rodea, corremos siempre el riesgo de volver a caer tarde o temprano, y de una manera o de otra, en el abismo del absurdo religioso. Los ejemplos de esas conversiones vergonzosas son frecuentes en la sociedad actual.

He señalado ya la razón práctica principal del poder ejercido aún hoy por las creencias religiosas sobre las masas. Estas disposiciones místicas no denotan tanto en sí una aberración del espíritu como un profundo descontento del corazón. Es la protesta instintiva y apasionada del ser human@ contra las estrecheces, las chaturas, los dolores y las vergüenzas de una existencia miserable. Contra esa enfermedad, he dicho, no hay más que un remedio: la revolución social.

Entre tanto, otras veces he tratado de exponer las causas que presidieron el nacimiento y el desenvolvimiento histórico de las alucinaciones religiosas en la conciencia del hombre. Aquí no quiero tratar esa cuestión de la existencia de Dios, o del origen divino del mundo y del hombre, más que desde el punto de vista de su utilidad moral y social, y sobre la razón teórica de esta creencia no diré más que pocas palabras, a fin de explicar mejor mi pensamiento.

Todas las religiones, con sus dioses, sus semidioses y sus profetas, sus mesías y sus sant@s, han sido creadas por la fantasía crédula de l@s hombres, no llegados aún al pleno desenvolvimiento y a la plena posesión de sus facultades intelectuales; en consecuencia de lo cual, el cielo religioso no es otra cosa que un milagro donde el hombre, exaltado por la igno-

rancia y la fe, vuelve a encontrar su propia imagen, pero agrandada y trastocada, es decir, divinizada. La historia de las religiones, la del nacimiento, de la grandeza y de la decadencia de l@s dioses que se sucedieron en la creencia humana, no es nada más que el desenvolvimiento de la inteligencia y de la conciencia colectiva de l@s hombres. A medida que, en su marcha históricamente progresiva, descubrían, sea en sí mism@s, sea en la naturaleza exterior, una fuerza, una cualidad o un gran defecto cualquiera, lo atribuían a sus dioses, después de haberlos exagerado, ampliado desmesuradamente, como lo hacen de ordinario l@s niñ@s, por un acto de su fantasía religiosa. Gracias a esa modestia y a esa piadosa generosidad de l@s hombres creyentes y crédul@s, el cielo se ha enriquecido con los despojos de la tierra y, por una consecuencia necesaria, cuanto más rico se volvía el cielo, más miserable se volvía la tierra. Una vez instalada la divinidad, fue proclamada naturalmente la causa, la razón, el árbitro y el dispensador absoluto de todas las cosas: el mundo no fue ya nada, la divinidad lo fue todo; y el hombre, su verdadero creador, después de haberla sacado de la nada sin darse cuenta, se arrollidó ante ella, la adoró y se proclamó su criatura y su esclav@.

El cristianismo es, precisamente, la religión por excelencia, porque expone y manifiesta, en su plenitud, la naturaleza, la propia esencia de todo sistema religioso, que es el empobrecimiento, el sometimiento, el aniquilamiento de la humanidad en beneficio de la divinidad.

Siendo Dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. Siendo Dios la verdad, la justicia, el bien, lo bello, la potencia y la vida, el hombre es la mentira, la iniquidad, el mal, la fealdad, la impotencia y la muerte. Siendo Dios el amo, el hombre es el esclav@. Incapaz de hallar por sí mism@ la justicia, la verdad y la vida eterna, no puede llegar a ellas más que mediante una revelación divina. Pero quien dice revelación, dice reveladores, mesías, profetas, sacerdotes y legisladores inspirad@s poe Dios mismo; y una vez reconocid@s aquéll@s como representantes de la divinidad en la Tierra, como l@s sant@s institutores de la humanidad, elegid@s por Dios mismo para dirigirla por la vía de la salvación, deben ejercer necesariamente un poder absoluto. Tod@s l@s hombres les deben una obediencia ilimitada y pasiva, porque contra la razón divina no hay razón humana y contra la justicia de Dios no hay justicia terrestre que se mantenga. Esclav@s de Dios, l@s hombres deben serlo también de la iglesia y del Estado, en tanto que este último es consagrado por la iglesia. He ahí lo que el cristianismo comprendió mejor que todas las religiones que existen o que han existido, sin exceptuar las antiguas religiones orientales, que, por lo demás, no han abarcado más que pueblos concretos y privilegiados, mientras que el cristianismo tiene la pretensión de abarcar ala humanidad entera; y he ahí lo que, de todas las sectas cristianas, sólo el catolicismo romano ha proclamado y realizado con una consecuencia rigurosa. Por eso el cristianismo es la religión absoluta, la religión última, y la iglesia apostólica y romana la única consecuente, legítima y divina.

Que no parezca mal a l@s metafísic@s y a l@s idealistas religios@s, filósof@s, polític@s o poetas: la idea de Dios implica la abdicación de la razón humana y de la justicia humana; es la negación más decisiva de la libertad humana y lleva necesariamente a la esclavitud de l@s hombres, tanto en la teoría como en la práctica.

A menos de querer la esclavitud y el envilecimiento de l@s hombres, como lo quieren los jesuitas, como lo quieren los monjes, los pietistas o los metodistas protestantes, no podemos, no debemos hacer la menor concesión de la teología ni al de la metafísica. Porque en ese alfabeto místico, el que comienza por decir A deberá fatalmente acabar diciendo Z, y el que quiere adorar a Dios debe, sin hacerse ilusiones pueriles, renunciar bravamente a su libertad y a su humanidad.

Si Dios existe, el hombre es esclav@; ahora bien, el hombre puede y debe ser libre: por consiguiente, Dios no existe.

Desafío a quienquiera que sea a salir de ese círculo, y ahora, escojamos.

¿Es necesario recordar cuánto y cómo embrutecen y corrompen las religiones a los pueblos? Matan en ellos la razón, ese instrumento principal de la emancipación esencial de su esclavitud. Deshonran el trabajo humano y hacen de él un signo y una fuente de servidumbre. Matan la noción y el sentimiento de la justicia humana, haciendo inclinar siempre la balanza del lado de l@s pícar@s triunfantes, objetos privilegiad@s de la gracia divina. Matan la altivez y la dignidad, no protegiendo más que a l@s que se arrastran y a l@s que se humillan. Ahogan en el corazón de los pueblos todo sentimiento de fraternidad humana, llenándolos de crueldad divina.

Todas las religiones son crueles, todas están fundadas en la sangre, porque todas reposan principalmente sobre la idea del sacrificio, es decir, sobre la inmolación perpetua de la humanidad a la insaciable venganza divina. En ese sangriento misterio,

el hombre es siempre la víctima, y el sacerdote, hombre también, pero hombre privilegiado por la gracia, es el divino verdugo. Eso nos explica por qué los sacerdotes de todas las religiones, los mejores, los más humanos, los más suaves, tienen casi siempre en el fondo de su corazón -y si no en el corazón en su imaginación, en el espíritu (y ya se sabe la influencia formidable que una y otro ejercen sobre el corazón de l@s hombres)- por qué hay, digo, en los sentimientos de todo sacerdote algo de cruel y de sanguinario.

Todo esto, nuestr@s ilustres idealistas contemporáne@s lo saben mejor que nadie. Son hombres sabi@s que conocen la historia de memoria; y como son al mismo tiempo hombres vivientes, grandes almas penetradas por un amor sincero y profundo hacia el bien de la humanidad, han maldito y zaherido todos estos defectos, todos estos crímenes de la religión con una elocuencia sin igual. Rechazan con indignación toda solidaridad con el Dios de las religiones positivas y con sus representantes pasados y presentes sobre la Tierra.

El Dios que adoran o que creen adorar se distingue precisamente de ll@s dioses reales de la historia, en que no es un Dios positivo, ni determinado de ningún modo, ye sea teológica, ya sea metafísicamente. No es ni el ser supremo de Robespierre y de Rousseau, ni el Dios panteísta de Spinoza, ni siquiera el Dios a la vez trascendente e inmanente y muy equívoco de Hegel. Se cuidan bien de darle una determinación positiva cualquiera, sintiendo que toda determinación lo sometería a la acción disolvente de la crítica. No dirán de él si es un Dios personal o impersonal, si ha creado o si no ha creado el mundo; no hablarán siquiera de su divina providencia. Todo eso podría comprometerlos. Se contentarán con decir: "Dios" y nada más. Pero, ¿qué es su Dios? No es siquiera una idea, es una aspiración.

Es el nombre genérico de todo lo que les parece grande, bueno, bello, noble, humano. Pero, ¿por qué no dicen entonces: "hombre"? ¡Ah! es que el rey Guillermo de Prusia y Napoleón III y tod@s sus semejantes son igualmente hombres; y he ahí lo que más les embaraza. La humildad real nos presenta el conjunto de todo lo que hay de más sublime, de más bello y de todo lo que hay de más vil y de más monstruoso en el mundo. ¿Cómo salir de ese atolladero? Llaman a lo uno divino y a lo otro bestial, representándose la divinidad y la animalidad como los dos polos entre los cuales se coloca la humanidad. No quieren o no pueden comprender que esos tres términos no forman más que uno y que si se los separa se los destruye.

No están fuertes en lógica, y se diría que la desprecian. Es eso lo que l@s didtingue de l@s metafísic@s y deístas, y lo que imprime a sus ideas el carácter de un idealismo práctico, sacando mucho menos sus inspiraciones del desenvolvimiento severo de un pensamiento, que de las experiencias, casi diré de las emociones, tanto históricas y colectivas como individuales de la vida. Eso da a su propaganda una apariencia de riqueza y de potencia vital, pero una apariencia solamente porque la vida misma se hace estéril cuando es paralizada por una contradicción lógica.

La contradicción es ésta: quieren a Dios y quieren a la humanidad. Se obstinan en poner juntos esos dos términos, que, una vez separados, no pueden encontrarse de nuevo más que para destruirse recíprocamente. Dicen de un tirón: "Dios y la libertad del hombre"; "Dios y la dignidad, la justicia, lla igualdad, la fraternidad y la prosperidad de l@s hombres", sin preocuparse de la lógica fatal conforme a la cual, si Dios existe todo queda condenado a la no-existencia. Porque si Dios existe es necesariamente el amo eterno, supremo, absoluto, y si ese amo existe el hombre es esclav@; pero si es esclav@, no hay para él ni justicia ni igualdad ni fraternidad ni prosperidad posibles. Podrán, contrariamente al buen sentido y a todas las experiencias de la historia, representarse a su Dios animado del más tierno amor por la libertad humana: un am@, haga lo que quiera y por liberal que quiera mostrarse, no deja de ser un am@ y su existencia implica necesariamente la esclavitud de todo lo que se encuentra por debajo de él. Por consiguiente, si Dios existiese, no habría para él más que un solo medio de servir a la libertad humana: dejar de existir.

Como celoso amante de la libertad humana y considerándola como la condición de todo lo que adoramos y respetamos en la humanidad, doy vuelta a la frase de Voltaire y digo: si Dios existiese realmente, habría que hacerlo desaparecer.

La severa lógica que me dicta estas palabras es demasiado evidente para que tenga necesidad de desarrollar más esta argumentación. Y me parece imposible que los hombres ilustres a quienes mencioné, tan célebres y tan justamente respetados, no hayan sido afectados por ella y no se hayan percatado de la contradicción en que caen al hablar de Dios y de la libertad humana a la vez. Para que lo hayan pasado por alto, ha sido preciso que hayan pasado que esa inconsecuencia o que esa negligencia lógica era necesaria prácticamente para el bien mismo de la humanidad.

Quizá también, al hablar de la libertad como de una cosa que es para ellos muy respetable y muy querida, la comprenden de distinto modo a como nosotr@s la entendemos, nosotr@s, materialistas y socialistas revolucionari@s. En efecto; no hablan de ella sin añadir inmediatamente otra palabra, la de autoridad, una palabra y una cosa que detestamos de todo corazón.

¿Qué es la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan en el encadenamiento y en la sucesión fatal de los fenómenos, tanto del mundo físico como del mundo social? En efecto; que es imposible. Podemos desconocerlas o no conocerlas siquiera, pero no podemos desobedecerlas, porque constituyen la base y las condiciones mismas de nuestra existencia; nos envuelven, nos penetran, regulan todos nuestros movimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos; de manera que aun cuando las queramos desobedecer, no hacemos más que manifestar su omnipotencia.

Sí, somos absolutamente esclav@s de esas leyes. Pero no hay nada de humillante en esa esclavitud. Porque la esclavitud supone un am@ exterior, un legislador que se encuentre al margen de aquel a quien ordena; mientras que estas leyes no están fuera de nosotr@s, nos son inherentes, constituyen nuestro ser, todo nuestro ser, tanto corporal como intelectual y moral; no vivimos, no respiramos, no obramos, no pensamos, no queremos sino mediante ellas. Fuera de ellas no somos nada, no somos. ¿De dónde procedería, pues, nuestro poder y nuestro querer rebelarnos contra ellas?

Frente a las leyes naturales no hay para el hombre más que una sola libertad posible: la de reconocerlas y de aplicarlas cada vez más, conforme al fin de la emancipación o de la humanización, tanto colectiva como individual que persigue. Estas leyes, una vez reconocidas, ejercen una autoridad que no es discutida por las masas de l@s hombres. Es preciso, por ejemplo, ser loc@ o teólogo, o por lo menos metafísic@, un jurista, o un economista burgués para rebelarse contra esa ley según la cual dos más dos suman cuatro. Es preciso tener fe para imaginarse que no se quemará un@ en el fuego y que no se ahogará en el agua, a menos que se recurra a algún subterfugio fundado aun sobre alguna otra ley natural. Pero esas rebeldías, o más bien esas tentativas o esas locas imaginaciones de una rebeldía imposible no forman más que una excepción bastante rara: porque, en general, se puede decir que la masa de l@s hombres, en su vida cotidiana, se deja gobernar de una manera casi absoluta por el buen sentido, lo que equivale a decir por la suma de las leyes generalmente reconocidas.

La gran desgracia es que una gran cantidad de leyes naturales ya constadas como tales por la ciencia, permanezcan desconocidas para las masas populares, gracias a los cuidados de esos gobiernos tutelares que no existen, como se sabe, más que para el bien de los pueblos... Hay otro inconveniente: la mayor parte de las leyes naturales inherentes al desenvolvimiento de la sociedad humana, y que son también necesarias, invariables, fatales, como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido debidamente comprobadas y reconocidas por la ciencia misma.

Una vez que hayan sido reconocidas primero por la ciencia y que la ciencia, por medio de un amplio sistema de educación y de instrucción populares, las haya hecho pasar a la conciencia de tod@s, la cuestión de la libertad estará perfectamente resuelta. L@s atoritari@s más recalcitrantes deben reconocer que entonces no habrá necesidad de organización política ni de dirección ni de legislación, tres cosas que, ya sea que emanen de la voluntad del soberano, ya que resulten de los votos de un parlamento elegido por sufragio universal y aun cuando estén conformes con el sistema de las leyes naturales -lo que no tuvo lugar jamás y no tendrá jamás lugar-, son siempre igualmente funestas y contrarias a la libertad de las masas, porque les impone un sistema de leyes exteriores y, por consiguiente, despóticas.

La libertad del hombre consiste únicamente en esto, que obedece a la leyes naturales, porque las ha reconocido él mism@ como tales y no porque le hayan sido impuestas exteriormente por una voluntad extraña, divina o humana cualquiera, colectiva o individual.

Suponed una academia de sabi@s, compuesta por l@s representantes más ilustres de la ciencia; suponed que esa academia sea encargada de la legislación, de la organización de la sociedad y que, sólo inspirándose en el puro amor a la verdad, no le dicte más que leyes absolutamente conformes a los últimos descubrimientos de la ciencia. Y bien, yo pretendo que esa legislación y esa organización serán una monstruosidad, y esto por dos razones: La primera, porque la ciencia humana es siempre imperfecta necesariamente y, comparando lo que se ha descubierto con lo que queda por descubrir, se puede decir que está todavía en la cuna. De suerte que si quisiera forzar la vida práctica de l@s hombres, tanto colectiva como individual, a conformarse estrictamente, exclusivamente con los últimos datos de la ciencia, se condenaría a la sociedad y a l@s individu@s a

sufrir un martirio sobre el lecho de Procusto, que acabaría pronto por dislocarl@s y por sofocarl@s, pues la vida es siempre infinitamente más amplia que la ciencia.

La segunda razón es ésta: una sociedad que obedeciere a la legislación de una academia científica, no porque hubiere comprendido su carácter racional por sí misma (en cuyo caso la existencia de la academia sería inútil), sino porque la legislación tal, emanada de esa academia, se impondría en nombre de una ciencia venerada sin comprenderla, sería, no una sociedad de hombres, sino de brut@s. Sería una segunda edición de esa pobre república de Paraguay que se dejó gobernar tanto tiempo por la Compañía de Jesús. Una sociedad semejante no dejaría de caer bien pronto en el más bajo grado del idiotismo.

Pero hay una tercera razón que hace imposible tal gobierno: es que una academia científica revestida de esa soberanía digamos absoluta, aunque estuviere compuesta por l@s hombres más ilustres, acabaría infaliblemente y pronto por corromperse moral e intelectualmente. Esta es hoy, ya, con los pocos privilegios que se les dejan, la historia de todas las academias. El mayor genio científico, desde el momento en que se convierte en academic@, en sabi@ oficial, patentad@, cae inevitablemente y se adormece. Pierde su espontaneidad, su atrevimiento revolucionario, y esa energía incómoda y salvaje que caracteriza la naturaleza de l@s más grandes genios, llamad@s siempre a destruir los mundos caducos y a echar los fundamentos de mundos nuevos. Gana sin duda en cortesía, sabiduría utilitaria y práctica, lo que pierde en potencia de pensamiento. Se corrompe, en una palabra.

Es propio del privilegio y de toda posición privilegiada el matar el espíritu y el corazón de l@s hombres. El hombre privilegiad@, sea política, sea económicamente, es un hombre intelectual y moralmente depravad@. He ahí una ley social que no admite ninguna excepción, y que se aplica tanto a las naciones enteras como a las clases, a las compañías como a l@s individu@s. Es la ley de la igualdad, condición suprema de la libertad y de la humanidad. El objetivo principal de este libro es precisamente desarrollarla y demostrar la verdad en todas las manifestaciones de la vida humana.

Un cuerpo científico al cual se haya confiado el gobierno de la sociedad, acabará pronto por no ocuparse absolutamente nada de la ciencia, sino de un asunto distinto; y ese asunto, como sucede con todos los poderes establecidos, será el de perpetuarse a sí mismo, haciendo que la sociedad confiada a sus cuidados se vuelva cada vez más estúpida, y por consiguiente más necesitada de su gobierno y de su dirección.

Pero lo que es verdad para las academias científicas es verdad igualmente para todas las asambleas constituyentes y legislativas, aunque hayan salido del sufragio universal. Este puede renovar su composición, es verdad, pero eso no impide que se forme en unos pocos años un cuerpo de polític@s, privilegiad@s de hecho, no de derecho, y que, al dedicarse exclusivamente a la dirección de los asuntos públicos de un país, acaban por formar una especie de aristocracia o de oligarquía política. Ved si no los Estados Unidos de América y Suiza.

Por tanto, nada de legislación exterior y de legislación interior, pues por otra parte una es inseparable de la otra, y ambas tienden al sometimiento de la sociedad y al embrutecimiento de l@s legisladores mism@s.

¿Se desprende de esto que rechazo toda autoridad? Lejos de mí ese pensamiento. Cuando se trata de zapatos, prefiero la autoridad del zapater@; si se trata de una casa, de un canal o de un ferrocarril, consulto la del arquitect@ o del ingenier@. Para esta o la otra ciencia especial me dirijo a tal o cual sabi@. Pero no dejo que se imponga a mí ni el zapater@, ni el arquitect@, ni el sabi@les escucho libremente y con todo respeto que merecen su inteligencia, su carácter, su saber, pero me reservo mi derecho incontestable de crítica y de control. No me contento con consultar una sola autoridad especialista, consulto varias; comparo sus opiniones, y elijo la que me parece más justa. Pero no reconozco autoridad infalible, ni aun en las cuestiones especiales; por consiguiente, no obstante el respeto que pueda tener hacia la honestidad y la sinceridad de tal o cual individu@, no tengo fe absoluta en nadie. Una fe semejante sería fatal a mi razón, a mi libertad y al éxito mismo de mis empresas; me transformaría inmediatamente en un esclav@ estúpid@ y en un instrumento de la voluntad y de los intereses ajenos.

Si me inclino ante la autoridad de l@s especialistas y si me declaro dispuesto a seguir, en una cierta medida y durante todo el tiempo que me parezca necesario, sus indicaciones y aun su dirección, es porque esa autoridad no me es impuesta por nadie, ni por l@s hombres ni por Dios. De otro modo la rechazaría con honor y enviaría al diablo sus consejos, su dire-

cción y su ciencia, seguro que me harían pagar con la pérdida de mi libertad y de mi dignidad los fragmentos de verdad humana, envueltos en muchas mentiras, que podrían darme.

Me inclino ante la autoridad de l@s hombres especiales porque es impuesta por la propia razón. Tengo conciencia de no poder abarcar en todos los detalles y en sus desenvolvimientos positivos más que una pequeña parte de la ciencia humana. La más grande inteligencia no podría abarcar el todo. De donde resulta para la ciencia como para la industria, la necesidad de la división y de la asociación del trabajo. Yo recibo y doy, tal es la vida humana. Cada un@ es autoridad dirigente y cda un@ es dirigid@ a su vez. Por tanto no hay autoridad fija y constante, sino un cambio continuo de autoridad y de subordinación mutuas, pasajeras y sobre todo voluntarias.

Esa misma razón me impide, pues, reconocer una autoridad fija, constante y universal, porque no hay hombre universal, hombre que sea capaz de abarcar con esa riqueza de detalles (sin la cual la aplicación de la ciencia a la vida no es posible), todas las ciencias, todas las ramas de la vida social. Y si una tal universalidad pudiera realizarse en un solo hombre, y quisiera prevalerse de ella para imponernos su autoridad, habría que expulsar a ese hombre de la sociedad, porque su autoridad reduciría inevitablemente a tod@s l@s demás a la esclavitud y a la imbecilidad. No pienso que la sociedad deba maltratar a l@s hombres de genio como ha hecho hasta el presente. Pero no pienso tampoco que deba engordarl@s demasiado, ni concederles sobre todo privilegios o derechos exclusivos de ninguna especie; y esto por tres razones: primero, porque sucedería a menudo que se tomaría a charlatán por un hombre de genio; luego, porque, por este sistema de privilegios, podría transformar en charlatán a un hombre de genio, desmoralizarl@ y embrutecerl@, y en fin, porque se daría un@ a sí mism@ un déspota.

Resumo. Nosotr@s reconocemos, pues, la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexiva y todo lo sistemática que sea posible, de las leyes naturales inherentes a la vida tanto material como intelectual y moral del mundo físico y del mundo social; esos dos mundos no constituyen en realidad más que uno solo y mismo mundo natural. Fuera de esa autoridad, la única legítima, porque es racional y está conforme a la naturaleza humana, declaramos que todas las demás son mentirosas, arbitrarias, despóticas y funestas.

Reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, pero rechazamos la infalibilidad y la universalidad de l@s representantes de la ciencia. En nuestra iglesia -séame permitido servirme un momento de esta expresión que por otra parte detesto; la iglesia y el Estado son mis dos bestias negras-, en nuestra iglesia, como en la iglesia protestante, nosotr@s tenemos un jefe, un Cristo invisible, la ciencia; y como l@s protestantes, más consecuentes aún que l@s protestantes, no queremos sufrir ni papas ni concilios, ni cónclaves de cardenales infalibles, ni obispos, ni siquiera sacerdotes. Nuestro Cristo se distingue del Cristo protestante y cristiano en que este último es un ser personal, y el nuestro es impersonal; el Cristo cristiano, realizado ya en un pasado eterno, se presenta como un ser perfecto, mientras que la realización y el perfeccionamiento de nuestro Cristo, de la ciencia, están siempre en el porvenir: lo que equivale a decir que no se realizarán jamás. No reconociendo la autoridad absoluta más que la ciencia absoluta, no comprometemos de ningún modo nuestra libertad.

Entiendo por las palabras «ciencia absoluta», la ciencia verdaderamente universal que reproduciría idealmente el universo, en toda su extensión y en todos sus detalles infinitos, el sistema o la coordinación de todas las leyes naturales que se manifiestan en el desenvolvimiento incesante de los mundos. Es evidente que esta ciencia, objeto sublime de todos los esfuerzos del espíritu humano, no se realizará nunca en su plenitud absoluta. Nuestro Cristo quedará, pues, eternamente inacabado, lo cual debe rebajar mucho el orgullo de sus representantes patentad@s entre nosotr@s. Contra ese Dios hijo, en nombre del cual pretendían imponernos su autoridad insolente y pedantesca, apelaremos al Dios padre, que es el mundo real, la vida real de lo cual Él no es más que una expresión demasiado imperfecta y de quien nosotr@s somos l@s responsables inmediat@s, l@s seres reales, que viven, trabajan, combaten, aman, aspiran, gozan y sufren.

Pero aun rechazando la autoridad absoluta, universal e infalible de l@s hombres de ciencia, nos inclinamos voluntariamente ante la autoridad respetable, pero relativa, muy pasajera, muy restringida, de l@s representantes de las ciencias especiales, no exigiendo nada mejor que consultarles en cada caso y muy agradecid@s por las indicaciones preciosas que quieran darnos, a condición de que ell@s quieran recibirlas de nosotr@s sobre cosas y en ocasiones en que somos más sabi@s que ell@s; y en general, no pedimos nada mejor que ver a l@s hombres dotad@s de un gran saber, de una gran experiencia, de

una gran experiencia y de un gran corazón sobre todo, ejerce sobre nosotr@s una influencia natural y legítima, libremente aceptada, y nunca impuesta en nombre de alguna autoridad oficial cualquiera que sea, terrestre o celeste. Aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, ninguna de derecho; porque toda autoridad o toda influencia de derecho, y como tal oficialmente impuesta, al convertirse pronto en una opresión y en una mentira, nos impondrá infaliblemente, como creo haberlo demostrado suficientemente, la esclavitud y el absurdo.

En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiadas, patentadas, oficiales y legales, aunque salgan del sufragio universal, convencid@s de que no podrán actuar sino en provecho de una minoría dominadora y explotadora, contra los intereses de la inmensa mayoría sometida.

He aquí en qué sentido somos realmente anarquistas.

L@s idealistas modern@s entienden la autoridad de una manera completamente diferente. Aunque libre de las supersticiones tradicionales de todas las religiones positivas existentes, asocian, sin embargo, a esa idea de autoridad un sentido divino, absoluto. Esta autoridad no es la de una verdad milagrosamente revelada, ni la de una verdad rigurosa y científicamente demostrada. La fundan sobre mucha fe vagamente religiosa, sobre mucho sentimiento ideal, abstractamente poético. Su religión es como un último ensayo de divinización de todo lo que constituye la humanidad en l@s hombres.

Ese es todo lo contrario de la obra que nosotr@s realizamos. En vista de la libertad humana, de la dignidad humana y de la prosperidad humana, creemos deber quitar al cielo los bienes que ha robado a la tierra, para devolverlos a la tierra; mientras que esforzándose por cometer un nuevo latrocinio religiosamente heroico, ell@s querrían al contrario, restituir de nuevo al cielo, a ese divino ladrón hoy desenmascarado -pasado a su vez a saco por la impiedad audaz y por el análisis científico de l@s librepensadores-, todo lo que la humanidad contiene de más grande, de más bello, de más noble.

Les parece, sin duda, que, para gozar de una mayor autoridad entre l@s hombres, las ideas y las cosas humanas deben ser envestidas de alguna sanción divina. ¿Cómo se anuncia esa sanción? No por un milagro, como en las religiones positivas, sino por la grandeza o por la santidad misma de las ideas y de las cosas: lo que es grande, lo que es bello, lo que es noble, lo que es justo, es reputado divino. En este nuevo culto religioso, todo hombre que se inspira en estas ideas, en estas cosas, se transforma en un sacerdote, inmediatamente consagrado por Dios mismo. ¿Y la prueba? Es la grandeza misma de las ideas que expresa, y de las cosas que realiza: no tiene necesidad de otra. Son tan santas que no pueden haber sido inspiradas más que por Dios.

He ahí, en pocas palabras, toda su filosofía: filosofía de los sentimientos, no de pensamientos reales, una especie de pietismo metafísico. Esto parece inocente, pero no lo es, y la doctrina muy precisa, muy estrecha y muy seca que se oculta bajo la ola intangible de esas formas poéticas, conduce a los mismos resultados desastrosos que todas las religiones positivas; es decir, a la negación más completa de la libertad y de la dignidad humanas.

Proclamar como divino lo que haya de grande, justo, noble, bello en la humanidad, es reconocer, implícitamente, que la humanidad habría sido incapaz por sí misma de producirlo; lo que equivale a decir que abandonada a sí misma su propia naturaleza es miserable, inicua, vil y fea. Henos aquí vueltos a la esencia de toda religión, es decir, a la denigración de la humanidad para la mayor gloria de la divinidad. Y desde el momento que son admitidas la inferioridad natural del hombre y su incapacidad profunda para elevarse por sí, fuera de toda inspiración divina, hasta llas ideas justas y verdaderas, se hace necesario admitir también todas las consecuencias ideológicas, políticas y sociales de las religiones positivas. Desde el momento que Dios, el ser perfecto y supremo se pone frente a la humanidad, l@s intemediari@s divin@s, l@s elegid@s, l@s inspirad@s de Dios salen de la tierra para ilustrar, para dirigir y para gobernar en su nombre a la especie humana.

¿No se podría suponer que tod@s l@s hombres son igualmente inspirad@s por Dios? Entonces no habría ya necesidad de intermediari@s, sin duda. Pero esta suposición es imposible, porque está demasiado contradicha por los hechos. Sería preciso entonces atribuir a la inspiración divina todos los absurdos y los errores que se manifiestan, y todos los horrores, las torpezas, las cobardías y las tonterías que se cometen en el mundo humano. Por consiguiente, no hay en este mundo más que poc@s hombres divinamente inspirad@s. Son l@s grandes hombres de la historia, l@s genios virtuos@s, como dice el ilustre y profeta italiano Giuseppe Mazzini. Inmediatamente inspirad@s por Dios mismo apoyándose en el consentimientp universal, expresado por el sufragio popular -Dio e Popolo-, están llamad@s a gobernar la sociedad humana[11].

Henos aquí de nuevo en la iglesia y en el Estado. Es verdad que en esa organización nueva, establecida, como todas las organizaciones políticas antiguas, por la gracia de Dios, pero apoyada esta vez, al menos en la forma, a guisa de concesión necesaria al espíritu moderno, y como en los preámbulos de los decretos imperiales de Napoleón III, sobre la voluntad (ficticia) del pueblo; la iglesia, se llamará escuela. Pero sobre los bancos de esa escuela no se sentarán solamente l@s niñ@s: estará el menor eterno, el escolar reconocido incapaz para siempre de sufrir sus exámenes, de elevarse a la ciencia de sus maestr@s y de pasarse sin su disciplina: el pueblo[12]. El Estado no se llamará ya monarquía, se llamará república, pero no dejará de ser Estado, es decir, una tutela oficial y regularmente establecida, por una minoría de hombres competentes, de hombres de genio o talento, vistuos@s, para dirigir la conducta de ese gran incorregible y niño terrible: el pueblo. L@s profesores de la escuela y l@s funcionari@s del Estado se llamarán republican@s; pero serán por eso menos tutores, pastores, y el pueblo permanecerá siendo lo que ha sido eternamente hasta aquí: un rebaño. Cuidado entonces con l@s esquiladores; porque allí donde hay rebaño, habrá necesariamente también esquiladores y aprovechadores del rebaño.

El pueblo, en ese sistema, será el escolar y el pupilo eterno. A pesar de su soberanía ficticia, continuará sirviendo de instrumento a pensamientos, a voluntades y por consiguiente también a intereses que no serán los suyos. Entre esta situación y la que llamamos de libertad, de verdadera libertad, hay un abismo. Habrá, bajo formas nuevas, la antigua opresión y la antigua esclavitud, y allí donde existe la esclavitud, están la miseria, el embrutecimiento, la verdadera materialización de la sociedad, tanto de las clases privilegiadas como de las masas.

Al divinizar la cosas humanas, l@s idealistas llegan siempre al triunfo de un materialismo brutal. Y esto por una razón muy sencilla: lo divino se evapora y sube hacia su patria, el cielo, y en la tierra queda solamente lo brutal.

Si, el idealismo en teoría tiene consecuencia necesaria el materialismo más brutal en la práctica; no, sin duda, para aquell@s que lo predican de buena fe -el resultado ordinario para ell@s es ver atacados de esterilidad todos sus esfuerzos-, sino para l@s que se esfuerzan por realizar sus preceptos en la vida, para la sociedad entera, en tanto ésta se deja dominar por las doctrinas idealistas.

Para demostrar este hecho general y que puede parecer extraño al principio, pero que se explica naturalmente cuando se reflexiona más, las pruebas históricas no faltan.

Comparad las dos últimas civilizaciones del mundo antiguo, la civilización griega y la civilización romana. ¿Cuál es la civilización más materialista, la más natural por su punto de partida y la más humanamente ideal en sus resultados? La civilización griega. ¿Cuál es al contrario la más abstractamente ideal en su punto de partida que sacrifica la libertad material del hombre a la libertad ideal del ciudadan@, representada por la abstracción del derecho jurídico, y el desenvolvimiento natural de la sociedad a la abstracción del Estado, y cuál es la más brutal en sus consecuencias? La civilización romana, sin duda. La civilización griega, como todas las civilizaciones antiguas, comprendida la de Roma, ha sido exclusivamente nacional y ha tenido por base la esclavitud. Pero a pesar de estas dos grandes faltas históricas, no ha concebido menos y realizado la idea de la humanidad, y ennoblecido y realmente idealizado la vida de l@s hombres; ha transformado los rebaños humanos en asociaciones libres de hombres libres; ha creado las ciencias, las artes, una poesía, una filosofía inmortales y las primeras nociones del respeto humano por la libertad. Con la libertad política y social ha creado el libre pensamiento. Y al final de la Edad Media, en la época del Renacimiento, ha bastado que algun@s grieg@s emigrad@s aportasen algunos libros inmortales a Italia para que resucitaran la vida, la libertad, el pensamiento, la humanidad, enterrados en el sombrío calabozo del catolicismo. La emancipación humana, he ahí el nombre de la civilización griega. ¿Y el nombre de la civilización romana? Es la conquista con todas sus brutales consecuencias. ¿Y su última palabra? La omnipotencia de los Césares. Es el envilecimiento y la esclavitud de las naciones y de l@s hombres.

Y hoy aún, ¿qué es lo que mata, qué es lo que aplasta brutalmente, materialmente, en todos los países de Europa, la libertad y la humanidad? Es el triunfo del principio cesarista o romano.

Comparad ahora dos civilizaciones modernas: la civilización italiana y la civilización alemana. La primera representa, sin duda, en su carácter general, el materialismo; la segunda representa, al contrario, todo lo que hay de más abstracto, de más puro y de más trascendente en idealismo. Veamos cuáles son los frutos prácticos de una y otra.

Italia ha prestado ya inmensos servicios a la causa de la emancipación humana. Fue la primera que resucitó y que aplicó

ampliamente el principio de libertad en Europa y que dio a la humanidad sus títulos de nobleza: la industria, el comercio, la poesía, las artes, las ciencias positivas, el libre pensamiento. Aplastada después por tres siglos de despotismo imperial y papal, y arrastrada al lodo por su burguesía dominante, aparece hoy, es verdad, muy decaída en comparación con lo que ha sido. Y sin embargo, ¡qué diferencia si se la compara con Alemania! En Italia, a pesar de esa decadencia, que esperamos pasajera, se puede vivir y respirar humanamente, libremente, rodeado de un pueblo que parece haber nacido para la libertad. Italia -aun su burguesía- puede mostrarnos con orgullo hombres como Mazzini y Garibaldi. En Alemania se respira la atmósfera de una inmensa esclavitud política y social, filosóficamente explicada y aceptada por un gran pueblo con una resignación y una buena voluntad reflexivas. Sus héroes -hablo siempre de la Alemania presente, no de la Alemania del porvenir; de la Alemania nobiliaria, burocrática, política y burguesa, no de la Alemania proletaria- son todo lo contrario de Mazzini y de Garibaldi: son hoy Guillermo I, el feroz e ingenuo representante del dios protestante, son los señores Bismarkc y Moltke, lo generales Manteufel y Werder. En todas sus relaciones internacionales, Alemania desde que existe, ha sido lenta, sistemáticamente invasora, conquistadora, ha estado siempre dispuesta a extender sobre los pueblos vecinos su propio sometimiento voluntario; y después que se ha constituido en potencia unitaria, se convirtió en una amenaza, en un peligro para la libertad de toda Europa. El nombre de Alemania, hoy, es la servilidad brutal y triunfante.

Par mostrar cómo el idealismo teórico se transforma incesante y fatalmente en materialismo práctico, no hay más que citar el ejemplo de todas las iglesias cristianas, y naturalmente, y ante todo, el de la iglesia apostólica y romana. ¿Qué hay de más sublime, en el sentido ideal, de más desinteresado, de más apartado de todos los intereses de esta tierra que la doctrina de Cristo predicada por esa iglesia, y qué hay de más brutalmente materialista que la práctica constante de esa misma iglesia desde el siglo octavo, cuando comenzó a constituirse como potencia? ¿Cuál ha sido y cuál es aún el objeto principal de todos sus litigios contra l@s soberanos de Europa? Los bienes temporales, las rentas de la iglesia, primero, y luego la potencia temporal, los privilegios políticos de la iglesia. Es preciso hacer justicia a esa iglesia, que ha sido la primera en descubrir en la historia moderna la verdad incontestable, pero muy poco cristiana, de que la riqueza y el poder económico y la opresión política de las masas son los dos términos inseparables del reino de la idealidad divina sobre la tierra: la riqueza que consolida y aumenta el poder que descubre y crea siempre nuevas fuentes de riqueza, y ambos que aseguran mejor que el martirio y la fe de los apóstoles, y mejor que la gracia divina, el éxito de la propaganda cristiana. Es una verdad histórica que las iglesias protestantes no desconocen tampoco. Hablo naturalmente de las iglesias independientes de Inglaterra, de Estados Unidos y de Suiza, no de las iglesias sometidas de Alemania. Estas no tienen iniciativa propia; hacen lo que sus amos, sus soberanos temporales, que son al mismo tiempo sus jefes espirituales, les ordenan hacer. Se sabe que la propaganda protestante, la de Inglaterra y la de Estados Unidos sobre todo, se relaciona de una manera estrecha con la propaganda de los intereses materiales, comerciales, de esas dos grandes naciones; y se sabe también que esta última propaganda no tiene por objeto de ningún modo el enriquecimiento y la prosperidad material de los países en los que penetra, en compañía de la palabra de Dios, sino más bien la explotación de esos países, en vista del enriquecimiento y de la prosperidad material creciente de ciertas clases, muy explotadoras y muy piadosas a la vez, en su propio país.

En una palabra, no es difícil probar, con la historia en la mano, que la iglesia, que todas las iglesias, cristianas y no cristianas, junto a su propaganda espiritualista, y probablemente para acelerar y consolidar su éxito, no han descuidado jamás la organización de grandes compañías para la explotación económica de las masas, del trabajo de las masas bajo la protección y con la bendición directas y especiales de una divinidad cualquiera; que todos los Estados que, en su origen, como se sabe, no han sido, con todas sus instituciones políticas y jurídicas y sus clases dominantes y privilegiadas, nada más que sucursales temporales de esas iglesias, no han tenido igualmente por objeto principal más que esa misma explotación en beneficio de las minorías laicas, indirectamente legitimadas por la iglesia; y que en general la acción del buen Dios y de tod@s l@s idealistas divin@s sobre la tierra han culminado por fin, siempre y en todas partes, en lla fundación del materialismo próspero del pequeño número sobre el idealismo fanático y constantemente excitado de las masas.

Lo que vemos hoy es una prueba nueva. Con excepción de esos grandes corazones y de esos grandes espíritus extraviados que he nombrado, ¿quiénes son hoy l@s defensores más encarnizad@s del idealismo? Primeramente todas las cortes soberanas. En Francia fueron Napoleón III y su esposa Eugenia; son todos sus ministros de otro tiempo, ciortesan@s y exmaris-

cales, desde Rouher y Bazaine hasta Fleury y Pietri; son l@s hombres y mujeres de ese mundo imperial, que han idealizado también y salvado a Francia. Son es@s periodistas y es@s sabi@s: l@s Cassagnac, l@s Girardin, l@s Duvernois, l@s Veuillot, l@s Leverrier, l@s Dumas. Es en fin la negra falange de los y de las jesuitas de toda túnica; es toda la nobleza y toda la alta y media burguesía de Francia. Son l@s doctrinari@s liberales y l@s liberales sin doctrina: l@s Guizot, l@s Thiers, l@s Jules Favre, l@s Jules Simon, tod@s defensores encarnizad@s de la explotación burguesa. En Prusia, en Alemania, es Guillermo I, el verdadero demostrador actual del buen Dios sobre la tierra; son todos los generales, todos sus oficiales pomerianos y de los otros, todo su ejército que, fuerte en su fe religiosa, acaba de conquistar Francia de una manera ideal que se sabe. En Rusia es el zar y toda su corte; son l@s Muravief y l@s Berg, tods los degolladores y l@s piados@s convertidores de Polonia. En todas partes, en una palabra, el idealismo, religioso o filosófico -el uno no es sino la traducción más o menos libre del otro-, sirve de bandera a la fuerza sanguinaria y brutal, a la explotación material desvergonzada; mientras que, al contrario, la bandera del materialismo teórico, la bandera roja de la igualdad económica y de la justicia social, ha sido levantada por el idealismo práctico de las masas oprimidas y hambrientas, que tienden a realizar la más grande libertad y el derecho humano de cada un@ en la fraternidad de tod@s l@s hombres sobre la tierra.

¿Quiénes son l@s verdader@s idealistas -no l@s idealistas de la abstracción, sino de la vida; no del cielo, sino de la tierra- y quiénes son l@s materialistas?

Es evidente que el idealismo teórico o divino tiene por condición esencial el sacrificio de la lógica, de la razón humana, la renunciación a la ciencia. Se ve, por otra parte, que al defender las doctrinas idealistas se halla un@ forzosamente arrastrad@ al partido de l@s opresores y de l@s explotadores de las masas populares. He ahí dos grandes razones que parecían deber bastar para alejar del idealismo todo gran espíritu, a todo gran corazón. ¿Cómo es que nuestr@s ilustres idealistas contemporáne@s, a quienes, ciertamente, no es el espíritu, ni el corazón, ni la buena voluntad lo que les falta, y que han consagrado su existencia entera al servicio de la humanidad, cómo es que se obstinan en permanecer en las filas de l@s representantes de una doctrina en lo sucesivo condenada y deshonrada?

Es preciso que sean impulsados a ello por una razón muy poderosa. No pueden ser ni la lógica ni la ciencia, porque la ciencia y la lógica han pronunciado su veredicto contra la doctrina idealista. No pueden ser tampoco los intereses personales, porque es@s hombres están infinitamente por encima de todo lo que tiene nombre de interés personal. Es preciso que sea una poderosa razón moral. ¿Cuál? No puede haber más que una: es@s hombres ilustres piensan, sin duda, que las teorías o las creencias idealistas son esencialmente necesarias para la dignidad y la grandeza moral del hombre, y que las teorías materialistas, al contrario, lo rebajan al nivel de los animales.

¿Y si la verdad fuera todo lo contrario?

Todo desenvolvimiento, he dicho, implica la negación del punto de partida. El punto de partida, según la escuela materialista, es material, y la negación debe ser necesariamente ideal. Partiendo de la totalidad del mundo real, o de lo que se llama abstractamente la materia, a la humanización, a la emancipación plena y entera de la sociedad. Al contrario, y por la misma razón, siendo ideal el punto de partida de la escuela idealista, esa escuela llega forzosamente a la materialización de la sociedad, a la organización de un despotismo brutal y de una explotación inicua e innoble, bajo la forma de la iglesia y del Estado. El desenvolvimiento histórico del hombre, según la escuela materialista, es una ascensión progresiva; en el sistema idealista, no puede haber más que una caída continua.

En cualquier cuestión humana que se quiera considerar, se encuentra siempre esa misma contradicción esencial entre las dos escuelas. Por tanto, como hice observar ya, el materialismo parte de la animalidad para construir la humanidad; el idealismo parte de la divinidad para constituir la esclavitud y condenar a las masas a una animalidad sin salida. El materialismo niega el libre albedrío y llega a la constitución de la libertad; el idealismo, en nombre de la dignidad humana, proclama el libre albedrío y sobre las ruinas de toda libertad funda la autoridad. El materialismo rechaza el principio de autoridad porque lo considera, con mucha razón, como el corolario de la animalidad y, al contrario, el triunfo de la humanidad, que según él es el fin y el sentido principal de la historia, no es realizable más que por la libertad. En una palabra, en toda cuestión hallaréis a l@s idealistas en flagrante delito siempre de materialismo práctico, mientras que, al contrario, veréis a l@s materialistas perseguir y realizar las aspiraciones, los pensamientos más ampliamente ideales.

La historia, en el sistema de l@s idealistas, he dicho ya, no puede ser más que una caída continua. Comienzan con una caída terrible, de la cual no se vuelve a levantar jamás: por el salto mortale divino de las religiones sublimes de la idea pura, absoluta, a la materia. Y observar aun en qué materia: no en una materia eternamente activa y móvil, llena de propiedades y de fuerzas, de vida y de inteligencia, tal como se presenta a nosotr@s en el mundo real; sino en la materia abstracta, empobrecida, reducida a la miseria absoluta por el saqueo en regla de es@s prusian@s del pensamiento, es decir, de es@s teólogos y metafísic@s que la desproveyeron de todo para dárselo a su emperador, a su Dios; en esa materia que, privada de toda propiedad, de toda acción y de todo movimiento propios, no representa ya, en oposición a la idea divina, más que la estupidez, la impenetrabilidad, la inercia y la inmovilidad absolutas.

La caída es tan terrible que la divinidad, la persona o la idea divina, se aplasta, pierde la conciencia de sí misma y no se vuelve a encontrar jamás. ¡Y en esa situación desesperada, es forzada aún a hacer milagros! Porque desde el momento que la materia es inerte, todo movimiento que se produce en el mundo, aun en el material, es un milagro, no puede ser sino el efecto de una intervención divina, de la acción de Dios sobre la materia. Y he ahí que esa pobre divinidad, desgraciada y casi anulada por su caída, permanece algunos millares de siglos en ese estado de desvanecimiento, después se despierta lentamente, esforzándose siempre en vano por recuperar algún vago recuerdo de sí misma; y cada movimiento que hace con ese fin en la materia se transforma en una creación, en una formación nueva, en un milagro nuevo. De este modo pasa por todos los grados de la materialidad y de la bestialidad; primero gas, cuerpo químico simple o compuesto, mineral, se difunde luego por la tierra como organismo vegetal y animal, después se concentra en el hombre. Aquí parece volver a encontrarse a sí misma, porque en cada ser human@ arde una chispa angélica, una partícula de su propio ser divino, el alma inmortal.

¿Cómo ha podido llegar a alojarse una cosa absolutamente inmaterial en una cosa absolutamente material?, ¿cómo ha podido el cuerpo contener, encerrar, paralizar, limitar el espíritu propio? He ahí una de esas cuestiones que sólo la fe, esa afirmación apasionada y estúpida de lo absurdo, puede resolver. Es el más grande de los milagros. Aquí, no tenemos sino que constatar los efectos, las consecuencias prácticas de ese milagro.

Después de millares de siglos de vanos esfuerzos para volver a sí misma, la divinidad, perdida y esparcida en la materia que anima y que pone en movimiento, encuentra un punto de apoyo, una especie de hogar para su propio recogimiento. Es el hombre, es su alma inmortal aprisionada singularmente en un cuerpo mortal. Pero cada hombre considerado individualmente es infinitamente restringid@, demasiado pequeñ@ para encerrar la inmensidad; no puede contener más que una pequeña partícula, inmortal como el todo, pero infinitamente más pequeña que el todo. Resulta de ahí que el ser divino, el ser absolutamente inmaterial, el espíritu, es divisible como la materia. He ahí un misterio del que es preciso dejar la solución a la fe.

Si Dios entero puede alojarse en cada hombre, entonces cada hombre sería Dios. Tendríamos una inmensa cantidad de dioses, limitado cada cual por todos los otros y, sin embargo, siendo infinito cada uno; contradicción que implicaría necesariamente la destrucción mutua de l@s hombres, la imposibilidad de que hubiese más que un@. En cuanto a las partículas, esto es otra cosa: nada más racional, en efecto, que una partícula sea limitada por otra, y que sea más pequeña que el todo. Sólo que aquí se presenta otra contradicción. Ser limitado, ser más grande o más pequeño, son atributos de la materia, no del espíritu. Del espíritu tal como lo entienden l@s materialistas, sí, sin duda, porque, según l@s materialistas, el espíritu real no es más que el funcionamiento del organismo por completo material del hombre; y entonces la grandeza o la pequeñez del espíritu depende en absoluto de la mayor o menor perfección material del organismo humano. Pero estos mismos atributos de limitación y de grandeza relativa no pueden ser atribuidos al espíritu tal como lo entienden l@s idealistas, al espíritu absolutamente inmaterial, al espíritu que existe fuera de toda materia. En él no puede haber ni más grande ni más pequeño, ni ningún límite entre los espíritus, porque no hay más que un espíritu: Dios. Si se añade que las partículas infinitamente pequeñas y limitadas que constituyen las almas humanas son al mismo tiempo inmortales, se colmará la contradicción. Pero ésta es una cuestión de fe. Pasemos a otra cosa.

He ahí, pues, a la divinidad desgarrada, y arrojada por partes infinitamente pequeñas en una inmensa cantidad de seres de todo sexo, de toda edad, de todas las razas y de todos los colores. Esa es una situación excesivamente incómoda y desgraciada para ella; porque las partículas divinas se conocen unas a otras tan poco, al principio de su existencia humana, que comienzan por devorarse mutuamente. Por tanto, en medio de este estado de barbarie y de brutalidad por completo animal, las

partículas divinas, las almas humanas, conservan como un vago recuerdo de su divinidad primitiva, son invenciblemente arrastradas hacia su Todo; se buscan, lo buscan. Esa es la divinidad misma, difundida y perdida en el mundo material que se busca en l@s hombres y está de tal modo destruida por esa multitud de pasiones humanas en que se encuentra repartida, que al buscarse comete un montón de tonterías.

Comenzando por el fetichismo, se busca y se adora a sí misma, tan pronto en una piedra, como en un trozo de madera, o en un trapo. Es muy probable también que no hubiese salido nunca del trapo si la otra divinidad que no se ha dejado caer en la materia, y que se ha conservado en el estado de espíritu puro en las alturas sublimes del ideal absoluto, o en las regiones celestes, no hubiese tenido piedad de ella.

He aquí un nuevo misterio. Es el de la divinidad que se escinde en dos mitades, pero igualmente totales e infinitas ambas, y de las cuales una -Dios padre- se conserva en las puras regiones inmateriales; mientras que la otra -Dios hijo- se ha dejado caer en la materia. Vamos a ver al momento establecerse relaciones continuas de arriba abajo y de abajo a arriba entre estas dos divinidades, separada una de otra; y estas relaciones, consideradas como un solo acto eterno y constante, constituirán el Espíritu Santo. Tal es, en su verdadero sentido teológico y metafísico, el grande, el terrible misterio de la trinidad cristiana. Pero dejemos lo antes posible estas alturas y veamos lo que pasa en la tierra.

Dios padre, viendo, desde lo alto de su esplendor eterno, que ese pobre Dios hijo, achatado y pasmado por su caída, se sumergió de tal modo en la materia que, aun llegado al estado humano, no consigue encontrarse, se decide, por fin, a ayudarlo. Entre esa inmensa cantidad de partículas a la vez inmortales, divinas e infinitamente pequeñas en que el Dios hilo se diseminó hasta el punto de no poder volver a reconocerse, el Dios padre eligió las que le agradaron más y las hizo sus inspirados, sus profetas, sus "hombres de genio virtuoso", los grandes bienhechores y legisladores de la humanidad: Zoroastro, Buda, Moisés, Confucio, Licurgo, Solón, Sócrates, el divino Platón, y Jesucristo, sobre todo, la completa realización de Dios hijo, en fin, recogida y concentrada en una sola persona humana; todos los apóstoles, San Pedro, San Pablo y San Juan, sobre todo; Constantino el Grande, Mahoma; después Carlomagno, Gregorio VII, Dante; según un@s Lutero también, Voltaire y Rousseau, Robespierre y Dantón, y much@s otr@s grandes y sant@s personajes históricos de l@s que es imposible recapitular todos los nombres, pero entre l@s cuales, como ruso, ruego que no se olvide a San Nicolás.

Henos aquí, pues, llegad@s a la manifestación de Dios sobre la tierra. Pero tan pronto como Dios aparece, el hombre se anula. Se dirá que no se anula del todo, puesto que él mismo es una partícula de Dios. ¡Perdón! Admito que una partícula, una parte de un todo determinado, limitado, por pequeña que sea esa parte, sea una cantidad, un tamaño positivo. Pero una parte, una partícula de lo infinitamente grande, comparada con él, es, necesariamente, infinitamente pequeña. Multiplicad los millones y millones por millones y millones; su producto, en comparación con lo infinitamente grande, será infinitamente pequeño, y lo infinitamente pequeño es igual a cero. Dios es todo, por consiguiente el hombre y todo el mundo real con él, el universo, no son nada. No saldréis de ahí.

Dios aparece, el hombre se anula; y cuanto más grande se hace la divinidad, más miserable se vuelve la humanidad. He ahí toda la historia de todas las religiones; he ahí el efecto de todas las inspiraciones y de todas las legislaciones divinas. En historia el nombre de Dios es la terrible maza histórica con la cual tod@s l@s hombres divinamente inspirad@s, l@s grandes "geni@s virtuos@s" han abatido la libertad, la dignidad, la razón y la prosperidad de l@s hombres.

Hemos tenido primeramente la caída de Dios. Tenemos ahora una caída que nos interesa más, la del hombre, causada por la sola aparición o manifestación de Dios en la tierra.

Ved, pues, en qué error profundo se encuentran nuestr@s querid@s e ilustres idealistas. Hablándonos de Dios, creen, quieren elevarnos, emanciparnos, ennoblecernos y, al contrario, nos aplastan y nos envilecen. Con el nombre de Dios se imaginan poder establecer la fraternidad entre l@s hombres, y, al contrario, crean el orgullo, el desprecio; siembran la discordia, el odio, la guerra, fundan la esclavitud. Porque con Dios vienen necesariamente diferentes grados de inspiración divina; la humanidad se divide en muy inspirad@s, menos inspirad@s y en no inspirad@s de ningún modo. Tod@s son igualmente nul@s ante Dios, es verdad; pero comparad@s entre sí, l@s un@s son más grandes que l@s otr@s; y no solamente de hecho -lo que no sería nada, porque una desigualdad de hecho se pierde por sí misma en la colectividad, cuando no encuentra nada, ninguna ficción o institución legal a la cual pueda engancharse-; no, l@s un@s son más grandes que l@s otr@s por el

derecho divino de la inspiración: lo que constituye de inmediato una desigualdad fija, constante, petrificada. Los más inspirad@s deben ser escuchad@s y obedecid@s por l@s menos inspirad@s. He ahí al fin el principio de autoridad bien establecido, y con éll las dos instituciones fundamentales de la esclavitud: la Iglesia y el Estado.

De todos los despotismos el de l@s doctrinari@s o de l@s inspirad@s religios@s es el peor. Son tan celosos de la gloria de su Dios y del triunfo de su idea, que no les queda corazón ni para la libertad, ni para la dignidad, ni aun para los sufrimientos de l@s hombres vivientes, de l@s hombres reales. El celo divino, la preocupación por la idea acaban por desecar en las almas más tiernas, en los corazones más solidarios, las fuentes del amor humano. Considerando todo lo que es, todo lo que se hace en el mundo, desde el punto de vista de la eternidad o de la idea abstracta, tratan con desdén las cosas pasajeras; pero toda la vida de l@s hombres reales, de l@s hombres de carne y hueso, no está compuesta más que de cosas pasajeras; ell@s mism@s no son más que seres que pasan y que, una vez pasad@s, son reemplazad@s por otr@s igualmente pasajer@s, pero que no vuelven jamás en persona. Lo que hay de permanente o de relativamente eterno en l@s hombres reales, es el hecho de la humanidad que, al desenvolverse constantemente, pasa, cada vez más rica, de una generación a otra. Digo relativamente eterno, porque una vez destruido nuestro planeta -y no puede por menos de perecer tarde o temprano, pues todo lo que ha comenzado debe necesariamente terminar-, una vez descompuesto nuestro planeta, para servir sin duda de elemento a alguna formación nueva en el sistema del universo, el único realmente eterno, ¿quién sabe lo que pasará con todo nuestro desenvolvimiento humano? Por consiguiente, como el momento de esa disolución está inmensamente lejos de nosotr@s, podemos considerar a la humanidad como eterna, tomada en relación a la vida humana, tan corta. Pero este mismo hecho de la humanidad progresiva no es real y viviente más que en tanto que se manifiesta y se realiza en tiempos determinados, en lugares determinados, en hombres realmente viv@s, y no en su ideal general.

La idea general es siempre una abstracción y por eso mismo, en cierto modo, una negación de la vida real. En mi Apéndice Consideraciones filosóficas he comprobado esta propiedad del pensamiento humano, y por consiguiente, también de la ciencia, de no poder aprehender y nombrar en los hechos reales más que su sentido general, sus relaciones generales, sus leyes generales; en una palabra, lo que es permanente en sus transformaciones continuas, pero jamás su aspecto material, individual, y, por decirlo así, palpitante de realidad y de vida, pero por eso mismo fugitivo, no la realidad misma; el pensamiento de la vida, no la vida. He ahí su límite,, el único límite verdaderamente infranqueable para ella, porque está fundado sobre la naturaleza misma del pensamiento humano, que es el único órgano de la ciencia.

Sobre esta naturaleza se fundan tres derechos incontestables y la gran misión de la ciencia, pero también su impotencia vital y su acción malhechora siempre que, por sus representantes oficiales, patentados, se atribuyen el derecho de gobernar la vida. La misión de la ciencia es ésta: Al constatar las relaciones generales de las cosas pasajeras y reales al reconocer las leyes generales inherentes al desenvolvimiento de los fenómenos, tanto del mundo físico como del mundo social, planta, por decirlo así, los jalones inmutables de la marcha progresiva de la humanidad, indicando a l@s hombres las condiciones generales cuya observación rigurosa es necesaria y cuya ignorancia u olvido serán siempre fatales. En una palabra, la ciencia es la brújula de la vida, pero no es la vida. La ciencia es inmutable, impersonal, general, abstracta, insensible, como las leyes de que no es más que la reproducción ideal, reflexiva o mental, es decir cerebral (para recordarnos que la ciencia misma no es más que un producto material de un órgano material, de la organización material del hombre, del cerebro). La vida es fugitiva, pasajera, pero también palpitante de realidad y de individualidad, de sensibilidad, de sufrimientos, de alegrías, de aspiraciones, de necesidades y de pasiones. En ella la que espontáneamente crea las cosas y todos los seres reales. La ciencia no crea nada, constata y reconoce solamente las creaciones de la vida. Y siempre que l@s hombres de ciencia, saliendo de su mundo abstracto, se mezclan a la creación viviente en el mundo real, todo lo que proponen o lo que crean es pobre, ridículamente abstracto, privado de sangre y de vida, muerto nonato, semejantes al humunculus creado por Wagner, el discípulo pedante del inmortal doctor Fausto. Resulta de ello que la ciencia tiene por misión única esclarecer la vida, no gobernarla.

El gobierno de la ciencia y de l@s hombres de ciencia, aunque se llamen positivas, discípul@s de Auguste Comte, o discípul@s de la escuela doctrinaria del comunismo alemán, no puede ser sino impotente, ridículo, inhumano y cruel, opresivo, explotador, malhechor. Se puede decir que l@s hombres de ciencia, como tales, no tienen ni sentido ni corazón para l@s seres individuales y vivientes. No se les puede hacer siquiera un reproche por ello, porque es la consecuencia natural de su

oficio. En tanto que hombres de ciencia no se preocupan, no pueden interesarse más que por las generalidades, por las leyes...

[Faltan tres páginas del manuscrito de Bakunin][13]

...no son exclusivamente hombres de ciencia, son también más o menos hombres de la vida.

Pero no hay que fiarse demasiado, y si se puede estar seguro poco más o menos de que ningún sabi@ se atreverá a tratar hoy a un hombre como se trata a un conejo, es de temer siempre que el gobierno de l@s sabi@s, si se deja hacer, querrá someter a l@s hombres viv@s a experiencias científicas, sin duda menos crueles, pero que no serían menos desastrosas para sus víctimas humanas. Si l@s sabi@s no pueden hacer experiencias sobre el cuerpo de l@s hombres, no querrán nada mejor que hacerlas sobre el cuerpo social, y he ahí lo que hay que impedir a toda costa.

En su organismo actual, monopolistas de la ciencia y que quedan, como tales, fuera de la vida social, l@s sabi@s forman ciertamente una casta aparte que ofrece mucha analogía con la casta de los sacerdotes. La abstracción científica es su Dios, las individualidades vivientes y reales son las víctimas, y ell@s son l@s inmortales consagrad@s y patentad@s.

La ciencia no puede salir de la esfera de las abstracciones. Bajo este aspecto, es infinitamente inferior al arte, el cual tampoco tiene propiamente que ver más que con los tipos generales y las situaciones generales, pero que, por un artificio que le es propio, sabe encarnar en formas que aunque no sean vivas, en el sentido de la vida real, no provocan menos en nuestra imaginación el sentimiento o el recuerdo de esa vida; individualizada en cierto modo los tipos y las situaciones que concibe y, por esas individualidades sin carne y sin hueso, y como tales permanentes e inmortales, que tiene el poder de crear, nos recuerda las individualidades vivientes, reales, que aparecen y que desaparecen ante nuestros ojos. El arte es, pues, en cierto modo la vuelta de la abstracción a la vida. La ciencia es, al contrario, la inmolación perpetua de la vida fugitiva, pasajera, pero real, sobre el altar de las abstracciones eternas.

La ciencia es tan poco capaz de aprehender la individualidad de un hombre como la de un conejo. Es decir, es tan indiferente para una como para otra. No es que ignore el principio de la individualidad. La concibe perfectamente como principio, pero no como hecho. Sabe muy bien que todas las especies animales, comprendida la especie humana, no tiene existencia real más que en un número indefinido de individu@s que nacen y que mueren, haciendo lugar a individu@s nuev@s igualmente pasajer@s. Sabe que a medida que se eleva de las especies animales a las especies superiores, el principio de individualidad se determina más, l@s individu@s aparecen más complet@s y más libres. Sabe en fin que el hombre, el último y el más perfecto animal de esta tierra, presenta la individualidad más completa y más digna de consideración, a causa de su capacidad de concebir y de concretar, de personificar en cierto modo en sí mism@, y en su existencia tanto social como privada, la ley universal. Sabe, cuando no está viciada por el doctrinarismo teológico, metafísico, político o jurídico, o aun por un orgullo estrictamente científico, y cuando no es sorda a los instintos y a las aspiraciones espontáneas de la vida, sabe (y ésa es su última palabra) que el respeto al hombre es la ley suprema de la humanidad, y que el grande, el verdadero fin de la historia, el único legítimo, es la humanización y la emancipación, es la libertad real, la prosperidad real, la felicidad de cada individu@ que vive en sociedad. Porque, al fin de cuentas, a menos de volver a caer en la ficción liberticida del bien público representado por el Estado, ficción fundada siempre sobre la inmolación sistemática de las masas populares, es preciso reconocer que la libertad y la prosperidad colectivas no son reales más que cuando representan la suma de las libertades y de las prosperidades individuales.

La ciencia sabe todo eso pero no va, no puede ir más allá. Al constituir la abstracción su propia naturaleza, puede muy bien concebir el principio de la individualidad real y viva, pero no puede tener nada que ver con individu@s reales y vivientes. Se ocupa de l@s individu@s en general, pero no de Pedro o de Santiago, no de tal o cual individu@, que no existen, que no pueden existir para ella. Sus individu@s no son, digámoslo aún, más que abstracciones.

Por consiguiente, no son esas individualidades abstractas, sino l@s individu@s reales, vivientes, pasajeros, l@s que hacen la historia. Las abstraciones no tienen piernas para marchar, no marchan más que cuando son llevadas por hombres reales. Para es@s seres reales, compuest@s no sólo de ideas sino realmente de carne y sangre, la ciencia no tiene corazón. L@s considera alo sumo como carne de desenvolvimiento intelectual y social. ¿Qué le importan las condiciones particulares y la suerte fortuita de Pedro y de Santiago? Se haría ridícula, abdicaría, se aniquilaría si quisiese ocuparse de ellas de otro modo

que como de un ejemplo en apoyo de sus teorías eternas. Y sería ridículo querer que lo hiciera, porque no es ésa su misión. No puede percibir lo concreto; no puede moverse más que en abstracciones. Su misión es ocuparse de la situación y de las condiciones generales de la existencia y del desenvolvimiento, sea de la especie humana en general, sea de tal raza, de tal pueblo, de tal clase o categoría de individu@s; de las causas generales de su prosperidad o de su decadencia, y de los medios generales para hacerlos avanzar en toda suerte de progresos. Siempre que realice amplia y racionalmente esa labor, habrá cumplido todo su deber, y sería verdaderamente ridículo e injusto exigirle más.

Pero sería igualmente ridículo, sería desastroso confiarle una misión que es incapaz de ejecutar. Puesto que su propia naturaleza le obliga a ignorar la existencia y la suerte de Pedro y Santiago, no hay que permitirle, ni a ella ni a nadie en su nombre, gobernar a Pedro y Santiago. Porque sería muy capaz de tratyarl@s poco más o menos que como trata a los conejos. O más bien, continuaría ignorándol@s; pero sus representantes patentad@s, hombres de ningún modo abstract@s, sino al contrario muy vivientes, que tienen intereses muy reales, cediendo a la influencia perniciosa que ejerce fatalmente el privilegio sobre l@s hombres, acabarían por esquilmarl@s en nombre de ciencia como l@s han esquilmado hasta aquí los sacerdotes, l@s polític@s de todos los colores y l@s abogad@s, en nombre de Dios, del Estado y del derecho jurídico.

Lo que predico es, pues, hasta cierto punto, la rebelión de la vida contra la ciencia, o más bien contra el gobierno de la ciencia. No para destruir la ciencia -eso sería un crimen de lesa humanidad-, sino para ponerla en su puesto, de manera que no pueda volver a salir de él. Hasta el presente toda la historia humana no ha sido más que una inmolación perpetua y sangrienta de millones de pobres seres human@s a una abstracción despiadada cualquiera: Dios, patria, poder del Estado, honor nacional, derechos históricos, derechos jurídicos, libertad política, bien público. Tal ha sido hasta hoy el movimiento natural, espontáneo y fatal de las sociedades humanas. No podemos hacer nada ahí, debemos aceptarlo en cuanto al pasado, como aceptamos todas las fatalidades naturales. Es preciso creer que ésa era la única ruta posible para la educación de la especie humana. Porque no hay que engañarse: aun cediendo la parte más grande de los artificios maquiavélicos de las clases gobernantes, debemos reconocer que ninguna minoría hubiese sido bastante poderosa para imponer todos esos terribles sacrificios a las masas, si no hubiese habido en esas masas mismas un movimiento vertiginoso, espontáneo, que las llevase a sacrificarse siempre de nuevo a una de esas abstracciones devoradoras que, como los vampiros de la historia, se alimentaron siempre de sangre humana.

Que los te, l@s polític@s y l@s juristas hallen eso muy bien, se concibe. Sacerdotes de esas abstracciones, no viven más que de esa continua inmolación de las masas populares. Que la metafísica dé también su consentimiento a ello, no debe asombrarnos tampoco. No tiene otra misión que la de legitimar y racionalizar todo lo posible lo que es inicuo y absurdo. Pero que la ciencia positiva misma haya mostrado hasta aquí idénticas tendencias, he ahí lo que debemos constatar y deplorar. No ha podido hacerlo más que por dos razones: primero, porque, constituida al margen de la vida popular, está representada por un cuerpo privilegiado; y además porque se ha colocado ella misma, hasta aquí, como el fin absoluto y último de todo desenvolvimiento humano; mientras que, mediante una crítica juiciosa, de que es capaz y que en última instancia se verá forzada a ejecutar contra sí misma, habría debido comprender que es realmente un medio necesario para la realización de un fin mucho más elevado: el de la completa humanización de la situación real de tod@s l@s individu@s reales que nacen, viven y mueren sobre la tierra.

La inmensa ventaja de la ciencia positiva sobre la teología, la metafísica, la política y el derecho jurídico, consiste en esto: que en lugar de las abstracciones mentirosas y funestas predicadas por esas doctrinas, plantea abstracciones verdaderas que experimentan la naturaleza general o la lógica misma de las cosas, sus relaciones generales y las leyes generales de su desenvolvimiento. He ahí lo que le separa profundamente de todas las doctrinas precedentes y lo que le asegurará siempre una gran posición en la sociedad humana. Constituirá en cierto modo su conciencia colectiva. Pero hay un aspecto por el que se asocia absolutamente a todas esas doctrinas: que no tiene y no puede tener por objeto más que las abstracciones, y es forzada, por su naturaleza misma, a ignorar l@s individu@s reales, al margen de l@s cuales, aun las abstracciones más verdaderas no tienen existencia real. Para remediar este defecto radical, he aquí la diferencia que deberá establecerse entre la acción práctica de las doctrinas precedentes y la ciencia positiva. Las primeras se han prevalido de la ignorancia de las masas para sacrificarlas con voluptuosidad a sus abstracciones, por lo demás siempre muy lucrativas para sus representantes

corporales. La segunda, reconociendo su incapacidad absoluta para concebir l@s individu@s reales e interesarse en su suerte, debe definitiva y absolutamente, renunciar al gobierno de la sociedad; porque, si se mezclase en él, no podría obrar de otro modo que sacrificando siempre l@s hombres vivientes, que ignora, a sus abstracciones que forman el único objeto de sus preocupaciones legítimas.

La verdadera ciencia de la historia, por ejemplo, no existe todavía, y apenas si se comienza hoy a entrever las condiciones inmensamente complicadas de esa ciencia. Pero supongámosla en fin realizada: ¿qué podrá darnos? Reproducirá el cuadro razonado y fiel del desenvolvimiento natural de las condiciones generales, tanto materiales como ideales, tanto económicas como políticas, de las sociedades que han tenido una historia. Pero ese cuadro universal de la civilización, por detallado que sea, no podrá nunca contener más que apreciaciones generales y por consiguiente abstractas. En este sentido, l@s millares de millones de individu@s que han formado la materia viva y sufriente de esa historia –a la vez triunfal y lúgubre desde el punto de vista de la inmensa hecatombe de víctimas "aplastadas bajo su carro"-, l@s millares de millones de individu@s oscur@s, pero sin l@s cuales no habría sido obtenido ninguno de los grandes resultados abstractos de la historia -y que, notadlo bien, no aprovecharon jamás ninguno de esos resultados- es@s individu@s no encontrarán la más humilde plaza en la historia. Han vivido, han sido inmolad@s, en bien de la humanidad abstracta; he ahí todo.

¿Habrá que reprocharle eso a la ciencia de la historia? Sería ridículo e injusto. L@s individu@s son inapercibibles por el pensamiento, por la reflexión, aun por la palabra humana, que no es capaz de expresar más que abstracciones; inapercibibles en el presente lo mismo que en el pasado. Por tanto, la ciencia social misma, la ciencia del porvenir, continuará ignorándolos forzosamente. Todo lo que tenemos el derecho a exigir de ella es que nos indique, con una mano firme y fiel, las causas generales de los sufrimientos individuales; entre esas causas no olvidará, sin duda, la inmolación y la subordinación, demasiado habituales todavía, de l@s individu@s vivientes a las generalidades abstractas; y que al mismo tiempo nos muestre las condiciones generales necesarias para la emancipación real de l@s individu@s que viven en la sociedad. He ahí su misión, he ahí también sus límites, más allá de los cuales la acción de la ciencia social no podría ser sino impotente y funesta. Porque más allá de esos límites comienzan las pretensiones doctrinarias y gubernamentales de sus representantes patentad@s, de sus sacerdotes. Y es tiempo de acabar con todos los papas y todos los sacerdotes: no l@s queremos ya aunque se llamen demócratas-socialistas.

Otra vez más, la única misión de la ciencia es iluminar la ruta. Pero sólo la vida, liberada de todos los obstáculos gubernamentales y doctrinarios y devuelta a la plenitud de su acción espontánea, puede crear.

¿Cómo resolver esta antinomia?

Por otra parte la ciencia es indispensable a la organización racional de la sociedad; por otra, incapaz de interesarse por lo que es real y viviente, no debe mezclarse en la organización real y viviente, no debe mezclarse en la organización real o práctica de la sociedad.

Esta contradicción no puede ser resuelta más que de un solo modo: la liquidación de la ciencia como ser moral existente al margen de la vida social de todo el mundo, y representada, como tal, por un cuerpo de sabi@s patentad@s, y su difusión entre las masas populares. Estando llamada la ciencia en lo sucesivo a representar la conciencia colectiva de la sociedad, debe realmente convertirse en propiedad de todo el mundo. Por eso, sin perder nada de su carácter universal -del que no podrá jamás apartarse, bajo pena de cesar de ser ciencia, y aun continuando ocupándose exclusivamente de las causas generales y de las condiciones generales y de las relaciones generales de l@s individu@s y de las cosas-, se fundirá en la realidad con la vida inmediata y real de tod@s l@s individsu@s human@s. Este será un movimiento análogo a aquél que ha hecho decir a l@s protestantes, al comienzo de la Reforma religiosa, que no había necesidad de sacerdotes, pues tod@ hombre se convertiría en adelante en su propio sacerdote y gracias a la intervención invisible, única, de Jesucristo, había llegado a tragarse en fin su propio Dios. Pero no se trata aquí ya ni de nuestr@ señor Jesucristo, ni del buen Dios, ni de la libertad política, ni del derecho jurídico, todas igualmente indigestas, como se sabe. El mundo de las abstracciones científicas no es revelado; es inherente al mundo real, del cual no es más que la expresión y la representación general o abstracta. En tanto que forma una región separada, ese mundo ideal nos amenaza con ocupar, frente al mundo real, el puesto del buen Dios y con reservar a sus representantes patentad@s el oficio de sacerdotes. Por esa razón, por la instrucción general, igual para todos

y para todas, hay que disolver la organización social separada de la ciencia, a fin de que las masas, cesando de ser rebaños dirigidos y esquilmados por l@s pastores privilegiad@s, puedan tomar en sus manos sus propios destinos históricos[14].

Pero en tanto que las masas no hayan llegado a ese grado de instrucción, ¿será necesario que se dejen gobernar por l@s hombres de ciencia? ¡No lo quiera Dios! Sería mejor que vivieran sin la ciencia antes de dejarse gobernar por l@s sabi@s. El gobierno de l@s sabi@s tendría por primera consecuencia hacer inaccesible al pueblo la ciencia y sería necesariamente un gobierno aristocrático, porque la institución actual de la ciencia es una institución aristocrática. ¡La asitocracia de la inteligencia! Desde el punto de vista práctico la más implacable, desde el punto de vista social la más arrogante y la más insultante: tal sería el poder constituido en nombre de la ciencia. Ese régimen sería capaz de paralizar la vida y el movimiento en la sociedad. L@s sabi@s, siempre presuntuos@s, siempre llen@s de suficiencia, y siempre impotentes, querrían mezclarse en todo, y todas las fuentes de la vida se secarían bajo su soplo abstracto y sabio.

Una vez más, la vida, no la ciencia, crea la vida; la acción espontánea del pueblo mismo es la única que puede crear la libertad popular. Sin duda, sería muy bueno que la ciencia pudiese, desde hoy, iluminar la marcha espontánea del pueblo hacia su emancipación. Pero más vale la ausencia de luz que una luz vertida con parsimonia desde afuera con el fin evidente de extraviar al pueblo. Por otra parte, el pueblo no carecerá absolutamente de luz. No en vano ha recorrido una larga carrera histórica y ha pagado sus errores con siglos de sufrimientos horribles. El resumen práctico de esas dolorosas experiencias constituye una especie de ciencia tradicional que, bajo ciertos aspectos, equivale perfectamente a la ciencia teórica. En fin, una parte de la juventud estudiosa, aquell@s de entre l@s burgueses que sienten bastante odio contra la mentira, contra la hipocresía, contra la iniquidad y contra la cobardía de la burguesía, para encontrar en sí el valor de volverle las espaldas, y bastante pasión para abrazar sin reservas la causa justa y humana del proletariado, es@s serán, como lo he dicho ya, l@s inductores fraternales del pueblo; aportándole conocimientos que le faltan aún, harán perfectamente inútil el gobierno de l@s sabi@s.

Si el pueblo debe preservarse del gobierno de l@s sabi@s, con mayor razón debe premunirse contra el de l@s idealistas inspirad@s. Cuento más sincer@s son es@s creyentes y es@s poetas del cielo, más peligros@s se vuelven. La abstracción científica, lo he dicho ya, es una abstracción racional, verdadera en su esencia, necesaria e la vida de la que es representación teórica, conciencia. Puede, debe ser absorbida y digerida por la vida. La abstracción idealista, Dios, es un veneno corrosivo que destruye y descompone la vida, que la falsea y la mata. El orgullo de l@s idealistas, no siendo personal, sino un orgullo divino, es invencible e implacable. Puede, debe morir, pero no cederá nunca, y en tanto que le quede un soplo, tratará de someter el mundo al talón de su Dios, como l@s lugartenientes de Prusia, es@s idealistas práctic@s de Alemania, quisieran verlo aplastado bajo la bota con espuelas de su rey. Es la misma fe -los objetivos no son siquiera muy diferentes- y el mismo resultado de la fe: la esclavitud.

Es al mismo tiempo el triunfo del materialismo más craso y más brutal: no hay necesidad de demostrarlo por lo que se refiere a Alemania, porque habría que estar verdaderamente cieg@ para no verlo, en los tiempos que corren. Pero creo necesario aun demostrarlo con relación al idealismo divino.

El hombre, como todo el resto del mundo, es un ser completamente material. El espíritu, la facultad de pensar, de recibir y de reflejar las diversas sensaciones, tanto exteriores como interiores, de recordarlas después de haber pasado y de reproducirlas por la imaginación, de compararlas y distinguirlas, de abstraer las determinaciones comunes y de crear por eso mismo nociones generales o abstractas, a fin de formar las ideas agrupando y combinando las nociones según modos diferentes, la inteligencia en una palabra, el único creador de todo nuestro mundo ideal, es una propiedad del cuerpo animal y principalmente de la organización completamente material del cerebro.

Lo sabemos de una manera muy segura, por la experiencia universal, que no ha desmentido nunca hecho alguno y que tod@ hombre puede verificar a cada instante de su vida. Todos los animales, sin exceptuar las especies más inferiores, encontramos un cierto grado de inteligencia y vemos que en la serie de las especies, la inteligencia animal se desarrolla tanto más cuanto más la organización de una especie se aproxima a la del hombre; pero que en el hombre solamente llega a esa potencia de abstracción que constituye propiamente el pensamiento.

La experiencia universal[15], que en definitiva es el único origen, la fuente de todos nuestros conocimientos, nos demuestra,

pues: 1º) que toda inteligencia está siempre asociada aun cuerpo animal cualquiera, y 2º) que la intensidad, la potencia de esa función animal depende de la perfección relativa de la organización animal. Este segundo resultado de la experiencia universal no es aplicable solamente a las diferentes especies animales; lo comprobamos igualmente en l@s hombres, cuyo poder intelectual y moral depende, de una manera demasiado evidente, de la mayor o menor perfección de su organismo, como raza, como nación, como clase y como individu@s, para que sea necesario insistir demasiado sobre este punto[16].

Por otra parte, es cierto que ningún hombre ha visto nunca ni podido ver el espíritu puro, separado de toda forma material, existiendo independientemente de un cuerpo animal cualquiera. Pero si nadie lo ha visto, ¿cómo han podido l@s hombres llegar a creer en su existencia? Porque el hecho de esa creencia es notorio y, si no universal, como lo pretenden l@s idealistas, al menos es muy general; y como tal es digno de nuestra atención respetuosa, porque una creencia general, por tonta que sea, ejerce siempre una influencia demasiado poderosa sobre los destinos humanos para que esté permitido ignorarla o hacer abstracción de ella.

El hecho de esa creencia histórica se explica, por otra parte, de una manera natural y racional. El ejemplo que nos ofrecen l@s niñ@s y l@s adolescentes, incluso much@s hombres que han pasado la edad de la mayoría, nos prueba que el hombre puede ejercer largo tiempo sus facultades mentales antes de darse cuenta de la manera cómo las ejerce, entes de llegar a la conciencia clara de ese ejercicio. En ese período del funcionamiento del espíritu inconsciente de sí mism@, de esa acción de la inteligencia ingenua o creyente, el hombre, obsesionad@ por el mundo exterior e impulsad@ por ese aguijón interior que se llama la vida, crea una cantidad de imaginaciones, de nociones y de ideas, necesariamente muy imperfectas al principio, muy poco conformes a la realidad de las cosas y de los hechos que se esfuerzan por expresar. Y como no tiene la conciencia de su propia acción inteligente, como no sabe todavía que es él mismo el que ha producido y el que continúa produciendo esas imaginaciones, esas nociones, esas ideas, como ignora su origen subjetivo, es decir, humano, las considera naturalmente, necesariamente, como seres objetivos, como seres reales, en absoluto independientes de él, que existen por sí y en sí.

Es así cómo los pueblos primitivos, al salir lentamente de su inocencia animal, han creado sus dioses. Habiéndol@s creado, no pensando que fuesen ell@s mism@s l@s creadores únic@s, l@s han adorado; considerándol@s como seres reales, infinitamente superiores a ell@s mism@s, les han atribuido la omnipotencia y se han reconocido sus criaturas, sus esclav@s. A medida que las ideas humanas se desenvolvían más, l@s dioses, que como hice observar ya, no fueron nunca más que la reverberación fantástica, ideal, poética o la imagen trastornada, se hicieron poco a poco espíritus puros, con existencia fuera del mundo visible, y en fin, a continuación de un largo desenvolvimiento histórico, acabaron por confundirse en un solo ser divino, espíritu puro, eterno, absoluto, creador y amo de los mundos.

En todo desenvolvimiento, justo o falso, real o imaginario, colectivo o individual, es siempre el primer paso el que cuesta, el primer acto el más difícil. Una vez franqueado ese paso y realizado ese primer acto, el resto transcurre naturalmente, como una consecuencia necesaria. Lo que era difícil en el desenvolvimiento histórico de esa terrible locura religiosa que continúa obsesionándonos y aplastándonos, era poner un mundo divino tal cual, fuera del mundo real. Ese primer acto de locura, tan natural desde el punto de vista fisiológico y por consiguiente necesario en la historia de la humanidad, no se realiza de un solo golpe. Han sido necesarios no sé cuántos siglos para desarrollar y para hacer penetrar esa creencia en los hábitos mentales de l@s hombres. Pero, una vez establecida, se ha vuelto omnipotente, como lo es necesariamente toda locura que se apodera del cerebro humano. Considerad un loc@: cualquiera que sea el objeto especial de su locura, hallaréis que la idea oscura y fija que le obsesiona le parece la más natural del mundo, y al contrario, las cosas naturales y reales que están en contradicción con esa idea, le parecerán locuras ridículas y odiosas. Y bien, la religión es una locura colectiva, tanto más poderosa cuanto que es una locura tradicional y que su origen se pierde en una antigüedad excesivamente lejana. Como locura colectiva, ha penetrado en todos los detalles, tanto públicos como privados de la existencia social de un pueblo, se ha encarnado en la sociedad, se ha convertido por decirlo así en el alma y el pensamiento colectivos. Tod@ hombre es envuelt@ desde su nacimiento en ella, la mama con la leche de la madre, la absorbe con todo lo que oye, en todo lo que ve. Ha sido alimentado, tan envenenado, tan penetrado en todo su ser por ella, que más tarde, por poderoso que sea su espíritu natural, tiene necesidad de hacer esfuerzos inauditos para libertarse y no lo consigue nunca de una manera completa. Nuestr@s idealistas modern@s son una demostración de esto y nuestr@s materialistas doctrinari@s, l@s comunistas alemanes, son otra. No han sabido

deshacerse de la religión del Estado.

Una vez bien establecido el mundo sobrenatural, el mundo divino en la imaginación tradicional de los pueblos, el desenvolvimiento de los diversos sistemas religiosos ha seguido su curso natural y lógico, siempre conforme, por otra parte, al desenvolvimiento contemporáneo y real de las relaciones económicas y políticas de que ha sido en todo tiempo, en el mundo de la fantasía religiosa, la reproducción fiel y la consagración divina. Es así como la locura colectiva e histórica que se llama religión se ha desarrollado desde el fetichismo, pasando por todos los grados del politeísmo, hasta el monoteísmo cristiano.

El segundo paso, en el desenvolvimiento de las creencias religiosas y el más difícil sin duda después del establecimiento de un mundo divino separado, fue precisamente esta transición del politeísmo al monoteísmo, del materialismo religioso de l@s pagan@s a la fe espiritualista de l@s crsitian@s. L@s dioses -y éste fue su carácter principal-, eran ante todo dioses exclusivamente nacionales. Después, como eran numeros@s, conservaron necesariamente, más o menos, un carácter material o, más bien, es porque eran materiales por lo que fueron tan numeros@s, pues la diversidad es uno de los atributos del mundo real. L@s dioses pagan@s no eran aún propiamente la negación de las cosas reales: no eran más que su exageración fantástica.

Hemos visto cuánto costó esa transición al pueblo judío, del que constituyó, por decirlo así, toda la historia. Moisés y los profetas se complacían en predicarle el Dios único; el pueblo volvía a caer en su idolatría primitiva, en la fe antigua, comparativamente mucho más natural, más cómoda en much@s buenos dioses, más materiales, más humanos, más palpables. Jehová mismos, su dios único, el dios de Moisés y de los profetas, era un dios excesivamente nacional aún, que no se servía, para recompensar y castigar a sus fieles, a su pueblo elegido, más que de argumentos materiales, a menudo estúpidos y siempre brutales y feroces. No parece que la fe en su existencia haya implicado la negación de la existencia de los dioses primitiv@s. El dios judío no renegaba de la existencia de esos rivales, sólo que no quería que su pueblo los adorase a su lado, porque ante todo Jehová era un dios muy envidioso y su primer mandamiento fue este:

"Soy el señor tu Dios y no adorarás a otr@s dioses más que a mí".

Jehová no fue más que un esbozo primero, muy material, muy grosero del idealismo moderno. No era, por lo demás, sino un dios nacional, como el dios ruso que adoran los generales rusos súbditos del zar y patriotas del imperio de todas las Rusias, como el dios alemán que, sin duda, van a proclamar bien pronto l@s pietistas y los generales alemanes súbdit@s de Guillermo I, en Berlín. El ser supremo no puede ser un Dios nacional, debe ser el de la humanidad entera. El ser supremo no puede ser tampoco un ser material, debe ser la negación de toda materia, el espíritu puro. Para la realización del culto del ser supremo ha sido necesarias dos cosas: 1°) una realización de la humanidad por la negación de las nacionalidades y de los cultos nacionales; 2°) un desenvolvimiento ya muy avanzado de las ideas metafísicas para espiritualizar al Jehová tan grosero de l@s judí@s.

La primera condición fue cumplida por l@s roman@s de una manera muy negativa, sin duda: por la conquista de la mayor parte de los países conocidos de l@s antigu@s y por la destrucción de sus instituciones nacionales. Gracias a ell@s el altar de un dios único y supremo pudo establecerse sobre las ruinas de otr@s millares de altares nacionales. L@s dioses de todas las naciones vencidas, reunid@s en el Panteón, se anularon mutuamente. Ese fue el primer esbozo, muy tosco y por completo negativo, de la humanidad. En cuanto a la segunda condición, la espiritualidad de Jehová, fue realizada por l@s grieg@s mucho antes de la conquista de su país por l@s roman@s. Ell@s fueron l@s creadores de la metafísica. Grecia, en su cuna histórica, había encontrado un mundo divino que se estableció definitivamente en la fe tradicional de sus pueblos; ese mundo le había sido legado y materialmente aportado por el Oriente. En su período instintivo, anterior a su historia política, lo había desarrollado y humanizado prodigiosamente por sus poetas, y cuando comenzó propiamente su historia tenía una religión hecha, la más simpática y la más noble de todas las religiones que hayan existido jamás, en cuanto una religión, es decir, una mentira, pueda ser noble y simpática.. Sus grandes pensadores -y ningún pueblo l@s tuvo mayores que Grecia- al encontrar el mundo divino establecido, no sólo fuera del pueblo, sino también en él mismo como hábito de sentir y de pensar, lo tomaron necesariamente por punto de partida. Fue ya mucho que no hicieran teología, es decir, que no perdieran el tiempo reconciliar la razón naciente con los abstractos de tal o cual Dios, como lo hicieron en la Edad Media los escolásticos. Dejaron a los dioses fuera de sus especulaciones y se asociaron directamente a la idea divina, una, invisible, omnipotente, eterna y

absolutamente espiritualista, pero no personal. Desde el punto de vista del espiritualismo, l@s metafísic@s grieg@s fueron, mucho más que l@s judí@s, l@s creadores del dios cristiano. L@s judí@s no han añadido más que la brutal personalidad de su Jehová.

Que un genio sublime como el gran Platón haya podido estar absolutamente convencido de la realidad de la idea divina, eso nos demuestra cuán contagiosa es, cuán omnipotente es la tradición de la locura religiosa, aun en relación con los más grandes espíritus. Por lo demás, no hay que asombrarse, pues aún en nuestros días, el mayor genio que ha existido después de Aristóteles y Platón, Hegel, a pesar de la crítica por lo demás imperfecta y muy metafísica de Kant, que había demolido la objetividad o la realidad de las ideas divinas, se ha esforzado por reinstaurarlas de nuevo sobre su trono trascendente o celeste. Es verdad que procedió de una manera tan poco cortés que ha matado definitivamente al buen dios, ha quitado a esas ideas su corona divina, mostrando a quien supo leerlo que no fueron nunca más que una pura creación del espíritu humano que recorrió la historia en busca de sí mismo. Para poner fin a todas las locuras religiosas y al milagro divino, no le hacía falta más que pronunciar esa gran definición que fue dicha después de él, casi al mismo tiempo, por otros dos grandes espíritus, sin ningún acuerdo mutuo y sin que hubiesen nunca oído hablar uno del otro: por Ludwing Feuerbach, el discípulo y el demoledor de Hegel, en Alemania, y por Aufguste Comte, el fundador de la filosofía positiva, en Francia. He aquí esa definición:

"La metafísica se reduce a la psicología". Todos los sistemas de metafísica no han sido más que la psicología humana que se desarrolla en la historia.

Ahora ya no nos es difícil comprender cómo han nacido las ideas divinas, cómo han sido creadas sucesivamente por la facultad abstractiva del hombre. Pero en la época de Platón ese conocimiento era imposible. El espíritu colectivo, y por consiguiente también el espíritu individual, aun el del mayor genio, no estaba maduro para eso. Apenas había dicho con Sócrates: "Conócete a ti mism@". Ese conocimiento de sí mism@ no existía más que en el estado de intuición; en realidad era nulo. Era imposible que el espíritu humano imaginase que era él el único creador del mundo divino. Lo encontró ante él, lo encontró como historia, como sentimiento, como hábito de pensar, e hizo necesariamente de él un objeto de sus más elevadas especulaciones. Así es como nació la metafísica y como las ideas divinas, bases del espiritualismo, fueron desarrolladas y perfeccionadas.

Es verdad que después de Platón hubo en el desenvolvimiento del espíritu como un movimiento inverso. Aristóteles, el verdadero padre de la ciencia y de la filosofía positiva, no negó el mundo divino, sino que se ocupó de él lo menos posible. Fue el primero que estudió como un analista y un experimentador que era, la lógica, las leyes del pensamiento humano, y al mismo tiempo el mundo físico, no en su esencia ideal, ilusoria, sino en su aspecto real. Sus seguidores, l@s grieg@s de Alejandría, establecieron la primera escuela de científic@s positiv@s. Fueron ate@s. Pero su ateísmo quedó sin influencia en sus contemporáne@s. La ciencia tendió más y más a aislarse de la vida. Después de Platón la idea divina fue rechazada de la metafísica misma; eso hicieron l@s epicúre@s y l@s escéptic@s, dos sectas que contribuyeron mucho a depravar la aristocracia humana, pero que permanecieron sin influencia alguna sobre las masas.

Otra escuela infinitamente más influyente sobre las masas se formó en Alejandría. Fue la escuela de l@s neoplatónic@s. Confundiendo en una mezcolanza impura las imaginaciones monstruosas de Oriente con las ideas de Platón, ell@s fueron l@s verdader@s preparadores y más tarde l@s elaboradores de los dogmas cristianos.

Por consiguiente, el egoísmo personal y grosero de Jehová, la dominación no menos brutal y grosera de l@s roman@s y el ideal de especulación metafísica de l@s grieg@s, materializada por el contacto del Oriente, tales fueron los tres elementos históricos que constituyeron la religión espiritualista de l@s cristian@s.

Para establecer sobre las ruinas de sus altares tan numerosos el altar de un dios único y supremo, amo del mundo, ha sido preciso que fuera destruida primero la existencia autónoma de las diferentes naciones que componían el mundo pagano o antiguo. Es lo que hicieron brutalmente l@s romanos que, al conquistar la mayor parte del mundo conocido de los antigu@s, crearon en cierto modo el primer esbozo, sin duda por completo negativo y burdo, de la humanidad.

Un dios que se levantaba así por encima de todas las diferencias nacionales, tanto materiales como sociales, de todos los países, que era como su negación directa debía ser necesariamente un ser inmaterial y abstracto. Pero la fe tan difícil en la

existencia de un ser semejante no ha podido nacer de un solo golpe. Por tanto, como le he demostrado en el mencionado Apéndice Consideraciones filosóficas, fue largamente preparada y desarrollada por la metafísica griega, la primera en establecer de una manera filosófica la noción de la idea divina, modelo eternamente creador y siempre reproducido por el mundo visible. Pero la divinidad concebida y creada por la filosofía griega era una divinidad impersonal, pues ninguna metafísica, si es consecuente y seria, se podía elevar, o más bien rebajar, a la idea de un dios personal. Ha sido preciso encontrar, pues, un dios que fuese único y que fuese muy personal a la vez. Se encontró en la persona, muy brutal, muy egoísta, muy cruel de Jehová, el dios nacional de l@s judí@s. Pero l@s judi@s, a pesar de ese espíritu nacional exclusivo que l@s distingue aún hoy, se habían convertido de hecho, mucho antes del nacimiento de Cristo, en el pueblo más internacional del mundo. Arrastrad@s en parte como cautiv@s, pero mucho más aún por esa pasión mercantil que constituye uno de los rasgos principales de su carácter nacional, se habían esparcido por todos los países, llevando a todas partes el culto a Jehová, al que se volvían tanto más fieles cuanto más l@s abandonaba.

En Alejandría, ese Dios terrible de l@s judí@s conoció personalmente la divinidad metafísica de Platón, ya muy corrompida por el contacto con el Oriente y que se corrompió más después por el suyo. A pesar de su exclusivo uso nacional, envidioso y feroz, no pudo resistir a la larga los encantos de esa divinidad ideal e impersonal de l@s grieg@s. Se casó con ella, y de ese matrimonio nació el dios espiritualista -no espiritual- de l@s cristian@s. Se sabe que l@s neoplatónic@s de Alejandría fueron los principales creadores de la teología cristiana.

Pero la teología no constituye todavía la religión, como los elementos históricos no bastan para crear la historia. Yo llamo elementos históricos a las disposiciones y condiciones generales de un desenvolvimiento real cualquiera: por ejemplo, en este caso, la conquista de l@s roman@s y el encuentro del dios de l@s judí@s con la divinidad ideal de l@s grieg@s. Para fecundar los elementos históricos, para hacerles producir una serie de transformaciones históricas nuevas, es preciso un hecho vivo, espontáneo, sin el cual habrían podido quedar muchos siglos aún en estado de elementos, sin producir nada. Este hecho no faltó al cristianismo: fue la propaganda, el martirio y la muerte de Jesús.

No sabemos casi nada de ese grande y santo personaje; todo lo que los evangelios nos dicen es tan contradictorio y tan fabuloso que apenas podemos tomar de allí algunos rasgos reales y vivientes. Lo que es cierto es que fue el predicador del pobre pueblo, el amigo, el consolador de l@s miserables, de l@s ignorantes, de l@s esclav@s y de las mujeres, y que fue muy amado por éstas. Prometió a tod@s l@s oprimid@s, a tod@s l@s que sufrían aquí abajo -y el número es inmenso-, la vida eterna. Fue, como es natural, crucificado por l@s representantes de la moral oficial y del orden público de la época. Sus discípulos, y l@s discípul@s de sus discípulos, pudieron esparcirse, gracias a la conquista de l@s roman@s, que habían destruido las barreras nacionales y llevaron, en efecto, la propaganda del evangelio a todos los países conocidos de l@s antigu@s. En todas partes fueron recibid@s con los brazos abiertos por l@s esclav@s y por las mujeres, las dos clases más oprimidas, las que más sufrían y naturalmente también las más ignorantes del mundo antiguo. Si hicieron algun@s prosélit@s en el mundo privilegiado e instruido, no lo debieron, en gran parte, más que a la influencia de las mujeres. Su propaganda más amplia se ejerció casi exclusivamente en el pueblo, tan desgraciado como embrutecido por la esclavitud. Ese fue el primer despertar, la primera rebelión del proletariado.

El gran honor del cristianismo, su mérito incontestable y todo el secreto de su triunfo inaudito y por otra parte en absoluto legítimo, fue el de haberse dirigido a ese público doliente e inmenso, a quien el mundo antiguo, que constituía una aristocracia intelectual y política estrecha y feroz, negaba hasta los últimos atributos y los derechos más elementales de la humanidad. De otro modo no habría podido nunca difundirse. La doctrina que enseñaban los apóstoles de Cristo, por consoladora que haya podido aparecer a l@s desgraciad@s, era demasiado repulsiva, demasiado absurda desde el punto de vista de la razón humana, para que l@s hombres ilustrad@s hubieran podido aceptarla. ¡Con qué triunfo habla el apóstol San Pablo del escándalo de la fe y del triunfo de esa divina locura rechazada por l@s poderos@s y l@s sabi@s del siglo, pero tanto más apasionadamente aceptada por l@s sencill@s, por l@s ignorantes y por l@s pobres de espíritu!

En efecto, era preciso un profundo descontento de la vida, una gran sed del corazón y una pobreza poco menos que absoluta de espíritu para aceptar el absurdo cristiano, el más atrevido y monstruoso de todos los absurdos religiosos.

No era sólo la negación de todas las instituciones políticas, sociales y religiosas de la antigüedad: era el derrumbamiento

absoluto del sentido común y de toda razón humana. El ser efectivamente existente, el mundo real, fue considerado en lo sucesivo como la nada; el producto de la facultad abstracta del hombre, la última, la suprema abstracción, en la que esa facultad, habiendo superado todas las cosas existentes y hasta las determinaciones más generales del ser real, tales como las ideas del espacio y del tiempo, no teniendo nada que superar ya, se reposa en la contemplación de su vacío y de la inmovilidad absoluta; esta abstracción, este caput mortuum absolutamente vacío de todo contenido, el verdadero nada, Dios, es proclamado el único real, eterno, omnipotente. El Todo real es declarado nulo, y el nulo absoluto, es declarado el Todo. La sombra se convierte en el cuerpo y el cuerpo se desvanece como una sombra[17].

Eso fue una audacia y un absurdo inauditos, el verdadero escándalo de la fe, el triunfo de la tontería creyente sobre el espíritu, para las masas; y para algun@s, la ironía triunfante de un espíritu fatigado, corrompido, desilusionado y disgustado de la investigación honesta y seria de la verdad; la necesidad de aturdirse y de embrutecerse, necesidad que se encuentra a menudo en los espíritus extenuados: Credo quod absurdum.

Creo lo absurdo; y yo creo sólo lo absurdo; creo precisamente y sobre todo en ello porque es absurdo. Es así como muchos espíritus distinguidos y esclarecidos de nuestros días creen en el magnetismo animal, en el espiritismo, en las mesas móviles -y ¿por qué ir tan lejos?-: creen en el cristianismo, en el idealismo, en Dios.

La creencia del proletariado antiguo, lo mismo que la de las masas modernas después, era más robusta, de gusto menos elevado y más sencillo. La propaganda cristiana se había dirigido a su corazón, no a su espíritu; a sus aspiraciones eternas, a sus sufrimientos, a su esclavitud, no a su corazón que dormía aún y para la cual las contradicciones lógicas, la evidencia del absurdo, no podía existir, por consiguiente. La sola cuestión que le interesaba era saber cuándo sonaría la hora de la liberación prometida, cuándo llegaría el reino de Dios. En cuanto a los dogmas teológicos, no se preocupaba de ellos, porque no los comprendía de ningún modo. El proletari@ convertid@ al cristianismo constituía la potencia material ascendente, no el pensamiento teórico.

En cuanto a los dogmas cristianos, fueron elaborados, como se sabe, en una sereie de trabajos teológicos, literarios, y en los concilios, principalmente por l@s neoplatónian@s convertid@s de Oriente. El espíritu griego había caído tan bajo que en el cuarto de siglo de la Era Cristiana, época del primer concilio, ya encontramos la idea de un Dios personal, espíritu puro, eterno absoluto, creador y señor supremo del mundo, con existencia fuera del mundo, unánimemente aceptada por tod@s l@s padres de la Iglesia; y como consecuencia lógica de este absurdo absoluto, la creencia desde entonces natural y necesaria en la inmaterialidad y en la inmortalidad del alma humana, alojada y aprisionada en un cuerpo mortal, pero mortal sólo en parte; porque en ese cuerpo mismo hay una parte que, aun siendo corporal, es inmortal como el alma y debe resucitar como el alma. ¡Tan difícil ha sido, aun para l@s padres de la Iglesia, representarse el espíritu puro al margen de toda forma corporal!

Es preciso observar que, en general, el carácter de todo razonamiento teológico y metafísico también, es tratar de explicar un absurdo por otro.

Ha sido una dicha para el cristianismo haber hallado el mundo de l@s esclav@s. Tuvo otra dicha: la invasión de l@s barbar@s. L@s barbar@s eran buenas gentes, llenas de fuerza natural y sobre todo animadas e impulsadas por una gran necesidad y por una gran capacidad de vivir; bandid@s a toda prueba, capaces de devastarlo todo y de arrasarlo todo, lo mismo que sus sucesoresl@s alemanes actuales; mucho menos sistemátic@s y pedantes en su bandolerismo que est@s últim@s, mucho menos morales, menos sabi@s; pero por el contrario, mucho más independientes y más altiv@s, capaces de ciencia y no incapaces de libertad, como l@s burgueses de la Alemania moderna. Pero con todas estas grandes cualidades, no eran nada más que barbar@s, es decir, tan indiferentes como l@s esclav@s antigu@s -de l@s cuales much@s, por lo demás, pertenecían a su raza- con respecto a todas las cuestiones de la teología y de la metafísica. De suerte que una vez rota su repugnancia práctica, no fue difícil convertirl@s teóricamente al cristianismo.

Durante diez siglos consecutivos, el cristianismo, armado de la omnipotencia de la Iglesia y del Estado, y sin concurrencia alguna de parte de un@s y de otr@s pudo depravar, bastardear y falsear el espíritu de Europa. No tuvo concurrentes, puesto que fuera de la Iglesia no había pensadores, ni aun gentes instruidas. Si se levantaron herejías en su seno, no atacaron nunca más que los desenvolvimientos teológicos prácticos del dogma fundamental, no el dogma mismo. La creencia en Dios, espíritu

puro y creador del mundo, y la creencia en la inmaterialidad del alma permanecieron intactas. Esta doble creencia se convirtió en la base ideal de toda la civilización occidental y oriental de Europa, y penetró, se encarnó en todas las instituciones, en todos los detalles de la vida, tanto pública como privada de todas las clases como de las masas.

¿Se puede un@ asombrar, después de esto, que se haya mantenido esa creencia hasta nuestros días, y que continúe ejerciendo su influencia desastrosa aun sobre espíritus escogidos como Mazzini, Michelet, Quinet, y tant@s otr@s? Hemos visto que el primer ataque fue promovido contra ella por el Renacimiento, que produjo héroes y mártires como Vanini, como Giordano Bruno y como Galileo y que, bien que ahogado pronto por el ruido, el tumulto y las pasiones de la reforma religiosa, continuó silenciosamente su trabajo invisible legando a los más nobles espíritus de cada generación nueva esa obra de la emancipación humana mediante la destrucción de lo absurdo, hasta que, en fin, en la segunda mitad del siglo XVIII reaparece de nuevo a la luz del día, levantando atrevidamente la bandera del ateísmo y del materialismo.

Se pudo creer entonces que el espíritu humano iba, por fin, a liberarse, una vez por todas, de todas las obsesiones divinas. Fue un error. La mentira divina, de que se había alimentado la humanidad -para no hablar más que del mundo cristiano- durante dieciocho siglos, debía mostrarse, una vez más, más poderosa que la humana verdad. No pudiendo ya servirse de la gente negra, de los cuervos consagrados de la iglesia, de los sacerdotes católicos o protestantes que habían perdido todo crédito, se sirvió de l@s sacerdotes laic@s, de l@s metiros@s y de l@s sofistas de túnica corta, entre l@s cuales el papel principal fue dado a dos hombres fatales: uno, el espíritu falso, el otro, la voluntad más doctrinariamente despótica del siglo pasado: a J. J. Rousseau y a Roberpierre.

El primero representa el verdadero tipo de la estrechez y de la mezquindad sombría, de la exaltación, sin otro objetivo que su propia persona, del entusiasmo en frío de la hipocresía a la vez sentimental e implacable, de la mentira forzada del idealismo moderno. Se le puede considerar como el verdadero creador de la reacción moderna. En apariencia el escritor más democrático del siglo XVIII, incuba en sí el despotismo despiadado del estadista. Fue el profeta del Estado doctrinario, como Robespierre, su digno y fiel discípulo, que trató de convertirse en el gran sacerdote. Habiendo oído decir a Voltaire que si no hubiese existido Dios había sido necesario inventarlo, J. J. Rousseau inventó el ser supremo, el dios abstracto y estéril de l@s deístas. Y en nombre de ese ser supremo y de la virtud hipócrita ordenada por el ser supremo, Robespierre guillotinó a l@s hebertistas primero, luego al genio mismo de la revolución, a Datón, en cuya persona asesinó la república, preparando así el triunfo, desde entonces necesario, de la dictadura de Bonaparte I. Después de este gran triunfo, la reacción idealista buscó y encontró servidores menos fanátic@s,m menos terribles, medid@s por la talla considerablemente empequeñecida de la burguesía de nuestro siglo. En Francia fueron Chateaubriand, Lamartinre y -¿es preciso decirlo?, ¿y por qué no?, hay que decirlo todo cuando es verdad- fue Victor Hugo mismo, el demócrata, el republicano, el casi socialista de hoy, y tras él toda la cohorte melancólica y sentimental de espíritus flacos y pálidos, quienes constituyeron, bajo la dirección de esos maestros, la escuela del romanticismo moderno. En Alemania fueron l@s Schelgel, l@s Tieck, l@s Novalis, l@s Werner, fue Schelling, y tant@s otr@s aun cuyos nombres no merecen siquiera ser mencionados.

La literatura creada por esa escuela fue verdadero reino de los espectros y de los fantasmas. No soportaba la luz del día, pues el claroscuro era el único elemento en que podía vivir. No soportaba tampoco el contacto brutal de las masas; era la literatura de las almas tiernas, delicadas, distinguidas, que aspiraban al cielo, a su patria, y que vivían como a su pesar sobre la tierra. Tenían horror y desprecio a la política, a las cuestiones del día; pero cuando hablaban por azar de ellas, se mostraban francamente reaccionarias, tomando el partido de la Iglesia contra la insolencia de l@s librepensadores, de l@s reyes contra los pueblos, y de todas las aristocracias contra la vil canalla de las calles. Por lo demás, como acabo de decir, lo que dominaba en la escuela era una indiferencia casi completa ante las cuestiones políticas. En medio de las nubes en que vivía, no podía distinguir más que dos puntos reales: el desenvolvimiento rápido del materialismo burgués y el desencadenamiento desenfrenado de las vanidades individuales.

Para comprender esa literatura es preciso buscar la razón de ser en la transformación que se había operado en el seno de la clase burguesa desde la revolución de 1793.

Desde el Renacimiento y la Reforma hasta esa revolución, la burguesía, si no en Alemania, al menos en Italia, en Francia, en Suiza, en Inglaterra, en Holanda, fue el héroe y representó el genio revolucionario de la historia. De su seno salieron en

mayoría l@s librepensadores del siglo XV, los grandes reformadores religiosos de los dos siglos siguientes y l@s apóstoles de la emancipación humana del siglo pasado, comprendidos esta vez también l@s de Alemania. Ella sola, naturalmente apoyada en las simpatías y en los brazos del pueblo que tenía fe en ella, hizo la revolución del 89 y la del 93. Había proclamado la decadencia de la realeza y de la iglesia, la fraternidad de los pueblos, los derechos del hombre y del ciudadan@. He ahí sus títulos de gloria: son inmortales.

Desde entonces se escindió. Una parte considerable de adquirientes de bienes nacionales, enriquecid@s y apoyándose esta vez no sobre el proletariado de las ciudades, sino sobre la mayor parte de l@s campesin@s de Francia que se habían hecho igualmente proletari@s agrícolas, aspiraba a la paz, al restablecimiento del orden público, a la fundación de un gobierno regular y poderoso. Aclamó, pues, con felicidad la dictadura del primer Bonaparte y, aunque se mantuviese volteriana, no vio con malos ojos su Concordato con el Papa y el restablecimiento de la Iglesia oficial en Francia: "¡La religión es tan necesaria para el pueblo!"; lo que quiere decir que, ya saciada, esa parte de la burguesía comenzó desde entonces a comprender que era urgente, en interés de la conservación de su posición y de sus bienes adquiridos engañar el hambre no satisfecha del pueblo con las promesas de un maná celeste. Fue entonces cuando comenzó a predicar Chateaubriand[18].

Napoleón cayó. La Restauración devolvió a Francia, con la monarquía legítima, la potencia de la iglesia y de la aristocracia nobiliaria, que se hicieron, si no con todo, al menos con considerable parte de su antiguo poder. Esta reacción arrojó a la burguesía a la revolución; con el espíritu revolucionario se despertó otra vez en ella también la incredulidad. Con Chateaubriand a un lado, volvió a comenzar a leer a Voltaire. No llegó hasta Diderot: sus nervios debilitados no soportaban ya un alimento tan fuerte. Voltaire, a la vez incrédulo y teísta, le convenía, al contrario, mucho. Béranger y Paul Louis Courier expresaron perfectamente esta tendencia nueva. El "Dios de las buenas gentes" y el ideal del rey burgués, a la vez liberal y democrático, dibujado sobre el fondo majestuoso y en lo sucesivo inofensivo de las victorias gigantescas del imperio, tal fue, en esa época, el alimento intelectual cotidiano de la burguesía de Francia.

Lamartine, aguijoneado por la envidia vanidosamente ridícula de elevarse a la altura del gran poeta inglés Byron, había comenzado sus himnos fríamente delirantes en honor del dios de l@s gentilehombres y de la monarquía legítima. Pero sus cantos no repercutían más que en los salones aristocráticos. La burguesía no los oía. Su poeta era Béranger, y Courier, su escritor político.

La revolución de julio tuvo por consecuencia el ennoblecimiento de sus gustos. Se sabe que tod@ burgués de Francia lleva en sí el tipo impereceder@ del burgués gentilhombre , que no deja nunca de aparecer tan pronto como adquiere un poco de riqueza y de poder. En 1830, la rica burguesía había reemplazado definitivamente a la antigua nobleza en el poder. Tendió naturalmente a fundar una nueva aristocracia: aristocracia del capital, sin duda, ante todo, pero también aristocracia de inteligencia, de buenas maneras y de sentimientos delicados. La burguesía comenzó a sentirse religiosa.

No fue por su parte una simple imitación de las costumbres aristocráticas, sino que era al mismo tiempo una necesidad de posición. El proletariado le había hecho un último servicio, ayudándola a derribar una vez más a la nobleza. Ahora, la burguesía no tenía necesidad de su ayuda, porque se sentía sólidamente sentada a la sombra del trono de junio, y la alianza con el pueblo, desde entonces inútil, comenzaba a hacérsele incómoda. Era preciso devolverlo a su lugar, lo que no podía hacerse naturalmente sin provocar una gran indignación en las masas. Se hizo necesario contenerlas. ¿Pero en nombre de qué? ¿En nombre del interés burgués crudamente confesado? Eso hubiese sido demasiado cínico. Cuanto más injusto e inhumano es un interés, más necesidad tiene de ser sancionado, y ¿dónde hallar la sanción, sino en la religión, esa buena protectora de tod@s l@s hart@s, y esa consoladora tan útil de tod@s l@s que tienen hambre? Y más que nunca, la burguesía triunfante sintió que la religión era absolutamente necesaria para el pueblo.

Después de haber ganado sus títulos imperecederos de gloria en la oposición, tanto religiosa y filosófica como política, en la protesta y en la revolución se había convertido en fin en la clase dominante, y por eso mismo en la defensora y la conservadora del Estado, pues este último se había convertido a su vez en la institución regular de la potencia exclusiva de esa clase. El Estado es la fuerza y tiene para sí ante todo el derecho de la fuerza, el argumento triunfante del fusil. Pero el hombre está hecho tan singularmente que esa argumentación, por elocuente que parezca, no le basta a la larga. Para imponerle respeto, es preciso una sanción moral cualquiera. Es preciso, además, que esa sanción sea detal modo evidente y sencilla que pueda

convencer a las masas, que, después de haber sido reducidas por la fuerza del Estado, deben ser inducidas luego al reconocimiento moral de su derecho.

No hay más que dos medios para convencer a las masas de la bondad de una institución social cualquiera. El primero, el único real, pero también el más difícil, porque implica la abolición del estado -es decir la abolición de la explotación políticamente organizada de la mayoría por una minoría cualquiera-, sería la satisfacción directa y completa de todas las necesidades, de todas las aspiraciones humanas de las masas; lo que equivaldría a la liquidación completa de la existencia tanto política como económica de la clase burguesa, y como acabo de decirlo, a la abolición del Estado. Este medio sería, sin duda, saludable para las masas, pero funesto para los intereses burgueses. Por consiguiente, no hay ni que hablar de él.

Hablemos de otro medio, que, funesto para el pueblo solamente, es, al contrario, precioso para la salvación de los privilegios burgueses. Este otro medio no puede ser más que la religión. Es ese milagro eterno el que arrastra a las masas a la busqueda de los tesoros divinos, mientras que, mucho más moderada, la clase dominante se contenta con compartir, muy desigualmente por otra parte y dando siempre más al que más posee, entre sus propi@s miembros, l@s miserables bienes de la tierra y los despojos humanos al pueblo, comprendida su libertad política y social.

No existe, no puede existir Estado sin religión. Tomad los Estados más libres del mundo, los Estados Unidos de América o la Confederación Helvética, por ejemplo, y ved qué papel tan importante desempeña la providencia divina, esa sanción suprema de todos los Estados, en todos los discursos oficiales.

Pero siempre que un jefe de Estado habla de Dios sea Guillermo I, emperador knutogermánico, o Grant, presidente de la gran república, estad segur@s que se prepara de nuevo a esquilmar a su pueblo-rebaño.

La burguesía francesa, liberal, volteriana e impulsada por su temperamento a un positivismo, por no decir a un materialismo, singularmente estrecho y brutal, convertida, por su triunfo de 1830 en la clase del Estado, ha debido, pues, darse necesariamente una religión oficial. La cosa no era fácil. No podía ponerse francamente bajo el yugo del catolicismo romano. Había entre ella y la Iglesia de Roma un abismo de sangre y de odio y, por práctica y prudente que se hubiese vuelto, no llegaría nunca a reprimir en su seno una pasión desarrollada por la historia. Por lo demás, la burguesía francesa se habría cubierto de ridículo si hubiera vuelto a la iglesia para tomar parte en las piadosas ceremonias del culto divino, condición esencial de una conversión meritoria y sincera. Much@s lo han tratado de hacer, pero su heroísmo no tuvo otro resultado que el escándalo estéril. En fin, la vuelta al catolicismo era imposible a causa de la contradicción insoluble que existe entre la política invariable de Roma y el desenvolvimiento de los intereses económicos y políticos de la clase media.

Bajo este aspècto, el protestantismo es mucho más cómodo. Es la religión burguesa por excelencia. Concede justamente tanta libertad como es necesaria para l@s burgueses, y ha encontrado el medio de conciliar las aspiraciones celestes con el respeto que reclaman los intereses terrestres. Así vemos que es sobre todo en los países protestantes donde se desarrollaron el comercio y la industria. Pero era imposible para la burguesía de Francia hacerse protestante. Para pasar de una religión a otra -al menos que sea por cálculo como proceden alguna vez l@s judí@s en Rusia y en Polonia, que se hacen bautizar tres, cuatro veces, a fin de recibir remuneraciones nuevas-, para cambiar de religión, hay que tener una gran fe religiosa. Y bien, en el corazón exclusivamente positivo del burgués francés, no hay lugar para ese grano. Profesa la indiferencia más profunda para todas las cuestiones, exceptuada la de la bolsa ante todo, y la de su vanidad social después. Es tan indiferente ante el protestantismo como ante el catolicismo. Por otra parte, la burguesía francesa no habría podido abrazar el protestantismo sin ponerse en contradicción con la rutina católica de la mayoría del pueblo francés, lo que hubiese constituido una gran imprudencia de parte de una clase que quería gobernar Francia.

No quedaba más que un medio: el de volver a la religión humanitaria y revolucionaria del siglo XVIII. Pero esa religión lleva demasiado lejos. Por consiguiente, la burguesía tuvo que crear, para sancionar el nuevo Estado, el Estado burgués que acababa de fundar, una religión nueva, que pudiese ser, sin demasiado ridículo ni escándalo, la religión profesada altamente por toda la clase burguesa.

Es así como nació el Ateísmo doctrinario.

Otr@s han hecho, mucho mejor de lo que yo sabría hacerlo, la historia del nacimiento y del desenvolvimiento de esa escuela, que tuvo una influencia tan decisiva y, puedo decirlo sin dudar, tan funesta sobre la educación política, intelectual y

moral de la juventud burguesa de Francia. Data de Benjamin Constant y Madame Staël, pero su verdadero fundador fue Royer-Collard; sus apóstoles: los señores Guizot, Cousin, Villemain y much@s otr@s; su objetivo abiertamente confesado: la reconciliación de la revolución con la reacción, o para hablar el lenguaje de la escuela, del principio de libertad con el de autoridad, naturalmente en provecho de esta última.

Esta reconciliación significaba, en política, el escamoteo de la libertad popular en provecho de la dominación burguuesa, representada por el Estado monárquico y constitucional; en filosofía, la sumisión reflexiva de la libre razón a los principios eternos de la fe.

Se sabe que esta filosofía fue elaborada principalmente por Cousin, el padre del eclecticismo francés. Hablador superficial y pedante; inocente de toda concepción original, de todo pensamiento propio, pero muy fuerte en lugares comunes -que ha cometido el error de confundir con el sentido común-, este filósofo ilustre ha preparado sabiamente, para el uso de la juventud estudiante de Francia, un plato metafísico a su modo y cuyo consumo, obligatorio en todas las escuelas del Estado por debajo de la universidad, ha condenado a varias generaciones consecutivas a una indigestión cerebral. Imagínese una ensalada filosófica compuesta de los sistemas más opuestos, una mezcla de padres de la Iglesia, escolástic@s, de Descrates y de Pascal, de Kant y de psicólog@s escoceses, superpuesto a las ideas divinas e innatas de Platón y recubierto de una capa de inmanencia hegeliana, acompañada necesariamente de una ignorancia tan desdeñosa como completa de las ciencias naturales y que prueba como dos más dos son cinco la existencia de un dios personal.

(...)

[8] Se refiere al "Apéndice" Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre, publicado en castellano con el título Consideraciones filosóficas juntamente con otros trabajos del autor (Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1926). (N. del T.)

[9] Lo llamo "inicuo", porque, como creo haberlo demostrado en el "Apéndice" [Consideraciones filosóficas] a que hice mención este misterio ha sido y continúa siebndo todavía la consagración de todos los horrores que se han cometido y que se cometen en el mundo humano; y lo llamo "único", porque todos los otros absurdos teológicos y metafísicos que embrutecen el espíritu de l@s hombres no son más que sus consecuencias necesarias..

[10] Stuart Mill es, quizá, el único de quien es permitido poner en duda el idealismo serio, y eso por dos razones: la primera es que si no es absolutamente el discípulo, es un admirador apasionado, un adherente de la filosofía positiva de Comte, filosofía que, a pesar de sus reticencias numerosas, es realmente atea; la segunda es que Stuart Mill es inglés, y en Inglaterra proclamarse ateo es ponerse al margen de la sociedad, aun hoy mismo.

[11] Hace seis o siete años oí en Londres a Louis Blanc expresar más o menos esta idea: "La mejor forma de gobierno -me dijo- sería la que llamase siempre para sus asuntos a l@s hombres de genio virtuosos".

[12] Pregunté un día a Mazzini sobre las medidas que se tomaran para la emancipación del pueblo una vez que su república unitaria triunfante haya sido definitivamente establecida. "La primera medida, me dijo, será la fundación de escuelas para el pueblo". -¿Y que se enseñará al pueblo en esas escuelas? - Los deberes del hombre, el sacrificio y la abnegación. - ¿Pero dónde se encontrarán un número suficiente de profesores para enseñar esas cosas, que nadie tiene el derecho ni el poder de enseñar si no predica con el ejemplo? El número de hombres que hallan un goce supremo en el sacrificio y en la abnegación, ¿no es excesivamente limitado? L@s que se sacrifican al servicio de una gran idea, obedeciendo a una alta pasión, y satisfaciendo esa pasión personal al margen de la cual la vida misma pierde todo valor a sus ojos, es@s piensan ordinariamente en otra cosa que en erigir su acción en doctrina; mientras que l@s que hacen de ella una doctrina se olvidan muy a menudo de traducirla en acción, por la simple razón de que la doctrina mata la vida, mata la espontaneidad viviente de la acción. L@s hombres como Mazzini, en quienes la doctrina y la acción formanuna unidad formidable, no son sino raras excepciones. En el cristianismo también hubo grandes hombres, sant@s que han hecho realmente o que al menos se han esforzado apasionadamente por hacer todo lo que decían, y cuyos corazones, desbordantes de amor, estaban llenos de desprecio por los goces y los bienes de este mundo. Pero la inmensa mayoría de los sacerdotes católicos y protestantes que, por oficio, han predicado y predican la doctrina de la castidad, de la abstinencia y de la renunciación, han desconocido generalmente sus doctrinas con sus ejemplos. Estos tienen sus motivos, pues es a consecuencia de una experiencia de varios siglos como se formaron en los pueblos de todos los países estos proverbios: Libertino como un sacerdote; voraz como un sacerdote; ambicioso como un sacerdote; ávido, interesado, avaro como un sacerdote. Se ha constatado, pues, que los profesores de virtudes cristianas consagrados por la iglesia, los sacerdotes, en su inmensa mayoría, han hecho todo lo contrario de lo que han predicado. Esa mayoría misma, la universalidad de ese hecho prueban que no hay que atribuir la culpa a l@s individ@s, sino a la posición social imposible y contradictoria también en que es@s individu@s son colodad@s. Hay en la posición del sacerdote cristiano una doble contradicción. Primero la de la doctrina de la abstinencia y la de la reanudación con las tendencias y las necesidades positivas de la naturaleza humana, tendencias y necesidades que en algunos casos individuales, siempre muy raros, pueden ser continuamente rechazadas, comprimidas y aun completamente aniquiladas por la influencia constante de alguna poderosa pasión intelectual y moral; que, en ciertos momentos de exaltación colectiva, pueden ser olvidadas, y olvidadas por algún tiempo, por una gran cantidad de hombres a la vez; pero que son tan profundamente inherentes a la naturaleza humana que acaban siempre por volver a ejercer sus derechos, de modo que, cuando se les impide satisfacerse de una manera regular y normal, acaban siempre por buscar satisfacciones malhechoras y monstruosas. Esta es una ley natural, y por consecuencia fatal, irresistible, bajo la acción funesta de la cual caen inevita-

blemente todos los sacerdotes cristianos y especialmente los de la iglesia católica romana. No puede afectar a l@s profesores de la escuela, es decir, a los sacerdotes de la iglesia moderna, a menos que se les obligue también a ell@s a predicar abstinencia y la renunciación cristianas.

Pero hay otra contradicción que es común a un@s y a otr@s. Esa contradicción se relaciona con el título y la posición misma del maestr@. Un maestr@ que manda, que oprime y que explota, es un personaje muy lógico y por completo natural. Pero un maestr@ que se sacrifica por l@s que le están subordinafd@s por su privilegio divino y humano, es un ser contradictori@ y absolutamente imposible. Es la constitución misma de la hipocreesía, tan bien personificada por el Papa que, aun diciéndose el último servidor de l@s servidores de Dios, en signo de lo cual, siguiendo el ejemplo de Cristo, hasta lava una vez al año los pies de doce mendigos de Roma, se proclama al mismo tiempo, como vicario de Dios, el amo absoluto e infalible del mundo. ¿Tengo necesidad de recordar que los sacerdotes de todas las iglesias, lejos de sacrificarse por los rebaños confiados a sus cuidados, han sacrificado siempre a éstos, los han explotado y mantenido en estado de rebaños, en parte para servir la omnipotencia de la iglesia? Las mismas condiciones, las mismas causas, producen siempre los mismos efectos. Lo mismo sucederá, pues, a l@s profesores de la escuela moderna divinamente inspirad@s y patentad@s por el Estado. Se convertirán necesariamente, un@s sin saberlo, otr@s con pleno conocimiento de causa, en l@s enseñadores de la doctrina del sacrificio popular a la potencia del Estado y en beneficio de las clases privilegiadas.

¿Será preciso, pues, eliminar de la sociedad toda enseñanza y abolir todas las escuelas? No, de ningún modo, es preciso esparcir a manos llenas la instrucción en las masas, y transformar todas las iglesias, todos esos templos dedicados a la gloria de Dios y al sometimiento de l@s hombres, en otras tantas escuelas de emancipación humana. Pero ante todo, entendámonos: las escuelas propiamente dichas, en una sociedad normal, fundada sobre la igualdad y sobre el respeto a la libertad humana, no deberán existir más que para l@s niñ@s y no para l@s adult@s; y para que se conviertan en escuelas de emancipación y no de sometimiento, habrá que eliminar ante todo esa ficción de Dios, el esclavizador eterno y absoluto, y habrá que fundar toda la educación de l@s niñ@s y la instrucción sobre el desenvolvimiento científico de la razón, no sobre el de la fe; sobre el desenvolvimiento de la dignidad y de la independencia personales, no sobre el de la piedad y la obediencia; sobre el culto a la verdad y a la justicia, y ante todo sobre el respeto humano, que debe reemplazar en todo y por todas partes el culto divino. El principio de la autoridad en la educación de l@s niñ@s constituye el punto de partida natural; es legítimo y necesario, cuando se aplica a l@s niñ@s de baja edad, en el momento que su inteligencia no está aún de ninguna manera desarrollada; pero como el desenvolvimiento de todo, y por consiguiente de la educación también, implica la negación sucesiva del punto de partida, este principio debe aminorarse gradualmente a medida que la educación y la instrucción de l@s niñ@s avanza, para dejar plaza a su libertad ascendente. Toda educación racional no es en el fondo más que esa inmolación progresiva de la autoridad en beneficio de la libertad, el objeto final de la educación no debería ser mñás que el de formar hombres libres y llen@s de respeto y de amor hacia la libertad ajena. Así, el primer día de la vida escolar, si la escuela recibe a l@s niñ@s en su tierna edad, cuando comienzan apenas a balbucear algunas palabras, debe ser el de la mayor autoridad y el de una ausencia casi completa de libertad; pero su último día debe ser el de la mayor libertad y el de la abolición absoluta de todo vestigio animal o divino de la autoridad.

El principio de autoridad, aplicado a l@s hombres que han pasado o llegado a la edad de la mayoría, se transforma en monstruosidad, en una negación flagrante de la humanidad, en una fuente de esclavitud y de depravación intelectual y moral. Desgraciadamente, los gobiernos paternales han mantenido a las masas populares en una ignorancia tan profunda, que será necesario fundar escuelas no sólo para l@s niñ@s del pueblo sino para el pueblo mismo. Pero de esas escuelas deberán ser eliminadas absolutamente las menores aplicaciones o manifestaciones del principio de autoridad. No serán ya escuelas, sino academias populares, en las cuales no podrá hablarse ya de escolares y de maestr@s, a donde el pueblo irá libremente a recibir, si lo considera necesario, una enseñanza libre, y en las cuales, enriquecido por su experiencia, podrá enseñar a su vez muchas cosas a l@s profesores que le proporcionarán los conocimientos que él no tiene. Será, pues, una enseñanza mutua, un acto de fraternidad intelectual entre la juventud instruida y el pueblo.

La verdadera escuela para el pueblo y para tod@s l@s hombres hech@s es la vida. La única grande y omnipotente autoridad natural y racional a la vez, la única que podríamos respetar, será la del espíritu colectivo y público de una sociedad fundada en la igualdad y en la solidaridad, tanto como en la libertad y en el respeto humano y mutuo de tod@s sus miembros. Sí, he ahí una autoridad de ningún modo divina, completamente humana, pero ante la cual nos inclinaremos de todo corazón, segur@s de que, lejos de someter, emancipará a l@s hombres. Será mil veces más poderosa, estad segur@s, que todas vuestras autoridades divinas, teológicas, metafísicas, políticas y jurídicas, instituidas por la iglesia y por el Estado, más poderosa que vuestros códigos criminales, que vuestr@s carceler@s y que vuetr@s verdugos.

La potencia del sentimiento colectivo o del espíritu público hoy ya es algo muy serio. L@s hombres más capaces de cometer crímenes se atreven raramente a desafiarla, a afrontarla abiertamente. Tratarán de engañarla, pero se guardarán bien de atacarla repentinamente, a menos que se sientan apoyad@s por una minoría cualquiera. Ningún hombre, por poderoso que se crea, tendrá nunca la fuerza para soportar el desprecio unánime de la sociedad; nadie podría vivir sin sentirse sostenid@ por el asentimiento y la estima al menos de una parte cualquiera de esa sociedad. Es preciso que un hombre sea impulsad@ por una inmensa y sincera convicción, para que encuentren el valor de opinar y de marchar contra tod@s, y jamás un hombre egoísta, depravad@ y cobarde tendrá ese valor.

Nada prueba mejor la solidaridad natural y fatal, esa ley de sociabilidad que une a tod@s l@s hombres, que ese hecho que cada un@ de nosotr@s puede comprobar cada día, sobre sí mism@ y sobre tod@s l@s hombres que conoce. Pero si esa potencia social existe, ¿por qué no ha bastado hasta la hora actual para moralizar, para humanizar a l@s hombres? A esta cuestión, la respuesta es muy simple: porque, hasta la hora actual, no ha sido humanizada ella misma; no ha sido humanizada hasta aquí, porque la vida social de que es siempre la fiel expresión está fundada, como se sabe, sobre el culto divino, no sobre el respeto humano; sobre la autoridad, no sobre la libertad; sobre el privilegio, no sobre la igualdad; sobre la explotación no sobre la fraternidad de l@s hombres; sobre la iniquidad y la mentira, no sobre la justicia y la verdad. Por consiguiente, su acción real, siempre en contradicción con las teorías humanitarias que profesa, ha ejercido constantemente una influencia funesta y depravante, no moral. No reprime los vicios y los crímenes, los crea. Su autoridad es por tanto una autoridad divina, antihumana; su influencia es malhechora y funesta. ¿Queréis tornarla bienhechora y humana? Haced la revolución social. Haced que todas las necesidades sean realmente solidarias, que los intereses materiales y sociales de cada un@ estén de acuerdo con los deberes humanos de cada un@. Y para eso no hay más que un medio: destruid todas las instituciones de la desigualdad; fundad la igualdad económica y social de tod@s y sobre esa base se levantará la libertad, la moralidad, la humanidad solidaria de tod@s.

Volveré otra vez sobre esta cuestión, la más importante del socialismo.

13 En la edición hecha por Reclus y Cafiero el título de Dieu et l'État, tal vez por pluma del primero, una nota enlaza el final de lo conservado con el principio de la parte siguiente: la parte perdida de esta frase podría ser así: "Si l@s hombres de cienciia no tratan en sus investigaciones y experimentos a l@s hombres como a los animales, la razón es que" no son... Guillaume deduce que Bakunin se ocupó en las hojas perdidas de la vivisección (N. del T.)

14 La ciencia, al convertirse en patrimonio de todo el mundo, se casará en cierto modo con la vida inmediata y real de cada un@. Ganará en utilidad y en gracia lo que habrá perdido en orgullo, en ambición y en pedantismo doctrinario. Lo que no impedirá, sin duda, que hombres de genio, mejor organizad@s para las especulaciones científicas que la mayoría de sus contemporáne@s, se entreguen más exclusivamente que l@s demás al cultivo de las ciencias y presten grandes servicios a la humanidad, pero sin ambicionar otra influencia social que la influencia natural que una inteligencia superior no dejará nunca de ejercer sobre su medio, ni otra recompensa que el alto goce que todo espíritu distinguido halla en la satisfacción de una noble pasión.

15 Es preciso distinguir bien la experiencia universal sobre la que se funda toda ciencia, de la fe universal, sobre la cual quieren apoyar l@s idealistas sus creencias; la primera es una verificación real de hechos reales; la segunda no es más que una suposición de hechos que nadie ha vivido y que, por consiguiente, están en contradicción con la experiencia de todo el mundo.

16 L@s idealistas , tod@s l@s que creen en la inmortalidad y en la inmaterialidad del alma humana, deben sentirse excesivamente embarazad@s con la diferencia que existe entre las inteligencias de las razas, de los pueblos y de l@s individu@s. A menos de suponer que las particulas divinas hansido desigualmente distribuidas, ¿cómo explican ell@s esas diferencias? Hay por desgracia un número demasiado considerable de hombres por completo estúpid@s, torpes hasta el idiotismo. ¿Habrían recibido en el reparto una partícula a la vez divina y estúpida? Para eludir ese callejón sin salida, l@s idealistas deben suponer necesariamente que todas las almas humanas son iguales, pero que las prisiones en que se encuentran encerradas -los cuerpos humanos- son desiguales, unos más capaces que los otros de servir de órgano a la intelectualidad pura del alma. Tal alma tendría de este modo a su disposición órganos muy finos; otra, órganos muy bastos. Pero ésas son distinciones de las que el idealismo no tiene derecho a servirse, de las que no puede servirse sin caer él mismo en la inconsecuencia y en el materialismo más grosero. Porque ante la absoluta inmaterialidad del alma, todas las diferencias corporales desaparecen, todo lo que es corporal, material, debe aparecer indiferentemente, absolutamente, igualmente grosero. El abismo que separa el alma del cuerpo, la absoluta inmaterialidad de la materialidad absoluta, es infinito; por consiguiente, todas las diferencias inexplicables por otra parte y lógicamente imposibles que podrían existir del otro lado del abismo, en la materia, deben ser para el alma consideradas como nulas y no acontecidas, y no pueden, no deben, ejercer sobre ella ninguna influencia. En una palabra, lo absolutamente inmaterial no puede ser contenido, aprisionado, y menos aún expresado, en un grado cualquiera, por lo absolutamente material. De todas las imaginaciones groseras y materialistas en el sentido atribuido a esta palabra por l@s idealistas, es decir brutales, que han sido engendradas por la ignorancia y la estupidez primitivas del hombre, la de un alma inmaterial aprisionada en un cuerpo material es ciertamente la más burda, la más crasa; y nada prueba mejor la omnipotencia ejercida sobre los mejores espíritus por los prejuicios antiguos, que ese hecho verdaderamente deplorable que l@s hombres dotad@s de una alta inteligencia puedan hablar aún hoy de ella.

17 Sé muy bien que en los sistemas teológicos y metafísicos orientales, y sobre todo en los de la India, incluso el budismo, se encuentran ya al principio de la aniquilación del mundo real en beneficio del ideal o de la abstracción absoluta. Pero no tiene aún ese carácter de negación voluntaria y reflexiva que distingue al cristianismo porque, cuando esos sistemas fueron concebidos, el mundo propiamente humano, de la voluntad humana, de la ciencia y de la libertad humanas, no se había desarrollado todavía como se manifestó en la civilización grecorromana.

18 Creo útil recordar aquí una anécdota, por lo demás muy conocida y completamente auténtica y que vierte una luz muy preciosa tanto sobre el carácter personal de este recalentador de creencias católicas, scomo sobre la sinceridad religiosa de esta época. Chateaubriand había llevado a su librero una obra contra la fe. El librero le hizo observar que el ateísmo había pasado de moda, que el público lector ya no quería más de eso y que pedía, al contrario, obras religiosas. Chateaubriand se alejó y unos meses más tarde trajo su El genio del cristianismo.



DIOS Y EL ESTADO: NOTA SOBRE ROUSSEAU[1]

En nombre de esa ficción que se llama tanto el interés colectivo, el derecho colectivo como la voluntad y la libertad colectivas, l@s absolutistas jacobin@s, l@s revolucionari@s de la escuela de J. J. Rousseau y de Robespierre, proclaman la teoría amenazadora e inhumana del derecho absoluto del Estado, mientras que l@s absolutistas monárquic@s la apoyan, con mucha mayor consecuencia lógica, en la gracia de Dios. L@s doctrinari@s liberales, al menos aquell@s que toman las teorías liberales en serio, parten del principio de la libertad individual, se colocan primeramente, como se sabe, como adversari@s del Estado. Son ell@s l@s primer@s que dijeron que el gobierno -es decir, el cuerpo de funcionari@s organizado de una manera o de otra, y encargado especialmente de ejercer la acción del Estado- es un mal necesario, y que toda la civilización consistía en esto, en disminuir cada vez más sus atributos y sus derechos. Sin embargo, vemos que en la práctica, siempre que ha sido puesta seriamente en tela de juicio la existencia del Estado, l@s liberales doctrinari@s se mostraron partidari@s del derecho absoluto del Estado, no menos fanátic@s que l@s absolutistas monárquic@s y jacobin@s.

Su culto incondicional del Estado, en apariencia al menos tan completamente opuesto a sus máximas liberales, se explica de dos maneras: primero prácticamente, por los intereses de su clase, pues la inmensa mayoría de l@s liberales doctrinari@s pertenecen a la burguesía. Esa clase tan numerosa y tan respetable no pediría nada mejor que se le concediese el derecho o, más bien, el privilegio de la más completa anarquía; toda su economía social, la base real de su existencia política, no tiene otra ley, como es sabido, que esa anarquía expresada en estas palabras tan célebres: «Laissez faire et laissez passer». Pero no quiere esa anarquía más que para sí misma y sólo a condición de que las masas, «demasiado ignorantes para disfrutarla sin abusar», queden sometidas a la más severa disciplina del Estado. Porque si las masas, cansadas de trabajar para otr@s, se insurrecionasen, toda la existencia política y social de la burguesía se derrumbaría. Vemos también en todas partes y siempre que, cuando las masas de l@s trabajadores se mueve, l@s liberales burgueses más exaltad@s se vuelven inmediatamente partidari@s tenaces de la omnipotencia del Estado. Y como la agitación de las masas populares se hace de día en día un mal creciente y crónico, vemos a l@s burgueses liberales, aun en los países más libres, convertirse más y más al culto del poder absoluto.

Al lado de esta razón práctica hay otra de naturaleza por completo teórica y que obliga igualmente a l@s liberales más sincer@s a volver siempre al culto del Estado. Son y se llaman liberales porque toman la libertad individual por base y por punto de partida de su teoría, y precisamente porque tienen ese punto de partida o esa base deben llegar, por una fatal consecuencia, al reconocimiento del derecho absoluto del Estado.

La libertad individual no es, según ell@s, una creación, un producto histórico de la sociedad. Pretenden que es anterior a toda sociedad, y que todo hombre la trae al nacer, con su alma inmortal, como un don divino. De donde resulta que el hombre es algo, que no es siquiera completamente el mism@, un ser entero y en cierto modo absoluto más que fuera de la sociedad. Siendo libre anteriormente y fuera de la sociedad, forma necesariamente esta última por un acto por un acto voluntario y por una especie de contrato, sea instintivo o tácito, sea reflexivo o formal. En una palabra, en esa teoría no son l@s individu@s l@s cread@s por la sociedad, son ell@s, al contrario, l@s que la crean, impulsad@s por alguna necesidad exterior, tales como el trabajo y la guerra.

Se ve en esta teoría, la sociedad propiamente dicha no existe; la sociedad humana natural, el punto de partida real de toda civilización humana, el único ambiente en el cual puede nacer realmente y desarrollarse la personalidad y la libertad de l@s hombres, le es perfectamente desconocida. No reconoce de un lado más que a l@s individu@s, seres existentes por sí mism@s y libres de sí mism@s, y por otro, a esa sociedad convencional, formada arbitrariamente por es@s individu@s y fundada en un contrato, formal o tácito, es decir, el Estado. (Saben muy bien que ningún Estado histórico ha tenido jamás un contrato por base y que todos han sido fundados por la violencia, por la conquista. Pero esa ficción del contrato libre, base del Estado, les es necesaria, y se la conceden sin más ceremonias.)

L@s individu@s human@s, cuya masa convencionalmente reunida forma el Estado, aparecen, en esta teoría, como seres completamente singulares y llen@s de contradicciones. Dotad@s cada un@ de un alma inmortal y de una libertad o de un libre arbitrio inherentes, son, por una parte, seres infinit@s, absolut@s y como tales complej@s en sí mism@s, por sí mism@s, bastaándose a sí y no teniendo necesidad de nadie, en rigor ni siquiera de Dios, porque, siendo inmortales e infi-

nit@s, ell@s mism@s son dioses. Por otra parte, son seres brutalmente materialistas, débiles, imperfect@s, limitad@s y absolutamente dependientes de la naturaleza exterior, que l@s lleva, l@s envuelve y acaba por arrastrarl@s tarde o temprano. Considerad@s desde el primer punto de vista, tienen tan poca necesidad de la sociedad, que esta última aparece más bien como un impedimento a la plenitud de su ser, a su libertad perfecta. Hemos visto, desde el principio del cristianismo, hombres sant@s y rígid@s que, tomando la inmortalidad y la salvación de sus almas en serio, han roto sus lazos sociales y, huyendo de todo comercio humano, buscaron en la soledad la perfección, la virtud, Dios. Han considerado la sociedad, con mucha razón, con mucha consecuencia lógica, como una fuente de corrupción, y el aislamiento absoluto del alma, como la condición de todas las virtudes. Si salieron alguna vez de su soledad no fue nunca por necesidad, sino por generosidad, por caridad cristiana hacia l@s hombres que, al continuar corrompiéndose en el medio social, tenían necesidad de sus consejos, de sus oraciones y de su dirección. Fue siempre para salvar a l@s otr@s, nunca para salvarse y para perfeccionarse a sí mism@s. Al contrario, arriesgaban la pérdida de sus almas al volver a esa sociedad de la que habían huido horrorizad@s como de una escuela de todas las corrupciones, y una vez acabada su santa obra, vovían lo más pronto posible a su desierto para perfeccionarse allí de nuevo por la contemplación incesante de su ser individual, de su alma solitaria en presencia de Dios solamente.

Este es un ejemplo de tod@s aquell@s que creen todavía hoy en la inmortalidad del alma, en la libertad innata o en el libre albedrío, debieran seguir, por poco que deseen salvar sus almas y prepararlas dignamente para la vida eterna. Lo repito otra vez, l@s sant@s anacoretas que llegaban a fuerza de aislamiento a una imbecilidad completa, eran perfectamente lógic@s. Desde el momento que el alma es inmortal, es decir, infinita por su esencia, libre y de sí misma, debe bastarse. Únicamente l@s seres pasajer@s, limitad@s y finit@s pueden completarse mutuamente; lo infinito no se completa. Al encontrar a otr@, que no es él mism@, se siente, al contrario, restringid@; por tanto, debe huir, ignorar todo lo que no es él mism@. En rigor, he dicho, el alma debía poder pasarse sin Dios. Un ser infinit@ en sí no puede reconocer otr@ que le sea igual a su lado, ni menos aún que le sea superior por encima de sí mism@. Todo ser tan infinit@ como él mism@ y distint@ de él, le pondría un límite y por consecuencia haría de él un ser determinad@ y finit@. Reconociendo un ser tan infinit@ como ella, fuera de sí, el alma inmortal se reconoce por tanto, necesariamente, un ser finit@. Porque lo infinit@ no es realmente tal más que si lo abarca todo y no deja nada fuera de sí. Con mayor razón, un ser infinit@ no podrá, no deberá reconocer otr@ ser infinit@ y superior. La infinitud no admite nada relativo, nada comparativo; estas palabras, infinitud superior e infinitud inferior, implican, pues, un absurdo. La teología, que tiene el privilegio de ser absurda, y que cree en las cosas precisamente porque son absurdas, ha puesto por encima de las almas humanas inmortales y por consecuencia infinitas, la infinitud superior, absoluta de Dios. Pero para corregirse, ha creado la ficción de Satanás, que representa precisamente la rebelión de un ser infinito contra la existencia de una infinitud absoluta, contra Dios. Y lo mismo que Satanás se ha rebelado contra la infinitud superior de Dios, l@s sant@s anacoretas del cristianismo, demasiado humildes para rebelarse contra Dios, se han rebelado contra la infinitud igual de l@s hombres, contra la sociedad.

Han declarado con mucha razón que no tenían necesidad de ello para salvarse; y que, puesto que por una fatalidad extraña eran infinit@s [una palabra ilegible en el original] y decaíd@s, la sociedad de Dios, la contemplación de sí mism@s en presencia de esa infinitud absoluta les bastaba.

Y, lo declarado de nuevo, es un ejemplo a seguir para tod@s l@s que creen en la inmortalidad del alma. Desde este punto de vista, la sociedad no puede ofrecerles más que una perdición segura. En efecto, ¿qué da a l@s hombres? Primeramente, las riquezas materiales, que no pueden ser producidas en proporción suficiente más que por el trabajo colectivo. Pero para quien cree en una existencia eterna, ¿no deben ser esas riquezas un objeto de desprecio? Jesucristo dijo a sus discípulos: «No amontonéis tesoros en esta tierra, porque donde están vuestros tesoros está vuestro corazón»; y otra vez: «es más fácil que una maroma (un camello, según otra versión) pase por el agujero de una aguja, que un ric@ entre en el reino de los cielos». (Me imagino la cara que deben poner l@s piados@s y ric@s burgueses protestantes de Inglaterra y de Estados Unidos, de Alemania, de Suiza, al leer esas sentencias tan decisivas y tan desagradables para ell@s).

Jesucristo tiene razón; entre la codicia de las riquezas materiales y la salvación de las almas inmortales, hay una incompatibilidad absoluta. Y entonces, por poco que se crea realmente en la inmortalidad del alma, ¿no vale más renunciar al confort

y al lujo que da la sociedad y vivir de raíces, como hicieron l@s anacoretas, salvando su alma para la eternidad, que perderla al precio de algunas decenas de años de goces materiales? Este cálculo es tan sencillo, tan evidentemente justo, que estamos forzad@s a pensar que l@s piados@s y ric@s burgueses, banquer@s, industriales, comerciantes, que hacen tan excelentes negocios por los medios que se sabe, aun llevando siempre palabras del evangelio en los labios, no tienen en cuenta de ningún modo la inmortalidad del alma y que abandonan generosamente al proletariado esa inmortalidad, reservándose humildemente para sí mism@s los miserables bienes materiales que amontonan en esta tierra.

Aparte de los bienes materiales, ¿qué da la sociedad? Los afectos carnales, human@s, terrestres, la civilización y la cultura del espíritu, cosas todas inmensas desde el punto de vista human@ pasajero y terrestre, pero que ante la eternidad, ante la inmortalidad, ante Dios son iguales a cero. La mayor sabiduría humana, ¿no es locura ante Dios?

Una leyenda de la iglesia oriental cuenta que dos santos anacoretas se habían encarcelado voluntariamente durante algunas decenas de años en una isla desierta, aislándose además uno de otro y pasando día y noche en la contemplación y en la oración, habiendo llegado a tal punto que perdieron el uso de la palabra; de todo su antiguo diccionario, no habían conservado más que tres o cuatro palabras que, reunidas, no representaban sentido alguno, pero que no expresaban menos ante Dios las aspiraciones más sublimes de sus almas. Vivían naturalmente de raíces, como los animales herbívoros. Desde el punto de vista humano, esos dos hombres eran imbéciles o locos, pero desde el punto de vista divino, desde el de la creencia en la inmortalidad del alma, se han revelado calculadores mucho más profundos que Galileo y Newton. Porque sacrificaron algunas decenas de años de prosperidad terrestre y de espíritu mundano para ganar la beatitud eterna y el espíritu divino.

Por tanto, es evidente que, dotado de un alma inmortal, de una infinitud y de una libertad inherentes a ese alma, el hombre es un ser eminentemente antisocial. Y si hubiese sido siempre prudente, exclusivamente preocupad@ de su eternidad, si hubiese tenido ánimo para despreciar todos los bienes, todos los afectos y todas las vanidades de esta tierra, no habría salido nunca de ese estado de inocencia o de imbecilidad divina y no se habría formado nunca en sociedad. En una palabra, Adán y Eva no habrían probado el fruto del árbol de la ciencia y nosotr@s viviríamos tod@s como animales en el paraíso terrestre que Dios les había asignado por morada. Pero desde el momento en que l@s hombres quisieron saber, civilizarse, humanizarse, pensar, hablar y gozar de los bienes materiales, han debido salir necesariamente de su soledad y organizarse en sociedad. Porque tanto como son interiormente infinit@s, inmortales, libres, son exteriormente limitad@s, mortales, débiles y dependientes del mundo exterior.

Considerados desde el punto de vista de su existencia terrestre, es decir, no ficticia, sino real, la masa de l@s hombres presenta un espectáculo de tal modo degradante, tan melancólicamente pobre de iniciativa, de voluntad y de espíritu, que es preciso estar dotado verdaderamente de una gran capacidad de ilusionarse para encontrar en ell@s un alma inmortal y la sombra de un libre albedrío cualquiera. Se presentan ante nosotr@s como seres absoluta y fatalmente determinad@s: determinad@s an te todo por la naturaleza exterior, por la configuración del suelo y por todas las condiciones materiales de su existencia; determinad@s por las innumerables relaciones políticas, religiosas y sociales; por los hábitos, las costumbres, las leyes, por todo un mundo de prejuicios o de pensamientos elaborados lentamente por los siglos pasados, y que se encuentran ya, al nacer a la vida, en una sociedad, de la que ell@s no fueron jamás l@s creadores, sino, los productos, primero, y más tarde los instrumentos. Sobre mil hombres apenas se encontrará un@ que se pueda decir, desde un punto de vista no absoluto, sino solamente relativo, que quiere y que piensa por sí mismo. La inmensa mayoría de l@s individu@s human@s, no solamente entre las masas ignorantes, sino también en las clases privilegiadas, no quieren y piensa a su alrededor; creen sin duda querer y pensar por sí mism@s, pero no hacen más que reproducir servilmente, rutinariamente, con modificaciones por completo imperceptibles y nulas, los pensamientos y las voluntades ajenas. Ese servilismo, esa rutina, fuentes inagotables de la trivialidad, esa ausencia de rebelión en la voluntad de iniciativa, en el pensamiento de l@s individu@s son la causas principales de la lentitud desoladora del desenvolvimiento histórico de la humanidad. A nosotr@s, materialistas o realistas, que no creemos ni en la inmortalidad del alma ni en el libre albedrío, esa lentitud, por dolorosa que sea, se nos aparece como un hecho natural. Partiendo del estado de gorila, el hombre no llega sino dificultosamente a la conciencia de su humanidad y a la realización de su libertad. Ante todo no puede tener ni esa conciencia, ni esa libertad; nace animal feroz y esclav@, y no se humaniza y no se emancipa progresivamente más que en el seno de la sociedad, que es necesaria-

mente anterior al nacimiento de su pensamiento, de su palabra y de su voluntad; y no puede hacerlo más que por los esfuerzos colectivos de tod@s l@s miembros pasad@s y presentes de esa sociedad, que es, por consiguiente, la base y el punto de partida natural de su humana existencia. Resulta de ahí que el hombre no realiza su libertad individual o bien su personalidad más que contemplándose con tod@s l@s individu@s que lo rodean, y sólo gracias al trabajo y al poder colectivo de la sociedad, al margen de la cual, de todos los animales feroces que existen sobre la tierra seguiría siendo siempre él, sin duda, el más estúpido y el más miserable. En el sistema de l@s materialistas, el único natural y lógico, la sociedad, lejos de aminorarla y de limitarla, crea, por el contrario, la libertad de l@s individu@s human@s. Es la raíz, el árbol, y la libertad es un fruto. Por consiguiente, en cada época el hombre debe buscar su libertad, no al principio, sino al final de la historia, y se puede decir que la emancipación real y completa de cada individu@ human@ es el verdadero, el gran objeto, el fin supremo de la historia.

Muy otro es el punto de vista de l@s idealistas. En su sistema, el hombre se produce primeramente como un ser inmortal y libre y acaba por convertirse en un esclav@. Como espíritu inmortal y libre, infinit@ y complet@ en sí, no tiene necesidad de sociedad; de donde resulta que si se une en sociedad, no puede ser más que por una especie de decadencia, o bien porque olvida y pierde la conciencia de su inmortalidad y de su libertad. Ser contradictori@, infinit@ en el interior como espíritu, pero dependiente, defectuos@ material en el exterior, se ve forzad@ a asociarse, no en vista de las necesidades de su alma, sino para la conservación de su cuerpo. La sociedad no se forma, más que por una especie de sacrificio de los intereses y de la independencia del alma a la necesidades despreciables del cuerpo. Es una verdadera decadencia y una sumisión del individu@ interiormente inmortal y libre, una renuncia, al menos parcial, a su libertad primitiva.

Es conocida la frase sacramental que en la jerga de tod@s l@s partidari@s del Estado y del derecho jurídico expresa esa decadencia y ese sacrificio, ese primer paso fatal hacia el sometimiento humano. El Individu@ que goza de una libertad completa en el estado natural, es decir, antes de que se haya hecho miembro de ninguna sociedad, sacrifica cuando entra, en esta última, una parte de esa libertad, a fin de que la sociedad le garantice todo lo demás. A quien demanda la explicación de esa frase, se le responde ordinariamente con otra: La libertad de cada individu@ no debe tener otros límites que la de tod@s l@s demás individu@s.

En apariencia, nada más justo, ¿no es cierto? Y, sin embargo, esa frase contiene en germen toda la teoría del despotismo. Conforme a la idea fundamental de l@s idealistas de todas las escuelas y contrariamente a todos los derechos reales, el individu@ human@ aparece como un ser absolutamente libre en tanto y sólo en tanto que queda fuera de la sociedad, de donde resulta que esta última, considerada y comprendida únicamente como sociedad jurídica y política, es decir, como Estado, es la negación de la libertad. He ahí el resultado del idealismo; es todo lo contrario, como se ve, de las deducciones del materialismo, que, conforme a lo que pasa en el mundo real, hacen proceder de la sociedad la libertad individual de l@s hombres como una consecuencia necesaria del desenvolvimiento colectivo de la humanidad.

La definición materialista, realista y colectiva de la libertad, opuesta por completo a la de l@s idealistas, es está: el hombre no se convierte en hombre y no llega, tanto a la conciencia como a la realización de su humanidad, más que en la sociedad y solamente por la acción colectiva de la sociedad entera; no se emancipa del yugo de la naturaleza exterior más que por el trabajo colectivo o social, lo único que es capaz de transformar la superficie terrestre en una morada favorable a los desenvolvimientos de la humanidad; y sin esa emancipación material no puede haber emancipación intelectual y moral para nadie. No puede emanciparse del yugo de su propia naturaleza, es decir, no puede subordinar los instintos y los movimientos de su propio cuerpo a la dirección de su espíritu cada vez más desarrollado, más que por la educación y por la instrucción; pero una y otra son cosas eminentes, exclusivamente sociales; porque fuera de la sociedad el hombre habría permanecido como un animal salvaje o un santo, lo que significa poco más o menos lo mismo. En fin, el hombre aislado no puede tener conciencia de su libertad. Ser libre para el hombre significa ser reconocid@ y considerad@ y tratad@ como tal por otr@ hombre, por tod@s l@s hombres que l@ rodean. La libertad no es, pues, un hecho de aislamiento, sino de reflexión mutua; no de exclusión, sino, al contrario, de alianza, pues la libertad de tod@ individu@ no es otra caso que el reflejo de su humanidad o de su derecho humano en la conciencia de tod@s l@s hombres libres, sus herman@s, sus iguales.

No puedo decirme y sentirme libre más que en presencia y ante otr@s hombres. En presencia de un animal de una especie

inferior no soy ni libre ni hombre, porque ese animal es incapaz de concebir y por consiguiente también de reconocer mi humanidad. No soy human@ y libre yo mism@ más que en tanto que reconozco la libertad y la humanidad de tod@s l@s hombres que me rodean. Un antropófag@ que come a sus prisioner@s, tratándol@ de bestia salvaje, no es un hombre, sino un animal. Ignorando la humanidad de sus esclav@s ignora su propia humanidadtoda sociedad antigua nos proporciona una prueba de eso: l@s grieg@s, l@s roman@s, no se sentían libres como hombres, no se consideraban como tales por el derecho humano; se creían privilegiad@s como grieg@s, como roman@s, solamente en el seno de su propia patria, en tanto que independientemente, no conquistada, y en tanto que conquistaba, al contrari@, a los demás países, por la protección especial de sus dioses nacionales; y no se asombraban, ni creían tener el derecho y el deber de rebelarse cuando, vencid@s, caían ell@s mism@s en la esclavitud.

El gran mérito del cristianismo es haber proclamado la humanidad de tod@s l@s seres human@s, comprendidas entre ell@s las mujeres, la igualdad de tod@s l@s hombres ante la ley. Pero ¿cómo la proclamó? En el cielo, para la vida futura, no para la vida presente y real, no sobre la tierra. Por otra parte, esa igualdad en el porvenir es también una mentira, porque el número de l@s elegid@s es exclusivamente restringido, como se sabe. Sobre ese punto, los teólogos de las sectas cristianas más diferentes son unánimes. Por tanto, la llamada igualdad cristiana culmina en el más evidente privilegio, en el de algun@s millares de elegid@s por la gracia divina sobre l@s millones de perjudicad@s. Por lo demás esa igualdad de tod@s ante Dios, aunque debiera realizarse para cada un@, no sería más que la igual nulidad y la esclavitud igual de tod@s ante un amo supremo. El fundamento del culto cristiano y la primera condición para la salvación ¿no es renunciación a la dignidad humana y el desprecio de esa dignidad en presencia de la grandeza divina? Un cristian@ no es un hombre, porque no tiene la conciencia de la humanidad y porque, al no respetar la dignidad humana en sí mism@, no puede respetarla en otr@; y no respetándola en otr@, no puede respetarla en sí. Un cristian@ puede ser un profeta, un sant@, un sacerdote, un rey, un general, un ministr@, un funcionari@, el representante de una autoridad cualquiera, un gendarme, un verdugo, un opresor o un oprimid@, un torturador o un torturad@, un am@ o un asalariad@, pero no tiene el derecho a llamarse hombre, porque el hombre no es realmente tal más que cuando respeta y cuando ama la humanidad y la libertad de todo el mundo, y cuando su libertad y su humanidad son respetadas, amadas, suscitadas y creadas por el mundo.

No soy verdaderamente libre más que cuando tod@s l@s seres human@s que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de otr@, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es al contrario su condición necesaria y su confirmación. No me hago libre verdaderamente más que por la libertad de l@s otr@s, de suerte que cuanto más numeros@s son l@s hombres libres que me rodean y más vasta es su libertad, más extensa, más profunda y más amplia se vuelve mi libertad. Es, al contrario, la esclavitud de l@s hombres la que pone una barrera a mi libertad, o lo que es lo mismo, su animalidad es una negación de mi humanidad, porque —una vez más— no puedo decirme verdaderamente libre más que cuando mi libertad, o, lo que quiere decir lo mismo, cuando mi dignidad de hombre, mi derecho humano, que consiste en no obedecer a ningún otr@ hombre y en no determinar mis actos más que conforme a mis convicciones propias, reflejados por la conciencia igualmente libre de tod@s, vuelven a mí confirmados por el asentimiento de todo el mundo. Mi libertad personal, confirmada así por la libertad de todo el mundo, se extiende hasta el infinito.

Se ve pues que la libertad, tal como es concebida por l@s materialistas, es una cosa muy positiva, muy compleja y sobre todo eminentemente social, porque no puede ser realizada más que por la solidaridad de cada un@ con tod@s. Se pueden distinguir en ellas tres momentos de desenvolvimiento, tres elementos de los cuales el primero es eminentemente positivo y social; es el pleno desarrollo y el pleno goce de todas las facultades y potencias humanas para cada un@ mediante la educación, la instrucción científica y la prosperidad material, cosas todas que no pueden ser dadas a cada un@ más que gracias al trabajo colectivo, material e intelectual, muscular y nervioso de la sociedad entera.

El segundo elemento o memento de la libertad es negativo. Es la rebelión del individu@ human@ contra toda autoridad divina y humana, colectiva e individual.

Primeramente es la rebelión contra la tiranía del fantasma supremo de la teología, contra Dios. Es evidente que en tanto que tengamos un amo en el cielo, seremos esclav@s en la tierra. Nuestra razón y nuestra voluntad serán igualmente anuladas. En tanto que creamos deberle una obediencia absoluta, y frente a un dios no hay otra obediencia posible, deberemos por

necesidad someternos pasivamente y sin la menor crítica a la santa autoridad de sus intermediari@s y de sus elegid@s: mesías, profetas, legisladores, divinamente inspirad@s, emperadores, reyes y tod@s sus funcioonari@s y ministr@s, representantes y servidores consagrad@s de las dos grandes instituciones que se imponen a nosotr@s como establecidas por Dios mismo para la dirección de l@s hombres: de la iglesia y del Estado. Toda autoridad temporal o humana procede directamente de la autoridad espiritual o divina. Pero la autoridad es la negación de la libertad. Dios, o más bien la ficción de Dios, es, pues, la consagración y la causa intelectual y moral de toda esclavitud sobre la tierra y la libertad de l@s hombres no será completa más que cuando hayan aniquilado completamente la ficción nefanda de un amo celeste.

Es en consecuencia la rebelión de cada un@ contra la tiranía de l@s hombres, contra la autoridad tanto individual como social representada y legalizada por el Estado. Aquí, sin embargo, es preciso entenderse bien, y para entenderse hay que comenzar por establecer una distinción bien precisa entre la autoridad oficial y por consiguiente tiránica de la sociedad organizada en Estado, y la influencia y la acción naturales de la sociedad no oficial, sino natural, sobre cada un@ de sus miembros.

La rebelión contra esa influencia natural de la sociedad es mucho más difícil para el individu@ que la rebelión contra la sociedad oficialmente organizada, contra el Estado, aunque a menudo sea tan inevitable como esta última. La tiranía social, a menudo aplastadora y funesta, no presenta ese carácter de violencia imperativa, de despotismo legalizado y formal que distingue la autoridad del Estado. No se impone como una ley a la que tod@ individu@ está forzad@ a someterse bajo pena de incurrir en un castigo jurídico. Su acción es más suave, más insinuante, más imperceptible, pero mucho más poderosa que la de la autoridad del Estado. Domina a l@s hombres por los hábitos, por las costumbres, por la masa de los sentimientos y de los prejuicios, tanto de la vida material como del espíritu y del corazón y que constituyen lo que llamamos la opinión pública. Envuelve al hombre desde su nacimiento, lo traspasa, lo penetra y forma la base misma de su existencia individual; de suerte que cada un@ no es en cierto modo más que el cómplice contra sí mism@, más o menos, y muy a menudo sin darse cuenta siquiera. Resulta que para rebelarse contra esa influencia que la sociedad ejerce naturalmente sobre él, el hombre, porque con todas sus tendencias y aspiraciones materiales, intelectuales y morales, no es nada más que el producto de la sociedad. De ahí ese poder inmenso ejercido por la sociedad sobre l@s hombres.

Desde el punto de vista de la moral absoluta, es decir, desde el del respeto humano –y voy a decir al momento cómo la entiendo–, ese poder de la sociedad puede ser bienhechor, como puede ser también malhechor. Es bienhechor cuando tiende al desenvolvimiento de la ciencia, de la prosperidad material, de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad fraternales de l@s hombres; es malhechos cuando tiene tendencias contrarias. Un hombres nacid@ en una sociedad de animales se queda, con pocas excepciones, en animal; nacid@ en una sociedad gobernada por sacerdotes se convierte en un idiota, un beat@; nacid@ en una banda de ladrones, será, probablemente, un ladrón; nacid@ en la burguesía, será un explotador del trabajo ajeno; si tiene la desgracia de nacer en la sociedad de l@s semidioses que gobiernan la tierra, nobles príncipes, hij@s de reyes, será, según el grado de su capacidad, de sus medios y de su poder, un despreciador, un esclavizador de la humanidad, un tiran@. En todos estos casos, para la humanización misma del individu@, su rebelión contra la sociedad que lo ha visto nacer se hace indispensable.

Pero, repito, la rebelión del individu@ contra la sociedad es una cosa más difícil que su rebelión contra el Estado. El Estado es una institución histórica, transitoria, una forma pasajera de la sociedad, como la Iglesia misma de la cual es sino e hermano menor, pero no tiene el carácter fatal e inmutable de la sociedad, que es anterior a todos los desenvolvimientos de la humanidad y que, participando plenamente de la omnipotencia de las leyes, de la acción y de las manifestaciones naturales, constituye la base misma de toda existencia humana. El hombre, al menos desde que dio su primer paso hacia la humanidad, desde que ha comenzado a ser un ente human@, es decir, un ser que habla y que piensa más o menos, nace en la sociedad como la hormiga nace en el hormiguero y como la abeja en su colmena; no la elige, al contrario, es producto de ella y está fatalmente sometid@ a las leyes naturales que presiden sus necesarios desarrollos, igual que a todas las otras leyes naturales. La sociedad es anterior y a la vez sobrevive a cada individu@ human@ como la naturaleza misma; es eterna como la naturaleza, o más bien nacida sobre la tierra, durará tanto como dure nuestra tierra. Una rebelión radical contra la sociedad sería, pues, tan imposible para el hombre como una rebelión contra la naturaleza, pues la sociedad humana no es por lo

demás sino la última manifestación de la creación de la naturaleza sobre esta tierra, y un individu@ que quiera poner en tela de juicio la sociedad, es decir la naturaleza en general y especialmente su propia naturaleza, se colocaría por eso mismo fuera de todas las condiciones de una existencia real, se sumergiría en la nada, en el vacío absoluto, en la abstracción muerta, en Dios. Se puede, pues, preguntar con tan poco derecho si la sociedad es un bien o un mal, como si la naturaleza, el ser universal, material, real , único, supremo, absoluto, es un bien o un mal; es más que todo eso: es un inmenso hecho positivo y primitivo anterior a toda conciencia, a toda idea, a toda apreciación intelectual y moral, es la base misma, es el mundo en que fatalmente, y más tarde, se desarrolla para nosotr@s lo que llamamos el bien y el mal.

No sucede lo mismo con el Estado; y no vacilo en decir que el Estado es el mal, aunque un mal históricamente necesario, tan necesario en el pasado como lo será tarde o temprano su extinción completa; tan necesario como lo ha sido la bestialidad primitiva y las divagaciones teológicas de l@s hombres. El Estado no es la sociedad, no es más que una de sus formas históricas, tan brutal como abstracta. Ha nacido históricamente en todos los países del matrimonio, de la violencia, de la rapiña, del saqueo; en una palabra, de la guerra y de la conquista con l@s dioses cread@s sucesivamente por la fantasía teológica de las naciones. Ha sido desde su origen, y permanece siendo todavía en el presente, la sanción divina de la fuerza brutal y de la iniquidad triunfantes. Es, en los mismos países más democráticos, como los Estados Unidos de América y Suiza [una palabra ilegible en el manuscrito], regular del privilegio de una minoría cualquiera y de la esclavización real de la inmensa mayoría.

La rebelión es mucho más fácil contra el Estado, porque hay en la naturaleza misma del Estado algo que provoca la rebelión. El Estado es la autoridad, es la fuerza, es la ostentación y la infatuación de la fuerza. No se insinúa, no procura convertir y siempre que interviene lo hace de muy mala gana; porque su naturaleza no es persuadir, sino imponer, obligar. Por mucho que se esfuerce por enmascarar esa naturaleza como violador legal de la voluntad de l@s hombres, como negación permanente de su libertad. Aun cuando manda el bien, lo daña y lo deteriora, precisamente porque lo manda y porque toda orden provoca y suscita las rebeliones legítimas de la libertad y porque el bien, desde el momento que es ordenado, desde el punto de vista de la verdadera moral, de la moral humana, no divina, sin duda, desde el punto de vista del respeto humano y de la libertad, se convierte en mal. La libertad, la moralidad y la dignidad del hombre consiste precisamente en esto: que hacen el bien, no porque les es ordenado, sino porque lo conciben, lo quieren y lo aman.

La sociedad no se impone formalmente, oficialmente, autoritariamente; se impone naturalmente, y a causa de eso mismo su acción sobre el individu@ es incomparablemente más poderosa que la del Estado. Crea y forma tod@s l@s individu@s que nacen y que se desarrollan en su seno. Hace pasar lentamente por ell@s, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, toda su propia naturaleza material, intelectual y moral; se individualiza, por decirlo así, en dada un@.

El individu@ human@ real es tan poco un ser universal y abstracto que cada un@, desde el momento que se forma en las entrañas de la madre, se encuentra ya determinad@ y particularizad@ por una multitud de causas y de acciones materiales, geográficas, climatológicas, etnográficas, higiénicas y por consiguiente económicas, que constituyen propiamente la naturaleza material exclusivamente particular de su familia, de su clase, de su nación, de su raza, y, en tanto que las inclinaciones y las aptitudes de l@s hombres dependen del conjunto de todas esas influencias exteriores o físicas, cada un@ nace con una naturaleza o un carácter individual materialmente determinado. Además, gracias a la organización relativamente superior del cerebro humano, cada hombre aporta al nacer, en grados por lo demás diferentes, no ideas y sentimientos innatos, como lo pretenden l@s idealistas, sino la capacidad a la vez material y formal de sentir, de pensar, de hablar y de querer. No aporta consigo más que la facultad de formar y de desarrollar las ideas y, como acabo de decirlo, un poder de actividad por completo formal, sin contenido alguno. ¿Quién le da su primer contenido? La sociedad.

No es éste el lugar de investigar cómo se han formado las primeras nociones y las primeras ideas cuya mayoría eran naturalmente muy absurdas en las sociedades primitivas. Todo lo que podemos decir con plena certidumbre es que ante todo no han sido creadas aislada y espontáneamente por el espíritu milagrosamente iluminado de individu@s inspirad@s, sino por el trabajo colectivo, frecuentemente imperceptible, del espíritu de tod@s l@s individu@s que han constituido parte de esas sociedades y del cual l@s individu@s notables, l@s hombres de genio no han podido nunca dar la más fiel o la más feliz expresión, pues tod@s l@s hombres de genio han sido como Voltaire: «tomaban su bien en cualquier parte que lo encontra-

ban». Por tanto, es el trabajo intelectual colectivo de las sociedades primitivas el que ha creado las primeras ideas. Estas ideas no fueron al principio nada más que simples comprobaciones, naturalmente muy imperfectas, de los hechos naturales y sociales y las conclusiones aún menos racionales sacadas de esos hechos. Tal fue el comienzo de todas las representaciones, imaginaciones y pensamientos humanos. El contenido de esos pensamientos, lejos de haber sido creado por una acción espontánea del espíritu humano, le fue dado primeramente por el mundo real, tanto exterior como interior. El espíritu del hombre, es decir, el trabajo o el funcionamiento completamente orgánico y por consiguiente material de su cerebro, provocado por las impresiones exteriores e interiores que le transmiten sus nervios, no añade más que una acción formal, que consiste en comparar y en combinar esas impresiones de cosas y de hechos en sistemas justos o falsos. Es así como nacieron las primeras ideas. Por la palabra se precisaron esas ideas, o más bien esas primeras imaginaciones, y se fijaron, transmitiéndose de un individu@ a otr@; de suerte que las imaginaciones individuales de cada un@ se encontraron, se controlaron, se modificaron, se complementaron mutuamente y, confundiéndose más o menos en un sistema único, acabaron por formar la conciencia común, el pensamiento colectivo de la sociedad. Este pensamiento, transmitido por la tradición de una generación a otra, y desarrollándose cada vez más por el trabajo intelectual de los siglos, constituye el patrimonio intelectual y moral de una sociedad, de una clase, de una nación.

Cada generación nueva encuentra en su cuna todo un mundo de ideas, de imaginaciones y de sentimientos que recibe como una herencia de los siglos pasados. Ese mundo no se presenta al principio al hombre recién nacid@ bajo su forma ideal, como sistema de hechos encarnado y realizado en las personas y en todas las cosas que lo rodean y que habla a sus sentidos por todo lo que oye y todo lo que ve desde el primer día de su vida. Porque las ideas y las representaciones humanas, no habiendo sido desde el principio nada más que productos de hechos reales, tanto naturales como sociales, es decir, el reflejo o la repercusión en el cerebro humano y la reproducción, por decirlo así, ideal y más omenmos racional de esos hechos por el órgano absolutamente material del pensamiento humano, adquiriendo más tarde, desde que se han establecido bien en la conciencia colectiva de una sociedad cualquiera de la manera que acabo de explicarlo, el poder de convertirse a su vez en causas productoras de hechos nuevos, no propiamente naturales, sino sociales. Acaban por modificar y por transformar, muy lentamente, es verdad, la existencia, los hábitos y las instituciones humanas, en una palabra, todas las relaciones de l@s hombres en la sociedad, y por su encarnación en las cosas más diarias de la vida de cada un@, se vuelven sensibles, palpables para tod@s, aun para l@s niñ@s. De suerte que cada generación nueva se penetra de ellas desde su más tierna infancia y cuando llega a la edad viril, en que comienza propiamente el trabajo de su propio pensamiento, necesariamente acompañado de una crítica nueva, encuentra en sí, lo mismo que en la sociedad que le rodea, todo un mundo de pensamiento o de representaciones fijas que le sirven de punto de partida y le dan en cierto modo la materia prima o el material para su propio trabajo intelectual y moral. A ese número pertenecen las imaginaciones tradicionales y comunes que l@s metafísic@s, engañad@s por la manera absolutamente imperceptible e insensible con que, desde afuera, penetran y se imprimen en el cerebro de l@s niñ@s incluso antes de que lleguen a la conciencia de sí, llaman falsamente ideas innatas.

Tales son las ideas generales o abstractas sobre la divinidad y sobre el alma, ideas completamente absurdas, pero inevitables, fatales en el desenvolvimiento histórico del espíritu humano, que no llegando sino muy lentamente, a través de muchos siglos, al conocimiento racional y crítico de sí mismo y de sus manifestaciones propias, parte siempre del absurdo para llegar a la verdad y de la esclavitud para conquistar la libertad; ideas sancionadas por la ignorancia universal y por la estupidez de los siglos, tanto como por el interés bien entendido de las clases privilegiadas, hasta el punto de que hoy mismo no se podría pronunciar un@ abiertamente y en un lenguaje popular contra ellas, sin rebelar a una gran parte de las masas populares y sin correr el peligro de ser lapidad@ por la hipocresía burguesa. Al lado de estas ideas abstractas, y siempre en alianza íntima con ellas, el adolescente encuentra en la sociedad y, a consecuencia de la influencia omnipotente ejercida por esta última sobre su infancia, encuentra en sí mism2 una cantidad de otras representaciones e ideas mucho más determinadas y que se refieren de cerca de la vida real del hombre, a su existencia cotidiana. Tales son las representaciones sobre la naturaleza y sobre el hombre, sobre la justicia, sobre los deberes y los derechos de l@s individu@s y de las clases, sobre las conveniencias sociales, sobre la familia, sobre la propiedad, sobre el Estado y muchas otras aún que regulan las relaciones entre l@s hombres. Todas estas ideas que encuentran al nacer, encarnadas en las cosas y en l@s hombres, y que se imprimen en

su propio espíritu por la educación y por la instrucción que recibe antes de que haya llegado a la conciencia de sí mism@, las encuentra más tarde consagradas, explicadas, comentadas por las teorías que expresan la conciencia universal o el prejuicio colectivo y por todas las instituciones religiosas, políticas y económicas de la sociedad de que constituye parte. Está de tal modo impregnado él mismo por ellas, que, estuviese o no interesad@ en defenderlas, es involuntariamente su cómplice a causa de todos sus hábitos materiales, intelectuales y morales.

De lo que hay que asombrarse, pues, no es de la acción omnipotente que esas ideas, que expresan la conciencia colectiva de la sociedad, ejercen sobre la masa de l@s hombres, sino, al contrario, que se encuentren en esa masa individu@s que tienen el pensamiento, la voluntad y el valor de combatirlas. Porque la presión de la sociedad sobre el individu@ es inmensa, y no hay carácter bastante fuerte, ni inteligencia bastante poderosa que puedan considerarse al abrigo del alcance de esa influencia tan despótica como irresistible.

Nada prueba mejor el carácter social del hombre que esa influencia. Se diría que la conciencia colectiva de una sociedad cualquiera, encarnada tanto en los grandes instituciones públicas como en todos los detalles de la vida privada, y que sirven de base a todas sus teorías, forman una especie de medio ambiente, una especie de atmósfera intelectual y moral, perjudicial, pero absolutamente necesaria para la existencia de tod@s sus miembros. L@s domina, y l@s sostiene al mismo tiempo, asociandol@s entre sí por relaciones habituales y necesariamente determinadas por ella; inspirando a cada un@ la seguridad, la certidumbre, y constituyendo para tod@s la condición suprema de la existencia del gran número, la trivialidad, la rutina.

La gran mayoría de l@s hombres, no sólo en las masas populares, sino también en las clases privilegiadas e instruidas tanto y a menudo aún más que en las incultas, están intranquil@s y no se sienten en paz consigo mism@s más que cuando en sus pensamientos y en todos los actos de su vida siguen fielmente, ciegamente, la tradición y la rutina: «Nuestr@s padres han pensado y obrado así, nosotr@s debemos pensar y obrar como ell@s; todo el mundo piensa y obra así a nuestro alrededor, ¿por qué habríamos de pensar y de obrar de otro modo que todo el mundo?». Estas palabras expresan la filosofía, la convicción y la practica del 99% de la humanidad, tomadas indiferentemente en todas las clases de la sociedad. Y como he observado ya, ése es el mayor impedimento para el progreso y para la emancipación más rápida de la especie humana.

¿Cuáles son las causas de esta lentitud desoladora y tan próxima al encantamiento que constituye, según mi opinión, la mayor desgracia de la humanidad? Esas causas son múltiples. Entre ellas, una de las más considerables, sin duda, es la ignorancia de las masas. Privadas generalmente y sistemáticamente de toda educación científica, gracias a los cuidados paternales de todos los gobiernos y de las clases privilegiadas, que consideran útil mantenerlas el más largo tiempo posible en la ignorancia, en la piedad, en la fe, tres sustantivos que expresan poco más o menos la misma cosa, ignoran igualmente la existencia y el uso de ese instrumento de emancipación intelectual que se llama la crítica, sin la cual no puede haber revolución moral y social completa. Las masas a quienes interesa tanto rebelarse contra el orden de cosas establecido se ven más o menos ligadas a él por la religión de sus padres, esa providencia de las clases privilegiadas.

Las clases privilegiadas, que no tienen ya, digan lo que quieran, ni fe ni piedad, siguen aferradas a ella a su vez por su interés político y social. Pero es imposible decir que sea ésa la razón única de su apego pasional a las ideas dominantes. Por mala opinión que tenga del valor actual, intelectual y moral de esas clases, no puedo admitir que sea sólo el interés el móvil de sus pensamientos y de sus actos.

Hay sin duda en toda clase y en todo partido un grupo más o menos numeroso de explotadores inteligentes, audaces y conscientemente deshonest@s, llamad@s hombres fuertes, libres de todo prejuicio intelectual y moral, igualmente indiferentes frente a todas las convicciones y que se sirven de tod@s si es necesario para llegar a su fin. Pero es@s hombres distinguid@s forman siempre en las clases más corrompidas sólo una minoría muy ínfima; la multitud es tan carneril en ellas como en el pueblo mismo. Sufre, naturalmente, la influencia de sus intereses, que le hacen de la reacción una condición de existencia. Pero es imposible admitir que, al esgrimir la reacción, no obedezca más que a un sentimiento de egoísmo. Una gran masa de hombres, aun pasablemente corrompid@s, cuando obra colectivamente no podría ser tan depravada. Hay en toda asociación numerosa –y con más razón en asociaciones tradicionales, históricas, como las clases, aunque hayan llegado hasta el punto de haberse vuelto absolutamente maléficas y contrarias al interés y al derecho de todo el mundo– un

principio de moralidad, una religión, una creencia cualquiera, sin duda muy poco racional, la mayor parte de las veces ridícula y por consiguiente muy estrecha, pero sincera, y que constituye la condición moral indispensable de su existencia.



El error común y fundamental de tod@s l@s idealistas, error que, por otra parte, es una consecuencia muy lógica de todo su sistema, es buscar la base de la moral en el individu@ aislad@, siendo la verdad que no se encuentra ni puede encontrarse más que en l@s individu@s asociad@s. Para probarlo, comencemos por juzgar, de una vez por todas, al individu@ aislad@ o absolut@ de l@s idealistas.

Ese individu@ human@ solitari@ y abstract@ es una ficción, semejante a la de Dios, pues ambas han sido creadas simultáneamente por la fantasía creyente o por la razón infantil, no reflexiva, ni experimental, ni crítica, sino imaginativa de los pueblos, primero, y más tarde desarrolladas, explicadas y dogmatizadas por las teorías teológicas y metafísicas de l@s pensadores idealistas. Ambas, representando un abstracto vacío de todo contenido e incompatible con una realidad cualquiera, culminan en la nada. Creo haber demostrado la inmoralidad de la ficción de Dios: en el «Apéndice» probaré aún más su absurdo. Ahora quiero analizar la ficción tan inmoral como absurda de ese individu@ human@, absolut@ o abstract@, que l@s moralistas de las escuelas idealistas toman como base de sus teorías políticas y sociales.

No me será difícil probar que el individu@ human@ que preconizan y que aman, es un ser perfectamente inmoral. Es el egoísmo personificado, el ser antisocial por excelencia. Puesto que está dotado de un alma inmortal, es infinit@ y complet@ en sí; por consiguiente, no tiene necesidad de nadie, ni aun de Dios, y con más razón no tiene necesidad tampoco de otr@s hombres. Lógicamente, no debía soportar la existencia de un individu@ superior tan infinit@ y tan inmortal o más inmortal y más infinit@ que él mism@. Debería ser el únic@ hombre sobre la tierra, qué digo, debería poder llamarse el únic@ ser, el mundo. Porque l@ infinit@ que halla cualquier cosa fuera de sí, encuentra un límite, no es ya infinit@, y dos infinit@s que se encuentran se anulan.

¿Por qué los teólogos y l@s metafísic@s, que se muestran por otra parte lógic@s tan sutiles, han cometido y continúan cometiendo la inconsecuencia de admitir la existencia de much@s hombres igualmente inmortales, es decir, igualmente infinit@s, y por encima de ell@s la de un Dios todavía más inmortal y más infinito? Han sido forzad@s por la imposibilidad absoluta de negar la existencia real, la mortalidad tanto como la independencia mutua de l@s millones de seres human@s que han vivido y que viven sobre esta tierra. Este es un hecho del que, a pesar de toda su buena voluntad, no pueden hacer abstracción. Lógicamente, habrían debido concluir que las almas no son inmortales, que no tienen existencia separada de sus envolturas corporales y mortales, y que al limitarse y encontrarse en una dependencia mutua, encontrando fuera de ellas mismas una infinidad de objetos diferentes, l@s individu@s human@s, como todo lo que existe en este mundo, son seres pasajeros, limitad@s y finit@s. Pero al reconocer eso, deberían renunciar a las bases mismas de sus teorías ideales, deberían colocarse bajo la bandera del materialismo puro o de la ciencia experimental y racional. Es a lo que l@s invita también la voz poderosa del siglo.

Permanecen sord@s a esa voz. Su naturaleza de inspirad@s, de profetas, de doctrinari@s y de sacerdotes, y su espíritu impulsado por las sutiles mentiras de la metafísica, habituad@s a los crepúsculos de las fantasías ideales, se rebelan contra las conclusiones francas y contra la plena luz de la verdad simple. Les tienen tal horror, que prefieren soportar la contradicción que crean ell@s mism@s por esa ficción absurda del alma inmortal, a tener que buscar la solución en un absurdo nuevo, en la ficción de Dios. Desde el punto de vista de la teoría, Dios no es realmente otra cosa que el último refugio y la expresión suprema de todos los absurdos y contradicciones del idealismo. En la teología, que representa la metafísica infantil e ingenua, aparece como la base y la causa primera del absurdo; pero en le metafísica propiamente dicha, es decir, en la teología sutilizada y racionalizada, constituye, al contrario, la última instancia y el supremo recurso, en el sentido que todas las contradicciones que parecen insolubles en el mundo real son explicadas en Dios y por Dios, es decir, por el absurdo envuelto todo lo posible en una apariencia racional.

La existencia de un Dios personal, la inmortalidad del alma, son dos ficciones inseparables, son los dos polos del mismo

absurdo absoluto: el uno provoca el otro y el uno busca vanamente su explicación, su razón de ser en el otro. Así, para la contradicción evidente que hay entre la infinitud supuesta de cada hombre y el hecho real de la existencia de much@s hombres, por consiguiente una cantidad de seres infinit@s que se encuentran, fuera uno de otro, limitándose necesariamente; entre su inmortalidad y su mortalidad; entre su dependencia natural y su independencia absoluta recíprocas, l@s idealistas no tienen nada más que una sola respuesta: Dios; y si esa respuesta no os explica nada, ya no os satisface, tanto peor para vosotr@s. No pueden daros otra.

La ficción de la inmortalidad del alma y la de la moral individual, que es su consecuencia necesaria, son la negación de toda moral. Y bajo este aspecto, es preciso hacer justicia a los teólogos, que, mucho más consecuentes, más lógicos que l@s metafísic@s, niegan atrevidamente lo que hoy se ha convenido en llamar la moral independiente; declarando con muchu razón, desde el momento que se admite la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, que es preciso reconocer también que no puede haber más que una sola moral, la ley divina, revelada, la moral religiosa; es decir, la relación del alma inmortal con Dios por la gracia de Dios. Fuera de esa relación irracional, milagrosa y mística, la única santa y la única salvadora; y fuera de las consecuencias que se derivan de ella para el hombre, todas las otras relaciones son malas. La moral divina es la negación absoluta de la moral humana.

La moral divina ha encontrado su perfecta expresión en esta máxima cristiana: «Amarás a Dios más que a ti mism@ y amarás a tu prójim@ como a ti mism@», lo que implica el sacrificio de sí mism@ y del prójim@ a Dios. Pasar por el sacrificio de sí mism@ puede ser calificado de locura; pero el sacrificio del prójimo es, desde el punto de vista humano, absolutamente inmoral. ¿Y por qué estoy forzad@ a un sacrificio inhumano? Por la salvación de mi alma. Esa es la última palabra del cristianismo. Por consiguiente, para complacer a Dios y para salvar mi alma debo sacrificar a mi prójim@. Este es el egoísmo absoluto. Este egoísmo no disminuido, ni destruido, sino sólo enmascarado en el catolicismo, por la colectividad forzada y por la unidad autoritaria, jerárquica y despótica de la Iglesia, aparece en toda su franqueza cínica en el protestantismo, que es una especie de «¡sálvese quien pueda!» religioso.

L@s metafísic@s a su vez se esfuerzan por amenguar ese egoísmo, que es el principio inherente y fundamental de todas las doctrinas ideales, hablando muy poco, lo menos posible, de las relaciones del hombre con Dios y mucho de las relaciones mutuas de l@s hombres. Lo que no es de ningún modo hermoso, ni franco, ni lógico por su parte; porque, desde el momento que se admite la existencia de Dios, se está forzando a reconocer que es presencia de esas relaciones con el ser absoluto y supremo, todas las otras relaciones son necesariamente simuladas. O bien Dios no es Dios, o bien su presencia lo absorbe, lo destruye todo. Pero pasemos adelante...

L@s metafísic@s buscan, pues, la moral en las relaciones de l@s hombres entre sí, y, al mismo tiempo, pretenden que es un hecho absolutamente individual, una ley divina escrita en el corazón de cada hombre, independientemente de sus relaciones con l@s otr@s individu@s human@s. Tal es la contradicción inextricable sobre la que está fundada la teoría moral de l@s idealistas. Desde el momento que llevo, anteriormente, a todas mis relaciones con la sociedad y, por consiguiente, independientemente de toda influencia de esa sociedad sobre mi propia persona, una ley escrita primitivamente por Dios mismo en mi corazón, esa ley es necesariamente extraña e indiferente, si no hostil a mi existencia en la sociedad; no puede concernir a mis relaciones con l@s hombres, y no puede regular más que mis relaciones con Dios, como lo afirma muy lógicamente la teología. En cuanto a l@s hombres, desde el punto de vista de esa ley, me son perfectamente extrañ@s. Habiéndose formado e inscrito la ley moral en mi corazón al margen de todas mis relaciones con l@s hombres, no puede tener nada que ver con ell@s.

Pero, se dirá, esa ley os manda precisamente amar a l@s hombres, tanto como a vosotr@s mism@s, porque son vuestr@s semejantes, y no hacerles nada que no queráis que se os haga a vosotr@s, observar frente a ell@s la igualdad, la ecuación moral, la justicia. A esto respondo que si es verdad que la ley moral contiene ese mandamiento, debo concluir que no ha sido formada y que no ha sido escrita aisladamente en mi corazón; supone necesariamente la existencia anterior de mis relaciones con otr@s hombres, mis semejantes, sino que, hallándolas establecidas, las regula solamente, y en cierto modo en su manifestación desarrollada, su explicación y su producto. De donde resulta que la ley moral no es un hecho individual, sino social, una creación de la sociedad. Si fuera de otro modo, la ley moral inscrita en mi corazón sería absurda,

regularía mis relaciones con seres con quienes no tendría relación alguna y de quienes ignoraría la existencia.

Para eso l@s metafísic@s tienen una respuesta. Dicen que cada individu@ human@ la trae al nacer, inscrita por la mano de Dios en su corazón, pero que no se encuentra al principio en él más que en estado latente, sólo en estado de potencia, no realizada, ni manifestada por el individu@ mism@, que no puede realizarla y que no puede descifrarla en sí más que desenvolviéndose en la sociedad de sus semejantes; que el hombre, en una palabra, no llega a la conciencia de esa ley, que le es inherente, más que mediante sus relaciones con l@s otr@s hombres.

Por esta explicación, si no racional, al menos muy plausible, henos aquí de regreso a la doctrina de las ideas, de los sentimientos y de los principios innatos. Ya se conoce esa doctrina; el alma humana, inmortal e infinita, pero corporalmente determinada, limitada, entorpecida y, por decirlo así, cegada y aniquilada en su existencia real, contiene todos esos principios eternos y divinos, pero sin darse cuenta, sin saber absolutamente nada. Por inmortal, debe ser necesariamente eterna, tanto en el pasado como en el porvenir. Porque si hubiese tenido un comienzo, tendría inevitablemente un fin; no sería inmortal. ¿Qué ha sido, qué ha hecho durante toda esa eternidad, qué deja tras sí? Sólo Dios lo sabe; en cuanto a ella misma, no lo recuerda, lo ignora. Es un gran misterio, lleno de contradicciones palpables para resolver las cuales es preciso apelar a la contradicción suprema, a Dios. Lo cierto es que conserva sin saberlo, en no se sabe qué lugar misterioso de su ser, todos los principios divinos. Pero perdida en su cuerpo terrestre, embrutecida por las contradicciones greseramente materiales de su nacimiento y de su existencia sobre la tierra, no tiene la capacidad de concebirlas, ni el poder de volverlas a recordar. Es como si no las tuviese. Pero he aquí que, en la sociedad, una multitud de almas humanas, todas igualmente inmortales por su esencia y todas igualmente embrutecidas, envilecidas y materializadas en su existencia real, se encuentran de nuevo. Al principio se reconocen tan mal que un alma materializada se come a la otra. La antropofagia, como se sabe, fue la primera práctica del género humano. Luego, haciéndose siempre una guerra encarnizada, cada una se esfuerza por someter a las demás; es el largo período de la esclavitud, período que está muy lejos de haber llegado a su término. Ni en la antropofagia ni en la esclavitud se encuentra, sin duda, rasgo alguno de principios divinos. Pero en esa lucha incesante de los pueblos y de l@s hombres entre sí, que constituye la historia, y después de los sufrimientos sin número que son su resultado más claro, las almas se despiertan poco a poco, salen de su entorpecimiento, de su embrutecimiento, vuelven a sí mismas, se reconocen y profundizan cada vez más en su ser íntimo, provocadas y suscitadas mutuamente; por lo demás, comienza a recordarse, a presentir primero, a entrever después y a percibir claramente los principios que Dios ha trazado con su propia mano desde la eternidad.

Este despertar y este recordar no se efectúa primero en las almas más infinitas y más inmortales, lo que sería algo absurdo; el infinito no admite ni más ni menos, lo que hace que el alma del más grande idiota sea tan infinita e inmortal como la del mayor geni@; se efectúa en las almas menos groseramente materializadas, y por consecuencia, más capaces de despertarse y de recordarse. Esto es, en hombres de genio, en l@s inspirad@s de Dios, en l@s reveladores, en l@s legisladores, en los profetas. Una vez que es@s grandes y sant@s hombres, iluminad@s y provocados por el espíritu, sin ayuda del cual nada grande ni bueno se hace en este mundo, una vez que han vuelto a encontrar en sí mism@s una de esas divinas verdades que tod@ hombre lleva inconscientemente en su alma, se hace naturalmente mucho más fácil a l@s hombres más groseramente materializad@s la relación de ese mismo descubrimiento en sí mism@s. Y es así como toda gran verdad, todos los principios eternos manifestados primero en la historia como revelaciones divinas, se traducen más tarde a verdades sin duda divinas, pero cada un@, no obstante, puede y debe encontrar en sí y reconocer como la base de su propia esencia infinita, o de su alma inmortal. Esto explica cómo una verdad al principio revelada por un solo hombre, al difundirse poco a poco en el exterior hace sus discípul@s, primero poco numeros@s y ordinariamente perseguid@s, tanto por l@s am@s como por las masas y por l@s representantes oficiales de la sociedad; pero al difundirse más y más, a causa misma de sus persecuciones, acaba por invadir tarde o temprano la conciencia colectiva y después de haber sido largo tiempo una verdad exclusivamente individual, se transforma al fin en una verdad socialmente aceptada; realizada bien o mal, en las instituciones públicas y privadas de la sociedad, se convierte en ley.

Tal es la teoría general de l@s moralistas de la escuela metafísica. A primera vista, he dicho, es muy plausible y parece reconciliar las cosas más dispares: la revelación divina y la razón humana, la inmortalidad y la independencia absolutas de

l@s individu@s, con su mortalidad y su dependencia absolutas, el individualismo y el socialismo. Pero al examinar esta teoría y sus consecuencias desde más cerca, nos será fácil reconocer que no es más que una reconciliación aparente que cubre, bajo una falsa máscara de racionalismo y de socialismo, el antiguo triunfo del absurdo divino sobre la razón humana y del egoísmo individual sobre la solidaridad social. En última instancia, culmina en la separación y en el aislamiento absoluto de l@s individu@s, y por consiguiente, en la negación de toda moral.

A pesar de sus pretensiones de racionalismo puro, comienza por la negación de toda razón, por el absurdo, por la ficción del infinito perdido en lo finito, o por la suposición de un alma, de una cantidad de almas inmortales alojadas y aprisionadas en cuerpos mortales. Para corregir y explicar ese absurdo se vio obligada a recurrir a otro, al absurdo por excelencia, a Dios, especie de alma inmortal, personal, inmutable, alojada y aprisionada en un universo pasajero y mortal y que sin embargo conserva su omnisciencia y omnipotencia. Cuando se le plantean cuestiones indiscretas, que es naturalmente incapaz de resolver, porque el absurdo no se resuelve ni se explica, responde con esa terrible palabra, Dios, lo absoluto misterioso, que, al no significar absolutamente nada o al significar lo imposible, según ella, lo resuelve, lo explica todo. Esto es cosa suya y su derecho; por eso es que, como heredera e hija más o menos obediente de la teología, se llama metafísica.

Lo que tenemos que considerar aquí son las consecuencias morales de su teoría. Comprobemos primero que su moral, a pesar de su apariencia socialista, es una moral profundamente, exclusivamente individual, después de lo cual no nos será difícil probar que, al tener ese carácter dominante, es, en efecto, la negación de toda moral.

En esta teoría, el alma inmortal e individual de cada hombre, infinita o absolutamente completa por su esencia, y como tal no teniendo absolutamente necesidad de ningún ser, ni de relaciones con otr@s seres para completarse, se encuentra aprisionada y como aniquilada de antemano en un cuerpo mortal. En ese estado de decadencia, cuyas razones sin duda nos quedarán eternamente desconocidas, porque el espíritu humano es incapaz de explicarlas y porque la explicación se encuentra sólo en el misterio absoluto, en Dios; reducida a ese estado de materialidad y de dependencia absoluta frente al mundo exterior, el alma humana tiene necesidad de la sociedad para despertar, para volver en sí, para conocerse y conocer los principios divinos depositados por Dios mismo desde la eternidad en su seno y que constituyen su propia esencia. Tales son el carácter y la parte socialista de esta teoría. Pues las relaciones de hombre a hombre y de cada individu@ human@ con tod@s l@s demás, la vida social en una palabra, no aparecen más que como un medio necesario de desenvolvimiento, como un punto de tránsito, no como el fin; el fin absoluto y último para cada individu@ es él mism@, al margen de todos l@s demás individu@s human@s; es él mism@ en presencia de la individualidad absoluta, ante Dios. Ha tenido necesidad de l@s hombres para salir de su aniquilamiento terrestre para encontrarse de nuevo, para volver a percibir su esencia inmortal, pero, una vez encontrada, al no extraer en lo sucesivo su vida más que de ella misma, le vuelve la espalda y queda sumergida en la contemplación del absurdo místico, en la adoración de su Dios.

Si se conserva entonces aún algunas relaciones con l@s hombres, no es por necesidad moral, ni, en consecuencia, por amor hacia ell@s, porque no se ama más que lo que se necesita y a quien tiene necesidad de nosotr@s; y el hombre que ha encontrado su esencia infinita e inmortal, complet@ en sí mism@, no tiene necesidad más que Dios, que, por un misterio que sólo comprenden l@s metafísic@s, parece poseer una infinitud más infinita y una inmortalidad más inmortal que la de l@s hombres; sostenido en lo sucesivo por la omnisciencia y la omnipotencia divinas, el individu@, recogid@ y libre en sí mism@, no puede tener necesidad de otr@s hombres. Por consiguiente, si continúa guardando algunas relaciones con ell@s, no puede ser más que por dos razones.

Primero, porque en tanto permanezca enfundad@ en su cuerpo mortal, tiene necesidad de comer, de abrigarse, de cubrirse, de defenderse, tanto de la naturaleza exterior como de los ataques de l@s hombres mism@s y cuando es un hombre civilizad@, tiene necesidad de una cantidad de cosas materiales que constituyen la comodidad, el confort, el lujo, y de las cuales algunas, desconocidas por nuestr@s padres, son consideradas hoy por todo el mundo como objetos de primera necesidad. Habría podido muy bien seguir el ejemplo de los santos de los siglos pasados, aislándose en alguna caverna y alimentándose de raíces. Pero parece que eso no está ya en los gustos de l@s sant@s modern@s, que piensan, sin duda, que la comodidad material es necesaria para la salvación del alma. Por consiguiente, tienen necesidad de todas estas cosas; pero esas cosas no pueden ser producidas más que por el trabajo colectivo de l@s hombres: el trabajo aislado de un sol@ hombre

sería incapaz de producir la millonésima parte de ello. De donde resulta que el individu@, en posesión de su alma inmortal y tal y de su libertad interior independiente de la sociedad, el sant@ modern@, tiene materialmente necesidad de esa sociedad, sin necesitarla de ningún modo, desde el punto de vista moral.

¿Peor cuál es el nombre que se debe dar a relaciones que no siendo motivadas más que por las necesidades exclusivamente materiales no se encuentran al mismo tiempo sancionadas, apoyadas por una necesidad moral cualquiera? Evidentemente, no puede haber más que uno solo, es el de explotación. Y en efecto, en la moral metafísica y en la sociedad burguesa que tiene, como se sabe, esa moral por base, cada individu@ se convierte necesariamente en el explotador de la sociedad, es decir, de tod@s, y el Estado teocrático y la monarquía más absoluta hasta la república más democrática basada en el sufragio universal más amplio, no es otra cosa que el regulador y la garantía de esa explotación mutua.

En la sociedad burgues, fundada en la moral metafísica, cada individu@, por la necesidad o por la lógica misma de su posición, aparece como un explotador de l@s demás, porque tiene la necesidad de tod@s materialmente y no tiene necesidad de nadie moralmente. Por tanto, cada un@, huyendo de la solidaridad social como de un estorbo a la plena libertad de su alma, pero buscándola como un medio necesario para el mantenimiento de su cuerpo, no la considera más que desde el punto de vista de su utilidad material, personal, y no le aporta, no le da más que lo que es absolutamente necesario para tener, no el derecho, sino el poder de asegurarse esa utilidad para sí mism@. Cada cual la considera, en una palabra, como lo haría un explotador. Pero aun cuando todos son igualmente explotadores, es preciso que haya en ella felices y desdichad@s, porque toda explotación supone explotad@s.

Hay pues, explotadores, que lo son al mismo tiempo en potencia y en realidad; y otr@s, el mayor número, el pueblo, que no lo son solamente más que en potencia, en el querer, pero no en realidad. Realmente son l@s etern@s explotad@s. En economía social, he ahí a qué lleva la moral metafísica o burguesa: a una guerra sin tregua ni cuartel entre tod@s l@s individu@s, a una guerra encarnizada en que aparece el mayor número para asegurar el triunfo y la prosperidad de una minoría.

La segunda razón que puede inducir a un individu@, llegado a la plena posesión de sí mism@, a conservar relaciones con l@s otr@s hombres, es el deseo de agradar a Dios y el deber de cumplir su segundo mandamiento; el primero es amar a Dios más que a sí mism@, y el segundo amar a l@s hombres, al prójim@ como a sí mism@, por amor a Dios, todo el bien que desee un@ que le hagan.

Notad estas palabras: «por amor a Dios»; expresan perfectamente el carácter del único amor humano posible en la moral metafísica, que consiste precisamente en no amar a l@s hombres por sí, por su propia necesidad, sino sólo para complacer al amo soberano. Por lo demás, debe ser así; porque desde el momento que la metafísica admite la existencia de un Dios y las relaciones del hombre con Dios, debe, como la teología, subordinarle todas las relaciones humanas. La idea de Dios destruye todo lo que no es Dios, reemplazando todas las realidades humanas y terrestres por ficciones divinas.

En la moral metafísica, como he dicho, el hombre llegad@ a la conciencia de su alma inmortal y de su libertad individual ante Dios y en Dios no puede amar a l@s hombres, porque moralmente no tiene necesidad de ello, y porque no se puede amar, he añadido aún, más que lo que tiene necesidad de nosotr@s.

Si creemos a los teólogos y a l@s metafísic@s, la primera condición es perfectamente cumplida en las relaciones del hombre con Dios, porque pretenden que el hombre no puede pasarse sin Dios. El hombre, pues, puede y debe amar a Dios, puesto que tiene tanta necesidad de él. En cuanto a la segunda condición, la de no podert amar más que lo que tiene necesidad de ese amor, no se encuentra realizada en las relaciones del hombre con Dios. Sería una impiedad decir que Dios puede tener necesidad del amor de l@s hombres. Porque tener necesidad significa carecer de una cosa que es necesaria a la plenitud de la existencia; es, pues, una manifestación de debilidad, una opinión de pobreza. Dios, absolutamente completo en sí, no puede tener necesidad de nadie, ni de nada. No teniendo ninguna necesidad del amor de l@s hombres, no puede amarl@s; lo que se llama su amor hacia l@s hombres no es más que su aplastamiento absoluto, semejante y naturalmente más formidable aún que aquel que el poderoso emperador de Alemania ejercita hoy respecto de tod@s sus súbdit@s. El amor de l@s hombres hacia Dios se parece también mucho al de l@s alemanes hacia este monarca, tan poderoso hoy, que, después de Dios, no conocemos poder más grande que el suyo.

El amor verdadero, real, expresión de una necesidad mutua e igual, no puede existir más que entre iguales. El amor del

superior al inferior es el aplastamiento, la opresión, el desprecio; es el egoísmo, el orgullo, la vanidad triunfantes en el sentimiento de una grandeza fundada sobre el rebajamiento ajeno. El amor del inferior al superior es la humillación, los terrores y las esperanzas del esclav@ que espera de su am@ la desgracia o la dicha.

Tal es el carácter del llamado amor de Dios hacia l@s hombres y de l@s hombres hacia Dios. Es el despotismo de uno y la esclavitud de l@s otr@s. ¿Qué significan, pues, estas palabras: amar a l@s hombres y hacerles bien por amor de Dios? Es tratarl@s como Dios quiere que sean tratad@s. ¿Y cómo quiere que sean tratad@s? Como esclav@s. Dios, por su naturaleza, está obligado a tratarl@s así. Siendo él mismo el amo absoluto, está obligado a considerarl@s como esclav@s absolut@s; considerándol@s como tales, no puede obrar de otro modo que tratándol@s como tales. Para emanciparl@s no tendría más que un solo medio: abdicar, anularse y desaparecer. Pero eso equivaldría a exigir demasiado de su omnipotencia. Puede, para conciliar el amor extraño que siente hacia l@s hombres, con su eterna justicia, no menos singular, sacrificar su único hijo, como nos cuenta el Evangelio; pero abdicar, suicidarse por amor a l@s hombres no lo hará nunca a menos que se le obligue a ello mediante la crítica científica. En tanto que la fantasía crédula de l@s hombres le permita existir, será siempre soberano absoluto, amo de esclav@s. Es, pues, evidente que para tratar a l@s hombres según Dios es el amor a su esclavitud. Yo, individuo inmortal y completo, gracias a Dios, y que me siento libre precisamente porque soy esclavo de Dios, no tengo necesidad de ningún hombre para hacer más completa mi existencia intelectual y moral, pero conservo mis relaciones con ell@s para obedecer a Dios, al amarl@s por amor a Dios, al tratarl@s como Dios, quiero que sean esclav@s de Dios como yo mismo. Por tanto, si agrada al amo soberano elegirme para hacer prevalecer su voluntad sobre la tierra, sabré obligarl@s a ello. Tal es el verdadero carácter de lo que l@s adoradores de Dios, sincer@s y seri@s, llaman su amor humano. No es tanto la abnegación de l@s que aman como el sacrifico forzado de aquell@s que son objeto o más bien víctimas de ese amor. No es su emancipación, es su servidumbre para mayor gloria de Dios. Y es así cómo la autoridad divina se transforma en autoridad humana y cómo la Iglesia funda el Estado.

Según la teoría, tod@s l@s hombres deberían servir a Dios de esa manera. Pero se sabe, tod@s son l@s llamad@s, pero poc@s l@s elegid@s. Y por lo demás, si tod@s fuesen igualmente capaces de cumplirlo, es decir, si to@s hubiesen llegado al mismo grado de perfección intelectual y moral, de santidad y de libertad en Dios, ese servicio mismo se volvería inútil. Si es necesario, es que la inmensa mayoría de l@s individu@s human@s no han llegado a ese punto, de donde resulta que esa masa aún ignorante y profana debe ser amada y tratada según Dios, es decir, gobernada, subyugada por una minoría de sant@s que, de una manera o de otra, Dios no deja nunca de elegir por sí mismo y de situar en una posición privilegiada que les permita cumplir ese deber[2].

La frase sacramental para el gobierno de las masas populares, para su propio bien sin duda, pare la salvación de sus almas si no la de sus cuerpos, en los Estados teocráticos y aristocráticos, l@s sant@s y l@s nobles, y en los estatutos doctrinarios, liberales, hasta republicanos y basados sobre el sufragio universal, para l@s inteligentes y l@s ric@s, es la misma: "Todo por el pueblo, nada para el pueblo". Lo que significa que l@s sant@s, l@s nobles, o bien las gentes privilegiadas desde el punto de vista de la inteligencia científicamente desarrollada o desde el de la riqueza, mucho más próximos al ideal o a Dios, dicen un@s a la razón, a la justicia y a la verdadera libertad, dicen otr@s, que las masas populares, tienen la sante y noble misión de conducirlas. Sacrificando sus intereses y descuidando sus propios asuntos, deben consagrarse a la dicha de su hermano menor, el pueblo. El gobierno no es un placer, es un penoso deber: no se busca en él la satisfacción, sea de la ambición, sea de la vanidad, sea de la avidez personal, sino sólo la ocasión de sacrificarse en beneficio de todo el mundo. Por eso, sin duda, el número de l@s que compiten por las funciones oficiales es siempre tan pequeño, y por eso, reyes y ministr@s, grandes y pequeñ@s funcionari@s, no aceptan el poder más que a disgusto.

Tales son, pues, en la sociedad concebida según la teoría de l@s metafísic@s, los dos géneros diferentes, y aun opuestos, de relaciones que pueden existir entre l@s individu@s. El primero es el de la explotación y el segundo el del gobierno. Si es verdad que gobernar significa sacrificarse por el bien de aquell@s a quienes se gobierna, esta segunda relación está, en efecto, en plena contradicción con la primera, con la explotación. Pero entendámonos. Según la teoría ideal, sea teológica, sea metafísica, estas palabras, el bien de las masas, no pueden significar su bienestar terrestre, ni su dicha temporal; ¿qué importan algunas docenas de años de vida terrestre en comparación con la eternidad? Se debe, pues, gobernar a las masas,

no a la vista de esa felicidad grosera que nos dan las potencias materiales de la tierra, sino a la de la salvación eterna. Las privaciones y los sufrimientos materiales pueden ser aún considerados como una falta de educación, habiéndose demostrado que demasiados goces corporales matan el alma inmortal. Pero entonces la contradicción desaparece: explotar y gobernar significan la misma cosa, lo uno complementa lo otro y le sirve finalmente de medio y de fin.

Explotación y gobierno, el primero por dar los medios para gobernar, y constituir la base necesaria y el fin de todo gobierno, que a su vez legaliza y garantiza el poder de explotar, son los términos inseparables de todo lo que se llama política. Desde el principio de la historia han formado propiamente la vida real de los Estados: teocráticos, monárquicos, aristocráticos y hasta democráticos. Anteriormente y hasta la gran revolución de fines del siglo XVIII, su alianza íntima había sido enmascarada por las ficciones religiosas, legales y caballerescas; pero desde que la mano brutal de la burguesía desgarró todos los velos, por lo demás pasablemente transparentes, desde que su soplo revolucionario disipó todas sus vanas imaginaciones, tras las cuales la Iglesia y el Estado, la teocracia, la monarquía y la aristocracia habían podido realizar tan largo tiempo, tranquilamente, todas sus ignominias históricas; desde que la burguesía, cansada de ser yunque se convirtió en martillo a su vez; desde que inauguró el Estado moderno, en una palabra, esa alianza fatal se ha convertido para tod@s en una verdad revelada e indiscutible.

La explotación es el cuerpo visible, y el gobierno es el alma del regimén burgués. Y, como acabamos de verlo, uno y otro, en esa alianza tan íntima, son desde el punto de vista histórico, tanto como práctico, la expresión necesaria y fiel del idealismo metafísico, la consecuencia inevitable de esa doctrina burguesa que busca la libertad y la moral de l@s individu@s fuera de la solidaridad social. Esta doctrina culmina en el gobierno explotador de un pequeño número de dichos@s o de elegid@s, en la esclavitud explotada del gran número, y para tod@s, en la negación de toda moralidad y de toda libertad.



Después de haber mostrado cómo el idealismo, partiendo de las ideas absurdas de Dios, de la inmortalidad de las almas, de la libertad primitiva de l@s individu@s y de su moral independiente de la sociedad, llega fatalmente a la consagración de la esclavitud y de la inmoralidad, debo mostrar ahora cómo la ciencia real, el materialismo y el socialismo –este segundo término es, por otra parte, más que el justo y completo desenvolvimiento del primero–, precisamente porque toman por punto de partida la naturaleza material y la esclavitud natural y primitiva de l@s hombres y porque se obligan por eso mismo a buscar la emancipación de l@s hombres, no fuera, sino en el seno mismo de la sociedad, no contra ella, sino por ella, deben culminar también necesariamente en el establecimiento de la más amplia libertad de l@s individu@s y de la moralidad humana.

[El manuscrito se interrumpe aquí.]

[1] La primera edición de Dios y el Estado terminaba en la página anterior. Nettlau halló el texto que se presenta aquí, y que, ocupando las páginas 286 a 340 del manuscrito, aparecían como nota a la frase: "[el Estado] Limita la libertad de cada un@ en nombre de la libertad de tod@s, los intereses individuales de caca un@ en nombre del interés colectivo de la sociedad entera". Todo lo que sigue, añade Nettlau, está escrito como nota (Oeuvres, I, páginas 295-296, n. 1). Sin embargo Nettlau publica esta nota, exclusivamente, en este tomo I de las Oeuvres (pp. 291-357, ed. 1972) sin el texto propiamente dicho, el anterior, titulándolo Dios y el Estado (Extracto del Manuscrito inédito), lo que sin duda resultó confuso; la ed. Argentina de Proyección, p. e., se abre con estas páginas. (Nota del editor).

[2] en los buenos tiempos idos, cuando la fe cristiana, no quebrantada aún, y representada principalmente por la iglesia católica y romana, florecía en todo su poder, Dios no tenía dificultad alguna para designar a sus elegid@s. Se sabía que tod@s l@s soberan@s, grandes y pequeñ@s, reinaban por la gracia de Dios, amenos que hubiesen sido excolmugad@s; la nobleza fundaba sus privilegios en la bendición de la santa Iglesia. El protestantismo mismo, que, bien a su pesar, sin duda, ha contribuido poderosamente a la destrucción de la fe, bajo este aspecto al menos ha dejado perfectamente intacta la doctrina cristiana: "Todas las autoridades –ha repetido con el apóstol San Pablo– vienen de Dios". Ha reforzado también la autoridad del soberan@ proclamando que procedía inmediatamente de Dios, sin tener necesidad de la intervención de la Iglesia, y subordinándole, al contrario, esta última, unida a la revolución burguesa, dieron un golpe tan mortal a la fe y derribaron todas las instituciones fundadas en esa fe, la doctrina de la autoridad no se restablece sin esfuerzos en la conciencia de l@s hombres. L@s soberan@s actuales continúan diciéndose "por la gracia de Dios", pero esas palabras, que antes tenían una significación tan palpitante de vida, tan poderosa, tan real, no son ya consideradas por las clases inteligentes y aun por una parte del pueblo mismo, más que como una frase envejecida y trivial, que no significa en el fondo absolutamente nada. Napoleón III había tratado de rejuvenecerla en él, añadiéndole esta otra frase: "y por voluntad del pueblo", que agregada a la primera, o bien se anula y la anula al mismo tiempo, o bien significa que todo lo que el pueblo quiere, lo quiere Dios. Queda por saber qué quiere el pueblo y cuál es el órgano que expresa más fielmente esa voluntad. L@s demócratas radicales se

imaginaban que es siempre la asamblea elegida por el sufragio universal. Otr@s, aún más radicales, añaden a ella el referéndum, la votación inmediata del pueblo entero, a cada nueva ley un poco importante. Tod@s, conservadores, liberales, radicales moderad@s y radicales extrem@s están de acuerdo sobre pueblo entero, a cada nueva ley un poco importante. Tod@s, conservadores, liberales, radicales moderad@s y radicales extrem@s están de acuerdo sobre este punto: que el pueblo sea gobernado, sea que elija él mismo sus directores y am@s. Privado de inteligencia, es preciso que se deje conducir por l@s que la tienen.

Mientras que en los siglos pasados se reclamaba la autoridad ingenuamente, en nombre de Dios, se la reclama hoy, doctrinariamente, en nombre de la inteligencia; no son ya los sacerdotes de una religión decaída, sino l@s sacerdotes patentad@s de una inteligencia doctrinaria l@s que reclaman el poder, y eso en una época en que esa inteligencia va evidentemente a la bancarrota. Porque l@s hombres instruid@s ya sabi@s, en general, lo que se llama clases instruidas, no demostraron nunca una degradación moral semejante, una tal cobardía, un tal egoísmo y una ausencia tan completa de convicciones como en nuestros días. A fuerza de cobardía, a pesar de toda su ciencia, todo@s han permanecido estúpid@s, no comprendiendo nada más que la conservación de lo que existe, esperando locamente detener el curso de la historia por la fuerza brutal de la dictadura militar, ante la cual están hoy miserablemente posternad@s.

Como antes los representantes de la inteligencia y de la autoridad divinas, la Iglesia y los sacerdotes se habían aliado demasiado evidentemente en la explotación económica de las masas, lo que fue también la causa principal de su decadencia, lo mismo hoy, l@s representantes de la inteligencia y de la autoridad humanas, el Estado, el cuerpo de l@s sabi@s, y de las clases instruidas se han identificado demasiado evidentemente con esa obra de explotación cruel e inicua, para heber podido conservar la menor fuerza moral, el menor prestigio. Condenad@s por su propia conciencia, se sienten desenm, ascarad@s, y no tienen otros recursos, ante el desprecio que saben muy bien que han merecido, que la argumentación feroz de la violencia organizada y armada. Esa organización fundada sobre tres cosas detestables: burocracia, policía y ejército permanente, he ahí lo que constituye hoy el Estado, el cuerpo visible de la inteligencia explotadora y doctrinaria de las clases privilegiadas.

Contra esa inteligencia corruptora y moribunda, una nueva inteligencia joven, vigorosa, llena de porvenir y de vida, sin duda no desarrollada aún científicamente, pero que aspira a la ciencia nueva, libre de todas las tonterías de la metafísica y de la teología, se despierta y se forma en las masas populares. Esa inteligencia no tendrá ni profesores patentad@s, ni profetas, ni sacerdotes, sino que, encendiéndose en cada un@ y en tod@s, no fundará ni Iglesia nueva ni estado nuevo; destruirá hasta los últimos vestigios de ese principado fatal y maldito de la autoridad, tanto humana como divina, y al dar su plena libertad a cada un@, realizará la igualdad, la solidaridad y la fraternidad del género humano.



DE LA NATURALEZA HISTORICA DEL ESTADO[1]

En el fondo, la conquista no sólo es el origen, es también el fin supremo de todos los Estados grandes o pequeños, poderosos o débiles, despóticos o liberales, monárquicos o aristocráticos, democráticos y socialistas también, suponiendo que el ideal de l@s socialistas alemanes, el de un gran Estado comunista, se realice alguna vez.

Que tal fue el punto de partida de todos los Estados, antiguos y modernos, no podrá ser puesto en duda por nadie, puesto que cada página de la historia universal lo prueba suficientemente. Nadie negará tampoco que los grandes Estados actuales tienen por objeto, más o menos confesado, la conquista. Pero los Estados medianos y sobre todo los pequeños, se dirá, no piensan más que en defenderse y sería ridículo por su parte soñar en la conquista.

Todo lo ridículo que se quiera, pero sin embargo es su sueño, como el sueño del más pequeñ@ campesin@ propietari@ es redondear sus tierras en detrimento del vecin@; redondearse, crecer, conquistar a todo precio y siempre, es una tendencia fatalmente inherente a todo Estado, cualquiera que sea su extensión, su debilidad o su fuerza, porque es una necesidad de su naturaleza. ¿Qué es el Estado si no la organización del poder? Pero en la naturaleza de todo poder está la imposibilidad de soportar un superior o un igual, pues el poder no tienen otro objeto que la dominación, y la dominación no es real más que cuando le está sometido todo lo que la obstaculiza; ningún poder tolera otro más que cuando se siente impotente para destruirlo o derribarlo. El solo hecho de un poder igual es la negación de un principio y una amenaza perpetua contra su existencia; porque es una manifestación y una prueba de su impotencia. Por consiguiente, entre todos los Estados que coexisten uno junto a otro, la guerra es permanente y su paz no es más que una tregua.

Está en la naturaleza del Estado el presentarse tanto con relación a sí mismo como frente a sus súbdit@s, como el objeto absoluto. Servir a su prosperidad, a su grandeza, a su poder, ésa es la virtud suprema del patriotismo. El Estado no reconoce otra, todo lo que le sirve es bueno, todo lo que es contrario a sus intereses es declarado criminal; tal es la moral de los Estados.

Por eso la moral política ha sido en todos los tiempos, no sólo extraño, sino absolutamente contraria a la moral humana. Esa contradicción es una consecuencia inevitable de su principio: no siendo el Estado más que una parte, se coloca y se impone como el todo; ignora el derecho de todo lo que, no siendo él mismo, se encuentra fuera de él, y cuando puede, sin peligro, lo viola. El Estado es la negación de la humanidad.

¿Hay un derecho humano y una moral humana absolutos? En los tiempos que corren y viendo todo lo que pasa y se hace en Europa hoy, se ve un@ forzad@ a plantearse esta cuestión.

Primeramente, ¿existe lo absoluto, y no es todo relativo en este mundo? Respecto de la moral y del derecho lo que se llamaba ayer derecho ya no lo es hoy, y lo que parece moral en China puede no ser considerado tal en Europa. Desde este punto de vista cada país, cada época no deberían ser juzgados más que desde el punto de vista de las opiniones contemporáneas y locales, y entonces no habría ni derecho humano universal ni moral humana absoluta.

De este modo, después de haber soñado lo uno y lo otro, después de haber sido metafísic@s o cristian@s, vuelt@s hoy positivistas, deberíamos renunciar a ese sueño magnífico para volver a caer en las estrecheces morales de la antigüedad, que ignoran el nombre mismo de la humanidad, hasta el punto de que tod@s l@s dioses no fueron más que dioses exclusivamente nacionales y accesibles sólo a los cultos privilegiados.

Pero hoy que el cielo se ha vuelto un desierto y que tod@s l@s dioses, incluso naturalmente, el Jehová de l@s judí@s, se hallan destronad@s, hoy sería eso poco todavía: volveríamos a caer en el materialismo craso y brutal de Bismarck, de Thiers y de Federico II, de acuerdo con los cuales Dios setá siempre de parte de los grandes batallones, como dijo excelentemente este último: el único objeto digno de culto, el principio de toda moral, de todo derecho, sería la fuerza; ésa es la verdadera religión del Estado.

¡Y bien, no! Por ate@s que seamos y precisamente porque somos ate@s, reconocemos una moral humana y un derecho humano absolutos. Sólo que se trata de entenderse sobre la significación de esa palabra absoluto. Lo absoluto universal, que abarca la totalidad infinita de los mundos y de l@s seres, no lo concebimos, porque no sólo somos incapaces de percibirlo con nuestros sentidos, sino que no podemos siquiera imaginarlo. Toda tentativa de este género nos volvería a llevar al vacío, tan amado por l@s metafísic@s, la abstracción absoluta.

Lo absoluto de que nosotr@s hablamos es un absoluto muy relativo y en particular relativo exclusivamente para la especie humana. Esta última está lejos de ser eterna: nacida sobre la tierra, morirá con ella, quizá antes que ella, dejando el puesto, según el sistema de Darwin, a una especie más poderosa, más completa, más perfecta. Pero en tanto que existe, tiene un principio que le es inherente y que hace que sea precisamente lo que es: es ese principio el que constituye, en relación a ella, lo absoluto. Veamos cuál es ese principio.

De tod@s l@s seres viv@s sobre esta tierra, el hombre es a la vez el más social y el más individualista. Es sin contradicción también el más inteligente. Hay tal vez animales que son más sociales que él, por ejemplo, las abejas, las hormigas; pero en cambio, son tan poco individualistas que l@s individu@s que pertenecen a esas especies están absolutamente absorvid@s por ellas y como aniquilad@s en su sociedad; son todo para la colectividad, nada o casi nada para sí mism@s. Parece que existe una ley natural, conforme a la cual cuanto más elevada es una especie de animales en la escala de l@s seres, por su organización más compleja, tanto más amplitud, libertad e individualidad otorga a cada un@. Los animales feroces, que ocupan incontestablemente el rango más elevado, son individualistas en un grado supremo.

El hombre, animal feroz por excelencia, es el más individualista de tod@s. Pero al mismo tiempo -ty este es uno de sus rasgos distintivos– es eminente, instintiva y fatalmente socialista. Esto es de tal modo verdadero que su inteligencia misma, que lo hace tan superior a tod@s l@s seres viv@ y que lo constituye en cierto modo en el am@ de tod@s, no puede desarrollarse y llegar a la conciencia de sí mism@ más que en sociedad y por el concurso de la colectividad entera.

Y en efecto, sabemos muy bien que es imposible pensar sin palabras: al margen o antes de la palabra pudo muy bien haber representaciones o imágenes de las cosas, pero no hubo pensamientos. El pensamiento vive y se desarrolla solamente con la palabra. Pensar es, pues, hablar mentalmente consigo mism@. Pero toda conversación supone al menos dos personas, la una sois vosotr@s, ¿quién es la otra? Es todo el mundo humano que conocéis.

El hombre, en tanto que individu@ animal, como l@s animales de todas las otras especies, desde el principio y desde que comienza a respirar, tiene el sentimiento inmediato de su existencia individual; pero no adquiere la conciencia reflexiva de sí, conciencia que constituye propiamente su personalidad, más que por medio de la inteligencia, y por consiguiente sólo en la sociedad. Vuestra personalidad más íntima, la conciencia que tenéis de vosotr@s mism@s en vuestro fuero interno, no es en cierto modo más que el reflejo de vuestra propia imagen, repercutida y enviada de nuevo como por otros tantos espejos por la conciencia tanto colectiva como individual de tod@s l@s seres human@s que componen vuestro mundo social. Cada hombre que conocéis y con el cual os halláis en relaciones, sean directas sean indirectas, determinan más o menos vuestro ser más íntimo, contribuye a haceros lo que sois, a constituir vuestra personalidad. Por consiguiente, si estáis rodead@s de esclav@s, aunque seáis su am@, no dejáis de ser un esclav@, pues la conciencia de l@s esclav@s no puede enviaros sino vuestra imagen envilecida. La imbecilidad de tod@s os imbeciliza, mientras que la inteligencia de tod@s os ilumina, os eleva; los vicios de vuestro medio social son vuestros vicios y no podríais ser hombres realmente libres sin estar rodead@s de hombres igualmente libres, pues la existencia de un solo esclav@ basta para aminorar vuestra libertad. En la inmortal declaración de los derechos del hombre, hecha por la Convención Nacional, encontramos expresada claramente esa verdad sublime, que la esclavitud de un solo ser human@ es la esclavitud de tod@s.

Contienen toda la moral humana, precisamente lo que hemos llamado la moral absoluta, absoluta sin duda en relación sólo a la humanidad, no en relación al resto de l@s seres, menos aún en relación a la totalidad infinita de los mundos, que nos es eternamente desconocida. La encontramos en germen más o menos en todos los sistemas de moral que se han producido en la historia y de los cuales fue en cierto modo como la luz que por lo demás no se ha manifestado, con mucha frecuencia, más que por reflejos tan inciertos como imperfectos. Todo lo que vemos de absolutamente verdadero, es decir, de humano, no es debido más que a ella.

¿Y cómo habría de ser de otra manera, si todos los sistemas de moral que se desarrollaron sucesivamente en el pasado, lo mismo que todos los demás desenvolvimientos del hombre, incluso los teológicos y metafísicos, no tuvieron jamás otra fuente que la naturaleza humana, no han sido sus manifestaciones más o menos imperfectas? Pero esta ley moral que llamamos absoluta, ¿qué es sino la expresión más pura, la más completa, la más adecuada, como dirían l@s metafísic@s, de esa misma naturaleza humana, esencialmente socialista e individualista a la vez?

El defecto principal de los sistemas de moral enseñados en el pasado, es haber sido exclusivamente socialistas o exclusivamente individualistas. Así, la moral cívica, tal como nos ha sido transmitida por l@s grig@s y l@s roman@s, fue una moral exclusivamente socialista, en el sentido que sacrifica siempre la individualidad a la colectividad: sin hablar de las miríadas de esclav@s que constituían la base de la civilización antigua, que no eran tenid@s en cuenta más que como cosas, la individualidad del ciudadan@ grieg@ o roman@ mism@ fue siempre patrióticamente inmolada en beneficio de la colectividad constituida en Estado. Cuando l@s ciudadan@s cansad@s de esa inmolación permanente, se rehusaron al sacrificio, las repúblicas griegas primero, y después las romanas, se derrumbaron. El despertar del individualismo causó la muerte de la antigüedad.

Ese individualismo encontró su más pura y completa expresión en las religiones monoteístas, en el judaísmo, en el mahometanismo y en el cristianismo sobre todo. El Jehová de l@s judí@s se dirige aún a la colectividad, al menos bajo ciertas relaciones, puesto que tiene un pueblo elegido, pero contiene ya todos los gérmenes de la moral exclusivamente individualista.

Tenía que ser así: l@s dioses de la antigüedad griega y romana no fueron, en último análisis, más que los símbolos, los representantes supremos de la colectividad dividida, del Estado. Al adorarl@s, se adoraba al Estado, y toda la moral que fue enseñada en su nombre no pudo, por consiguiente, tener otro objeto que la salvación, la grandeza y la gloria del Estado.

El Dios de l@s judí@s, déspota, envidioso, egoísta y vanidoso si los hay, se cuidó bien, de no identificar, sino sólo de mezclar su terrible persona con la colectividad de su pueblo elegido, elegido para servirle de alfombra predilecta a lo sumo, pero no para que se atreviera a levantarse hasta él. Entre él y su pueblo hubo siempre un abismo. Por otra parte, no admitiendo otro objeto de adoración que él mismo, no podía soportar el culto al Estado. Por consiguiente, de l@s judí@s, tanto colectiva como individualmente, no exigió nunca más que sacrificios para sí, jamás para la colectividad o para la grandeza y la gloria del Estado.

Por lo demás, los mandamientos de Jehová, tal como nos han sido transmitidos por el decálogo, no se dirigen casi exclusivamente más que al individu@: no constituyen excepción más que aquellos cuya ejecución supera las fuerzas del individu@ y exige el concurso de tod@s; por ejemplo: la orden tan singularmente humana que incita a l@s judí@s a extirpar hasta el último, incluyendo mujeres y niñ@s, a tod@s l@s pagan@s que encuentren en la tierra prometida, orden verdaderamente digna del padre de nuestra santa trinidad cristiana, que se distingue, como se sabe, por su amor exuberante hacia esta pobre especie humana.

Todos los otros mandamientos no se dirigen más que al individu@; no mataras (exceptuados los casos nuy frecuentes en que te ordene yo mismo, habría debido añadir); no robarás ni la propiedad ni la mujer ajenas (siendo considerada esta última como una propiedad también); respetaras a tus padres. Pero sobre todo me adorarás a mí, el Dios envidioso, egoísta, vanidoso y terrible, y si no quieres incurrir en mi cólera, me cantarás alabanzas y te prosternarás eternamente ante mí.

En el mahometanismo no existe ni la sombra del colectivismo nacional y restringido que domina en las religiones antiguas y del que se encuentran siempre algunos débiles restos hasta en el culto judaíco. El Corán no conoce pueblo elegido; tod@s l@s creyentes, a cualquier nación o comunidad que pertenezcan, son individualmente, no colectivamente, elegid@s de Dios. Así, los califas, sucesores de Mahoma, no se llamarán nunca sino jefes de l@s creyentes.

Pero ninguna religión impulsó tan lejos el culto del individualismo como la religión cristiana. Ante las amenazas del infierno y las promesas absolutamente individuales del paraíso, acompañadas de esta terrible declaración que entre l@s much@s llamad@s no habrá sino muy poc@s elegid@, la religión cristiana provoca un desorden, un general sálvese quien pueda; una especie de carrera con apuestas en que cada cual era estimulad@ sólo por una preocupación única, la de salvar su propia almita. Se comprende que una religión tal haya podido y debido dar el golpe de gracia a la civilización antigua, fundada exclusivamente en el culto a la colectividad, a la patria, al Estado y disolver todos sus organismos, sobre todo en una época en que moría ya de vejez. ¡El individualismo es un disolvente tan poderoso! Vemos la prueba de ello en el mundo burgués actual.

A nuestro modo de ver, es decir nuestro punto de vista de la moral humana, todas las religiones monoteístas, pero sobre todo la religión cristiana, como la más completa y la más consecuente de todas, son profunda, esencial, principalmente

inmorales: al crear su Dios, ha proclamado la decadencia de tod@s l@s hombres, de l@s cuales no admitieron solidaridad más que en el pecado; y al plantear el principio de la salvación exclusivamente individual, han renegado y destruido, tanto como les fue posible hacerlo, la colectividad humana, es decir, el principio mismo de la humanidad.

No es extraño que se haya atribuido al cristianismo el honor de haber creado la idea de la humanidad, de la que, por el contrario, fue el negador más completo y más absoluto. Bajo un aspecto pudo reivindicar este honor, pero solamente bajo uno: ha contribuido de una manera negativa, cooperando poderosamente a la destrucción de las colectividades restringidas y parciales de la antigüedad, apresurando la decadencia natural de las patrias y de las ciudades que, habiendo divinizado en sus dioses, formaban un obstáculo a la constitución de la humanidad; pero es absolutamente falso decir que el cristianismo haya tenido jamás el pensamiento de constituir esta última, o que haya comprendido o siquiera presentido lo que llamamos hoy la solidaridad de l@s hombres, ni la humanidad, que es una idea completamente moderna, entrevista por el Renacimiento, pero concebida y enunciada de una manera clara y precisa sólo en el siglo XVIII.

El cristianismo no tiene absolutamente nada que hacer con la humanidad, por la sencilla razón de que tiene por objeto único la divinidad, pues una excluye a la otra. La idea de la humanidad reposa en la solidaridad fatal, natural, de tod@s l@s hombres. Pero el cristianismo, como hemos dicho, no reconoce esa solidaridad más que en el pecado, y la rechaza absolutamente en la salvación, en el reino de ese Dios que sobre much@s llamad@s no hace gracia más que a muy poc@s elegid@s, y que en su justicia adorable, impulsado sin duda por ese amor infinito que lo distingue, antes incluso de que l@s hombres hubiesen nacido sobre esta tierra, había condenado a la inmensa mayoría a los sufrimientos eternos del infierno, y eso para castigarl@s por un cometido, no por ell@s mism@s, sino por sus antepasad@s primer@s, que estuvieron obligad@s a cometerlo: el pecado de infligir un desmentido a la presciencia divina.

Tal es la lógica santa y la base de toda moral cristiana. ¿Qué tiene que ver con la lógica y la moral humanas?

En vano se esforzarán por probarnos que el cristianismo reconoce la solidaridad de l@s hombres, citándonos fórmulas del Evangelio que parecen preferir el advenimiento de un día en que no habrá más que un solo pastor y un solo rebaño; en que se nos mostrará la Iglesia católica romana, que tiende incesantemente a la realización de ese fin por la sumisión del mundo entero al gobierno del Papa. La transformación de la humanidad entera en un rebaño, así como la realización, felizmente imposible, de esa monarquía universal y divina no tiene absolutamente nada que ver con el principio de la solidaridad humana, que es lo único que constituye lo que llamamos humanidad. No hay ni sombra de esa solidaridad en la sociedad tal como la sueñan l@s cristian@s y en la cual no se es nada por la gracia de l@s hombres, sino todo por la gracia de Dios, verdadero rebaño de carneros disgregados y que no tienen ni deben tener ninguna relación inmediata y natural entre sí, hasta el punto que les está prohibido unirse para la reproducción de la especie sin el permiso o la bendición de su pastor, pues sólo el sacerdote tiene derecho a casarlos en nombre de ese Dios que forma el único rasgo de una unión legítima entre ellos: separad@s fuera de él, l@s cristian@s no se unen ni pueden unirse más que en él. Fuera de esa sanción divina, todas las relaciones humanas, aun los lazos de la familia, son alcanzados por la maldición general que afecta a la creación; son reprobados la ternura de l@s padres, de l@s espos@s, de l@s hij@s, la amistad fundada en la simpatía y en la estima recíprocas, el amor y el respeto de l@s hombres; la pasión por lo verdadero, lo justo y lo bueno; la de la libertad, y la más grande de todas, la que implica todas las demás, la pasión por la humanidad; todo eso es maldito y no podría ser rehabilitado más que por la gracia de Dios. Todas las relaciones de hombre a hombre deben ser sacrificadas por la intervención divina; pero esa intervención las desnaturaliza, las desmoraliza, las destruye. Lo divino mata lo humano y todo el culto cristiano no consiste propiamente más que en esa inmolación perpetua de lo humano en honor de la divinidad.

Que no se objete que el cristianismo ordena a l@s niñ@s amar a sus padres, a l@s padres amar a l@s hij@s, a l@s espos@s afeccionarse mutuamente. Sí, les manda eso, pero no les permite amarlo inmediata, naturalmente y por sí mism@s, sino sólo en Dios y por Dios; no admite todas esas relaciones actuales más que a condición de que Dios se encuentre como tercero, y ese terrible tercero mata las uniones. El amor divino aniquila el amor humano. El cristianismo ordena, es verdad, amar al prójim@ como a nosotr@s mism@s, pero nos ordena al mismo tiempo amar a Dios más que a nosotr@s mism@s y por consiguiente también más que al prójim@, es decir sacrificarle el prójim@ por nuestra salvación, porque al fin de cuentas el cristian@ no adora a Dios más que por la salvación de su alma.

Aceptando a Dios, todo eso es rigurosamente consecuente: Dios es lo infinito, lo absoluto, lo eterno, loomnipotente; el hombre es lo finito, lo impotente. En comparación con Dios, bajo todos los aspectos, no es nada. Sólo lo divino es justo, verdadero, dichoso y bueno, y todo lo que es humano en el hombre debe ser por eso mismo declarado falso, inicuo, detestable y miserable. El contacto de la divinidad con esa pobre humanidad debe devorar, pues, necesariamente, consumir, aniquilar todo lo que queda de humano en l@s hombres.

La intervención divina en los asuntos humanos no ha dejado nunca de producir efectos excesivamente desastrosos. Pervierte todas las relaciones de l@s hombres entre sí y reemplaza su solidaridad natural por la práctica hipócrita y malsana de las comunidades religiosas, en las que bajo las apariencias de caridad, cada cual piensa sólo en la salvación de su alma, haciendo así, bajo pretexto de amor divino, egoísmo humano excesivamente refinado, lleno de ternura para sí y de indiferencia, de malevolencia y hasta de crueldad para el prójim@. Eso explica la alianza íntima que ha existido siempre entre el verdugo y el sacerdote, la alianza francamente confesada por el célebre paladín del ultramontanismo, Joseph de Maistre[2], cuya pluma elocuente, después de haber divinizado al Papa, no dejó de rehabilitar al verdugo; uno era, en efecto, el complemento del otro.

Pero no es sólo en la Iglesia católica donde existe y se produce esa ternura excesiva hacia el verdugo. Los ministros sinceramente religiosos y creyentes de los diferentes cultos protestantes, ¿no han protestado unánimemente en nuestros días contra la abolición de la pena de muerte? No cabe duda que el amor divino mata el amor de l@s hombres en los corazones que están penetrados de él; tampoco cabe duda que todos los cultos religiosos en general, pero entre ellos el cristianismo sobre todo, no han tenido jamás otro objeto que el sacrificio de l@s hombres a l@s dioses. Y entre todas las divinidades de que nos habla la historia, ¿hay una sola que haya hecho verter tantas lágrimas y sangre como ese buen Dios de l@s cristian@s o que haya pervertido hasta tal punto las inteligencias, los corazones y todas las relaciones de l@s hombres entre sí?

Bajo esta influencia malsana, el espíritu se eclipsó y la investigación ardiente de la verdad se transformó en un culto complaciente a la mentira; la dignidad humana se envilecía, el hombre [una palabra ilegible en el original] se hacía un traidor; la bondad, cruel; la justicia, inicua; y el respeto humano se transformarton en un desprecio creyente para l@s hombres; el instinto de la libertad terminó en el establecimiento de la servidumbre, y el de la igualdad en la sanción de los privilegios más monstruosos. La caridad, al volverse delatora y perseguidora, ordenó la matanza de l@s herétic@s y las orgías sangrientas de la Inquisición; el hombre religioso se llamó jesuita, devoto o pietista –renunciando a la humanidad se encaminó a la santidad– y el santo, bajo las apariencias de una humanidad más [una palabra ilegible en el original], se volvió hipócrita, y con la caridad ocultó el orgullo y el egoísmo inmenso de un yo humano absolutamente aislado que se ama a sí mismo en su Dios. Porque no hay que engañarse: lo que el hombre religios@ busca sobre todo y lo cree encontrar en la divinidad que ama, es a sí mism@, pero glorificad@, investid@ por la omnipotencia e inmortalizad@. También sacó de él muy a menudo pretextos e instrumentos para someter y para explotar el mundo humano.

He ahí, pues, la primera palabra del culto cristiano: es la exaltación del egoísmo que, al romper toda solidaridad social, se ama a sí mismo en su Dios y se impone a la masa ignorante de l@s hombres en nombre de ese Dios, es decir, en nombre de su yo humano, consciente e inconscientemente exaltado y divinizado por sí mismo. Por eso también, l@s hombres religios@s son por lo general tan ferocesa: al defender a su Dios, toman partido por su egoísmo, por su orgullo y por su vanidad.

De todo esto resulta que el cristianismo es la negación más decisiva y la más completa de toda solidaridad entre l@s hombres, es decir de la sociedad, y por consiguiente también de la moral, puesto que fuera de la sociedad, creo haberlo demostrado, no quedan más que relaciones religiosas del hombre aislad@ con su Dios, es decir, consigo mism@.

L@s metafísic@s modern@s, a partir del siglo XVII, han tratado de restablecer la moral, fundándola, no en Dios, sino en el hombre. Por desgracia, obedeciendo a las tendencias de su siglo, tomaron como punto de partida, no al hombre social, viv@ y real, que es el doble producto de la naturaleza y de la sociedad, sino el yo abstracto del individu@, al margen de todos sus lazos naturales y sociales, aquel mism@ a quien divinizó el egoísmo cristiano y a quien todas las iglesias, tanto católicas como protestantes, adoran como su Dios.

¿Cómo nació el Dios único de l@s monoteístas? Por la eliminación necesaria de tod@s l@s seres reales y viv@s.

Para explicar lo que entendemos por eso es necesario decir algunas cosas sobre la religión. No quisiéramos hablar de ella, pero en los tiempos que corren es imposible tratar la cuestiones políticas y sociales sin tocar la cuestión religiosa.

Se pretendió erróneamente que el sentimiento religioso no es propio más que de l@s hombres; se encuentan perfectamente todos los elementos constitutivos en el reino animal, y entre esos elementos el principal es el miedo. El temor de Dios –dicen los teólogos– es el comienzo de la sabiduría. Y bien, ¿no se encuentra ese temor excesivamente desarrollado en tod@s l@s animales, y no están tod@s l@s animales constantemente amedrentad@s? Todos experimentan un terror instintivo ante la omnipotencia que, si bien l@s produce, l@s cría y l@s nutre, es verdad, al mismo tiempo l@s aplasta, l@s envuelve por todas partes, amenaza su existencia a cada hora y acaba siempre por matarl@s.

Como l@s animales de todas las demás especies no tienen ese poder de abstracción y de generalización de que sólo el hombre está dotad@, no se representan la totalidad de l@s seres que nosotr@s llamamos naturaleza, pero la sienten y la temen. Ese es el verdadero comienzo del sentimiento religioso.

No falta en ell@s siquiera la adoración. Sin hablar del estremecimiento de alegría que experimentan tod@s l@s seres viv@s al levantarse el sol, ni de sus gemidos ante la aproximación de una de esas catástrofes naturales terribles que l@s destruyen por millares; no se tiene más que considerar, por ejemplo, la actitud del perr@ en presencia de su am@. ¿No está en ella por completo la del hombre ante Dios?

Tampoco ha comenzado el hombre por la generalización de los fenómenos naturales, y solamente ha llegado a la concepción de la naturaleza como ser único después de muchos siglos de desarrollo moral. El hombre primitiv@, el salvaje, poco diferente del gorila, compartió sin duda largo tiempo todas las sensaciones y las representaciones instintivas del gorila; no fue sino a largo plazo como comenzó a hacerlas objeto de sus reflexiones, primero necesariamente infantiles, a darles un nombre y por eso mismo a fijarlas en su espíritu naciente.

Fue así como tomó el sentimiento religioso que tenía en común con l@s animales de las otras especies, como se transformó en una representación permanente y en el comienzo de una idea, la de la existencia oculta de un ser superior y mucho más poderos@ que él y generalmente muy cruel y muy malhechor, del ser que le ha causado miedo, en una palabra, de su Dios.

Tal fue el primer Dios, de tal modo rudimentari@, en verdad, que el salvaje que l@ busca por todas partes para conjurarl@, cree encontrarl@ a veces en un trozo de madera, en un trapo, en un hueso o en una piedra: esa fue la época del fetichismo de que encontramos aún vestigios en el catolicismo.

Fueron precisos aún siglos, sin duda, parta que el hombre salvaje pasase del culto de l@s fetiches inanimad@s al de l@s fetiches viv@s, al de l@s bruj@s. Llega a él por una larga serie de experiencias y por el procedimiento de la eliminación: no encontrando la potencia temible que quería conjurar en l@s fetiches, la busca en el hombre-Dios, el bruj@.

Más tarde y siempre por ese mismo procedimiento de eliminación y haciendo abstracción del bruj@, de quien por fin la experiencia le demostró la impotencia, el salvaje adoró sucesivamente todos los fenómenos más grandiosos y terribles de la naturaleza: la tempestad, el trueno, el viento, y, continuando así, de eliminación en eliminación, ascendió finalmente al culto del sol y de los planetas. Parece que el honor de haber creado ese culto pertenece a los pueblos paganos.

Ese era ya un gran progreso. Cuanto más se alejaba del hombre la divinidad, es decir, la potencia que causa miedo, más respetable y grandiosa parecía. No había que dar más que un solo gran paso para el establecimiento definitivo del mundo religioso, y ese fue el de la adoración de una divinidad invisible.

Hasta ese salto mortale de la adoración de lo visible a la adoración de lo invisible, l@s animales de las otras especies habían podido, en rigor, acompañar a su herman@ menor, el hombre, en todas sus experiencias lógicas. Porque ell@s también adoran a su manera los fenómenos de la naturaleza. No sabemos lo que pueden experimentar hacia otros planetas; pero estamos segur@s ede que la Luna y sobre todo el Sol ejercen sobre ell@s una influencia muy sensible. Pero la divinidad invisible no pudo ser inventada más que por el hombre.

Pero el hombre mism@, ¿por qué procedimiento ha podido descubrir ese ser invisible, del que ninguno de sus sentidos, ni su vista, han podido ayudarle a comprobar la existencia real, y por medio de qué artifico ha podido reconocer su naturaleza y sus cualidades? ¿Cuál es, en fin, ese supuesto ser absoluto y que el hombre ha creído encontrar por encima y fuera de todas

las cosas?

El procedimiento no fue otro que esa bien conocida operación del espíritu que llamamos abstracción o eliminación, y el resultado final de esa operación no puede ser más que el abstracto absoluto, la nada. Y es precisamente esa nada a la que el hombre adora como su Dios.

Elevándose por su espíritu sobre todas las cosas reales, incluso su propio cuerpo, haciendo abstracción de todo lo que es sensible o siquiera visible, inclusive el firmamento con todas las estrellas, el hombre se encuentra frente al vacío contenido, sin ningún límite.

Es ese vacío, el espíritu del hombre que lo produjo por medio de la eliminación de todas las cosas, no pudo encontrar necesariamente más que a sí mism@ en estado de potencia abstractiva; viéndolo todo destruido y no teniendo ya nada que eliminar, vuelve a caer sobre sí en una inacción absoluta; y considerándose en esa completa inacción un ser diferente de sí, se presenta como su propio Dios y se adora.

Dios no es, pues, otra cosa que el yo humano absolutamente vacío a fuerza de abstracción o de eliminación de todo lo que es real y vivo. Precisamente de ese modo lo concibió Buda, que, de todos los reveladores religiosos, fue ciertamente el más profundo, el más sincero, el más verdadero.

Sólo que Buda no sabía y no podía saber que era el espíritu humano mismo el que había creado ese Dios-nada. Apenas hacia el fin del siglo último[3] comenzó la humanidad a percatarse de ello, y sólo en nuestro siglo[4], gracias a los estudios mucho más profundos sobre la naturaleza y sobre las operaciones del espíritu humano se ha llegado a dar cuenta completa de ello.

Cuando el espíritu humano creó a Dios, procedió con la más completa ingenuidad; y, sin saberlo, pudo adorarse en su Dios-nada.

Sin embargo, no podía detenerse ante esa nada que había hecho él mism@, debía llenarla a todo precio y hacerla volver a la tierra, a la realidad viviente. Llegó a ese fin siempre con la misma ingenuidad y por el procedimiento más natural, más sencillo. Después de haber divinizado su propio yo en ese estado de abstracción o de vacío absoluto, se arrodilló ante él, lo adoró y lo proclamó la causa y el autor de todas las cosas; ese fue el comienzo de la teología.

Dios, la nada absoluta, fue proclamado el único ser vivo, poderoso y real, y el mundo viviente y, por consecuencia necesaria, la naturaleza, todas las cosas efectivamente reales y vivientes, al ser comparadas con ese Dios fueron declaradas nulas. Es propio de la teología hacer de la nada lo real y de lo real la nada.

procediendo siempre con la misma ingenuidad y sin tener la menor conciencia de lo que hacía, el hombre usó de un medio muy ingenioso y muy natural a la vez para llenar el vacío espantoso de su divinidad: le atribuyó simplemente, exagerándolas siempre hasta proporciones monstruosas, todas las acciones, todas las fuerzas, todas las cualidades y propiedades, buenas o malas, benéficas o maléficas, que encontró tanto en la naturaleza como en la sociedad. Fue así como la tierra, entregada al saqueo, se empobreció en provecho del cielo, que se enriqueció con sus despojos.

Resultó de esto que cuanto más enriqueció el cielo –la habitación de la divinidad-, más miserable se volvió la tierra, y bastaba que una cosa fuese adorada en el cielo, para que todo lo contrario de esa cosa se encontrase realizada en este bajo mundo. Eso es lo que se llama ficciones religiosas, y a cada una de esas ficciones corresponde, como sabemos perfectamente, alguna realidad monstruosa; así, el amor celeste no ha tenido nunca otro efecto que el odio terrestre, la bondad divina no ha producido sino el mal, y la libertad de Dios significa la esclavitud aquí abajo. Veremos pronto que lo mismo sucede con todas las ficciones políticas y jurídicas, pues unas y otras son por lo demás consecuencias o transformaciones de la ficción religiosa.

La divinidad asumió de repente ese carácter absolutamente maléfico. En las religiones panteístas del Oriente, en el culto de los brahmanes y en el de los sacerdotes de Egipto, así como las creencias fenicias y siríacas, se presentaba ya bajo un aspecto terrible. El Oriente fue en todo tiempo y es aún hoy, en cierta medida al menos, la patria de la divinidad despótica, aplastadora y feroz, negación del espíritu de la humanidad. Esa es también la patria de l@s esclav@s, de l@s monarcas absolut@s y de las castas.

En Grecia la divinidad se humaniza –su unidad misteriosa, reconocida en Oriente sólo por los sacerdotes, su carácter

atroz y sombrío son relegados al fondo de la mitología helénica—, al panteísmo sucede el politeísmo. El Olimpo, imagen de la federación de las ciudades griegas, es una especie de república muy débilmente gobernada por el padre de los dioses, Júpiter, que obedece él mismo los decretos del destino.

El destino es impersonal; es la fatalidad misma, la fuerza irresistible de las cosas, ante la cual debe plegarse todo, hombres y dioses. Por lo demás, entre es@s dioses, cread@s por l@s poetas, ningun@ es absolut@; cada un@ representa sólo un aspecto, una parte, bien sea del hombre, bien de la naturaleza en general, sin dejar, sin embargo, de ser por eso seres concret@s y viv@s. Se completan mutuamente y forman un conjunto muy vivo, muy gracioso y sobre todo muy humano.

Nada hay sombrío en esa religión, cuya teología fue inventada por l@s poetas, añadiendo cada cual libremente algún Dios o alguna Diosa nuev@s, según las necesidades de las ciudades griegas, cada una de las cuales se honraba con su divinidad tutelar, representante de su espíritu colectivo. Esa fue la religión no de l@s individu@s, sino de la colectividad de l@s ciudadan@s de tantas patrias restringidas y [la primera parte de una palabra ilegible]... mentes libres, más o menos asociadas entre sí, por otra parte, por una especie de federación imperfectamente organizada y muy [una palabra ilegible].

De todos los cultos religiosos que nos muestra la historia, ese fue ciertamente el menos teológico, el menos serio, el menos divino y a causa de eso mismo el menos malhechor, el que menos obstaculizó el libre desenvolvimiento de la sociedad humana. La sola pluralidad de un@s dioses más o menos iguales en potencia era una garantía contra el absolutismo; perseguid@ por un@s, se podía buscar la protección de l@s otr@s y el mal causado por un Dios encontraba su compensación en el bien producido por otr@. No existía, pues, en la mitología griega esa contradicción lógica y moralmente monstruosa del bien y el mal, de la belleza y la fealdad, de la bondad y la maldad, del amor y el odio concentrados en una sola y misma persona, como sucede fatalmente en el Dios del monoteísmo.

Esa monstruosidad la encontramos completamente activa en el Dios de l@s judí@s y de l@s cristian@s. Era una consecuencia necesaria de la unidad divina; y, en efecto, una vez admitida esa unidad, ¿cómo explicar la coexistencia del bien y del mal? L@s antigu@s persas habían imaginado al menos dos dioses: uno, el de la luz y del bien, Ormuz; el otro, el del mal y de las tinieblas, Ahrimán; entonces era natural que se combatieran, como se combaten el bien y el mal y triunfan sucesivamente en la naturaleza y en la sociedad. Pero, ¿cómo explicar que un solo y mismo Dios, omnipotente, todo verdad, amor, belleza, haya podido dar nacimiento al mal, al odio, a la fealdad, a la mentira?

Para resolver esta contradicción, los teólogos judíos y cristianos han recurrido a las invenciones más repulsivas y más insensatas. Primero atribuyeron todo el mal a Satanás. Pero Satanás, ¿de donde procede? ¿Es, como Ahrimän, el igual a Dios? De ningún modo; como el resto de la creación, es obra de Dios. Por consiguiente, ese Dios fue el que engendró el mal. No, responden los teólogos; Satanás fue primero un ángel de luz y desde su rebelión contra Dios se volvió ángel de las tinieblas. Pero si la rebelión es un mal —lo que está muy sujeto a caución, pues nosotr@s creemos al contrario que es un bien, puesto que sin ella no habría habido nunca emancipación social—, si constituye un crimen, ¿quién ha creado la posibilidad de ese mal? Dios, sin duda, os responderán aun los mismos teólogos, pero no hizo posible el mal más que para dejar a los ángeles y a l@s hombres el libre albedrío. ¿Y qué es el libre albedrío? Es la facultad de elegir entre el bien y el mal, y de decidir espontáneamente bien por uno o bien por otro. Pero para que los ángeles y l@s hombres hayan podido elegir el mal, para que hayan podido decidirse por el mal, es preciso que el mal haya existido independientemente de ell@s, ¿y quién ha podido darle esa existencia, sino Dios?

También pretenden los teólogos que, después de la caída de Satanás, que precedió a la del hombre, Dios, sin duda iluminado por esa experiencia, no queriendo que otros ángeles siguiertan el ejemplo de Satanás, les privó del librte albedrió, no dejándoles más que la facultad del bien, de suerte que en lo sucesivo fueran necesariamente virtuosos y no se imaginaran otra felicidad que la de servir eternamente como criados a ese terrible señor.

Pero parece que Dios no quedó suficientemente iluminado por su primera experiencia, puesto que, después de la caída de Satanás, creó al hombre y, por ceguera o maldad, no dejó de concederle ese don fatal de libre albedrío que perdió a Satanás y que debía perderlo también a El.

La caída del hombre, tanto como la de Satanás, era fatal, puesto que había estado determinada desde la eternidad en la presciencia divina. Por lo demás, sin remontarnos tan alto, nos permitiremos observar que la simple experiencia de un

honesto padre de familia habría debido impedir al buen Dios someter a es@s desgraciad@s primer@s hombres a las famosa tentación. El más simple padre de familia sabe muy bien que basta que se impida a l@s niñ@s tocar una cosa para que un instinto de curiosidad invencible los fuerce absolutamente a tocarla. Por tanto, si ama a l@s hij@s y si es realmente just@ y buen@, les ahorrará esa prueba tan inútil como cruel.

Dios no tuvo ni esa razón ni esa bondad, ni esa [una palabra ilegible] y aunque supiese de antemano que Adán y Eva debían sucumbir a la tentación, en cuanto se cometió ese pecado, helo ahí que se deja llevar por un furor verdaderamente divino. No se contenta con maldecir a l@s desgraciad@s desobedientes, maldice a toda su descendencia hasta el fin de los siglos, condenando a los tormentos del infierno a millares de hombres que eran evidentemente inocentes, puesto que ni siquiera habían nacido cuando se cometió el pecado. No se contentó con maldecir a l@s hombres, maldijo con ell@s a toda la naturaleza, su propia creación, que había encontrado él mismo tan bien hecha.

Si un padre de familia hubiese obrado de ese modo, ¿no se le habría declarado loc@ de atar? ¿Cómo se han atrevido los teólogos a atribuir a su Dios lo que habría considerado absurdo, cruel [una palabra ilegible] y anormal de parte de un hombre? ¡Ah, es que han tenido necesidad de ese absurdo! ¿Cómo, si no, habrían podido explicar la existencia del mal en este mundo que debía haber salido perfecto de manos de un obrero tan perfecto, de ese mundo creado por Dios mismo?

Pero, una vez admitida la caída, todas las dificultades se allanan y se explican. Lo pretenden al menos. La naturaleza primero perfecta, se vuelve de repente imperfecta, toda la máquina se descompone; a la armonía primitiva sucede el choque desordenado de las fuerzas; la paz que reinaba al principio entre todas las especies de animales, deja el puesto a una carnicería espantosa, al devorarse mutuamente; y el hombre, el rey de la naturaleza, la sobrepasa en ferocidad. La tierra se convierte en el valle de sangre y de lágrimas, y la ley de Darwin –la lucha despiadada por la existencia– triunfa en la naturaleza y en la sociedad. El mal desborda al bien, Satanás ahoga a Dios.

Y una inepcia semejante, una fábula tan ridícula, repulsiva, monstruosa, ha podido ser seriamente repetida por grandes doctores en teología durante más de quince siglos, ¿qué digo?, todavía lo es; más que eso, es enseñado oficialmente, obligatoriamente en todas las escuelas de Europa. ¿Qué hay que pensar, pues, después de eso de la especie humana? ¿Y no tienen mil veces razón l@s que pretenden que traicionemos aun hoy mismo nuestro próximo parentesco con el gorila?

Pero el espíritu [una palabra ilegible] de los teólogos cristianos no se detiene en eso. En la caída del hombre y en sus consecuencias desastrosas, tanto por su naturaleza como por sí mism@, ha adorado la manifestación de la justicia divina. Después han recordado que Dios no sólo era la justicia, sino que era también el amor absoluto y, para conciliar uno con otro, he aquí lo que inventaron:

Después de haber dejado a esa pobre humanidad durante millares de años bajo el golpe de su terrible maldición, lo que tuvo como consecuencia la condena de algun@s millares de seres human@s a la tortura eterna, sintió despertarse el amor en su seno, ¿y qué hizo? ¿Retiró del infierno a l@s desdichad@s torturad@s? No, de ningún modo; eso hubiese sido contrario a su eterna justicia. Pero tenía un hijo único; cómo y por qué lo tenía, es uno de esos misterios profundos que los teólogos que se lo dieron, declaran impenetrable, lo que es una manera naturalmente cómoda para salir del asunto y resolver todas las dificultades. Por tanto, ese padre lleno de amor, en su suprema sabiduría, decide enviar a su hijo único a la tierra, a fin de que se haga matar por l@s hombres, para salvar, no las generaciones pasadas, ni siquiera las del porvenir, sino, entre las últimas, como lo declara el Evangelio mismo y como lo repite cada día tanto la Iglesia católica como l@s protestantes, sólo un número muy pequeño de elegid@s.

Y ahora la carrera está abierta; es, como dijimos antes, una especie de carrera por apuestas, un sálvese quien pueda, por la salvación del alma. Aquí l@s católic@s y l@s protestantes se dividen: l@s primer@s pretenden que no se entra en el paraíso más que con el permiso especial del padre santo, el Papa; l@s protestantes afirman, por su parte, que la gracia directa e inmediata del buen Dios es la única que abre las puertas. Esta grave disputa continúa aún hoy; nosotr@s no nos mezclamos en ella.

Resumamos en pocas palabras la doctrina cristiana:

Hay un Dios, ser absoluto, eterno, infinito, omnipotente; es la omnisapiencia, la verdad, la justicia, la belleza y la felicidad, el amor y el bien absolutos. En él todo es infinitamente grande, fuera de él está la nada. Es, en fin de cuentas, el Ser supremo,

el Ser único.

Pero he aquí que la nada –que por eso mismo parece haber tenido una existencia aparte, fuera de él lo que implica una contradicción y un absurdo, puesto que si Dios existe en todas partes y llena con su ser el espacio infinito, nada, ni la misma nada puede existir fuera de él, lo que hace creer que la nada de que nos habla la Biblia estuviese en Dios, es decir, que el ser divino mismo fuese la nada–, Dios creó el mundo.

Aquí se plantea por sí misma una cuestión. La creación, ¿estuvo realizada toda la eternidad o bien lo fue en un momento dado de la eternidad? En el primer caso, es eterna como Dios mismo y no pudo haber sido creada ni por Dios ni por nadie; porque la idea de la creación implica la precedencia del creador a la criatura. Como todas las ideas teológicas, la idea de la creación es una idea por completa humana, tomada en la práctica de la humana sociedad. Así, el relojer@ crea un reloj, el arquitect@ una casa, etc. En todos estos casos el productor existe al crear (?) el producto; fuera del producto, y eso es lo que constituye esencialmente la imperfección, el carácter relativo y, por decirlo así, dependiente tanto del productor como del producto.

Pero la teología, como por lo demás hace siempre, ha tomado esa idea y ese hecho completamente humanos de la producción y al aplicarlos a su Dios, al extenderlos hasta el infinito y al hacerlos salir por eso mismo de sus proporciones naturales, ha formado una fantasía tan monstruosa como absurda.

Por consiguiente, si la creación es eterna, no es creación. El mundo no ha sido creado por Dios, por tanto tiene una existencia y un desenvolvimiento independiente de él –la eternidad del mundo es la negación de Dios mismo– pues Dios era esencialmente el Dios creador.

Por tanto, el mundo no es eterno; hubo una época en la eternidad en que no existía. En consecuencia, pasó toda una eternidad durante la cual Dios absoluto, omnipotente, infinito, no fue un Dios creador, o no lo fue más que en potencia, no en el hecho.

¿Por qué no lo fue? ¿Es por capricho de su parte, o bien tenía necesidad de desarrollarse para llegar a la vez a potencia efectiva creadora?

Esos son los misterios insondables, dicen los teólogos. Son absurdos imaginados por vosotros mismos, les respondemos nosotr@s. Comenzáis por inventar el absurdo, después nos lo imponéis como un misterio divino, insondable y tanto más profundo cuanto más absurdo es.

Es siempre el mismo procedimiento: Credo quia absurdum.

Otra cuestión: la creación, tal como salió de las manos de Dios, ¿fue perfecta? Si no lo fue, no podía ser creación de Dios, porque el obrer@, es el Evangelio mismo el que lo dice, se juzga según el grado de perfección de su obra. Una creación imperfecta supondría necesariamente un creador imperfecto. Por tanto, la creación fue perfecta.

Pero si lo fue, no pudo haber sido creada por nadie, porque la idea de la creación absoluta excluye toda idea de dependencia o de relación. Fuera de ella no podría existir nada. Si el mundo es perfecto, Dios no puede existir.

La creación, responderán los teólogos, fue seguramente perfecta, pero sólo en relación a todo lo que la naturaleza o l@s hombres pueden producir, no en relación a Dios. Fue perfecta, sin duda, pero no perfecta como Dios.

Les responderemos de nuevo que la idea de perfección no admite grados, como no los admite ni la idea de infinito ni la de absoluto. No puede tratarse de más o menos. La perfección es una. Por tanto, si la creación fue menos perfecta que el creador, fue imperfecta. Y entonces volveremos a decir que Dios, creador de un mundo imperfecto, no es más que un creador imperfecto, lo que equivaldría a la negación de Dios.

Se ve que de todas las maneras la existencia de Dios es incompatible con la del mundo. Si existe el mundo, Dios no puede existir. Pasemos a otra cosa.

Ese Dios perfecto crea un mundo más o menos imperfecto. Lo crea en un momento dado de la eternidad, por capricho y sin duda para combatir el hastío de su majestuosa soledad. De otro modo, ¿para qué iba a crearlo? Misterios insondables, nos gritarán los teólogos. Tonterías insoportables, les responderemos nosotr@s.

Pero la Biblia misma nos explica los motivos de la creación. Dios es un ser esencialmente vanidoso, ha creado el cielo y la tierra para ser adorado y alabado por ellos. Otr@s pretenden que la creación fue el efecto de su amor infinito. ¿Hacia quién?

¿Hacia un mundo, hacia seres que no existían, o que no existían al principio más que en su idea, es decir, siempre para él?

[El manuscrito termina aquí. El final, si se escribió, no se ha encontrado]

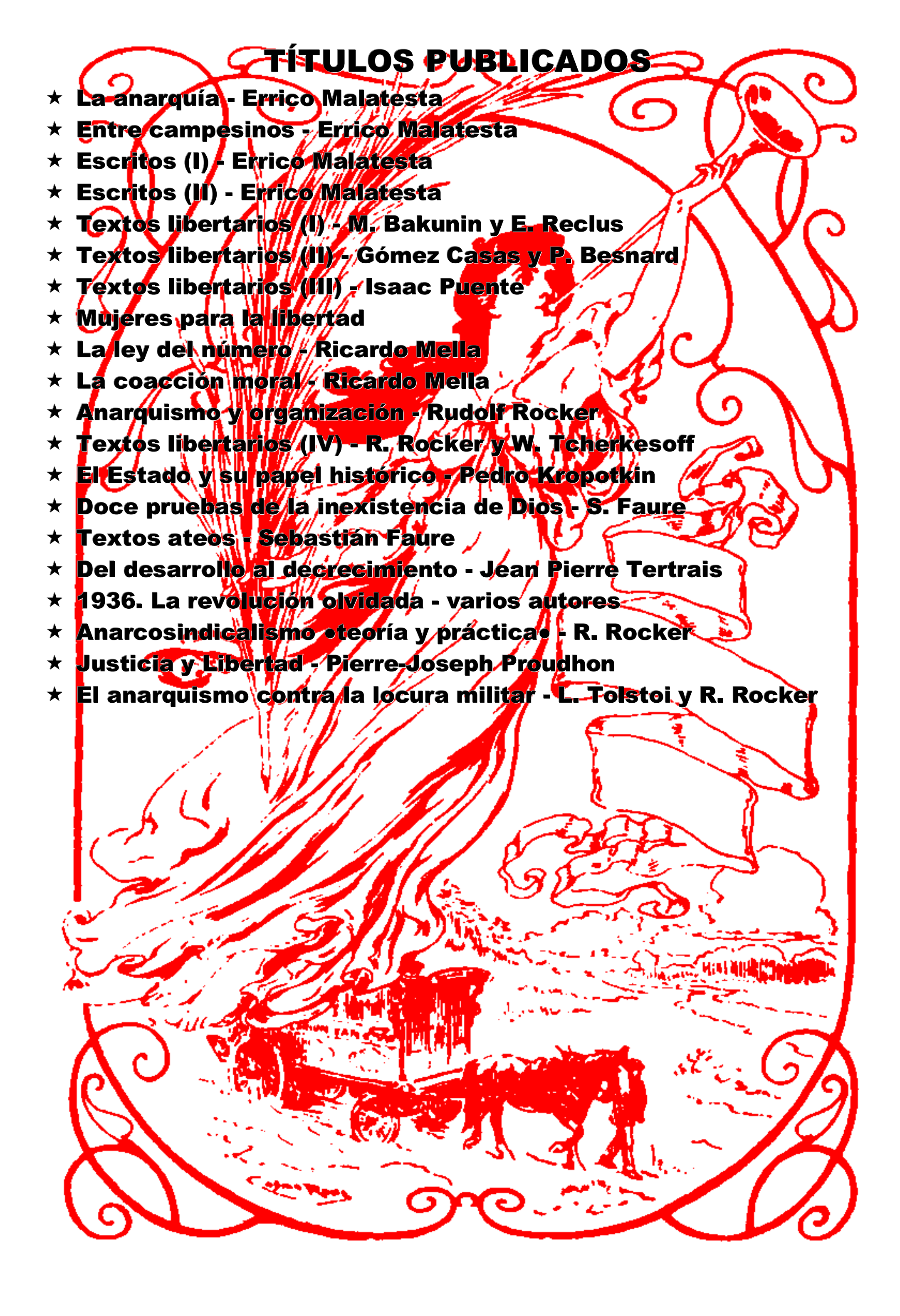
[1] Este texto es el "... manuscrito inacabado de 36 páginas: «De la naturaleza histórica del Estado. El principio del Estado»" a que se refiere Nettlau en el último párrafo de la "Nota introductoria" como inédito. Se publicó al año siguientedel tomo I de las Oeuvres en la revista La Societé Nouvelle, noviembre de 1896, pp. 577-595.

[2] Joseph Maistre. Era conde, escritor sardinio (Chambéry, 1753 - Turín 1821). Escribió en francés. Fue un enemigo feroz de la revolución francesa. Publicó escritos a favor de la contrarevolución de l@s cristian@s y l@s ultramontesin@s.

[3] Se trata del siglo XVIII.

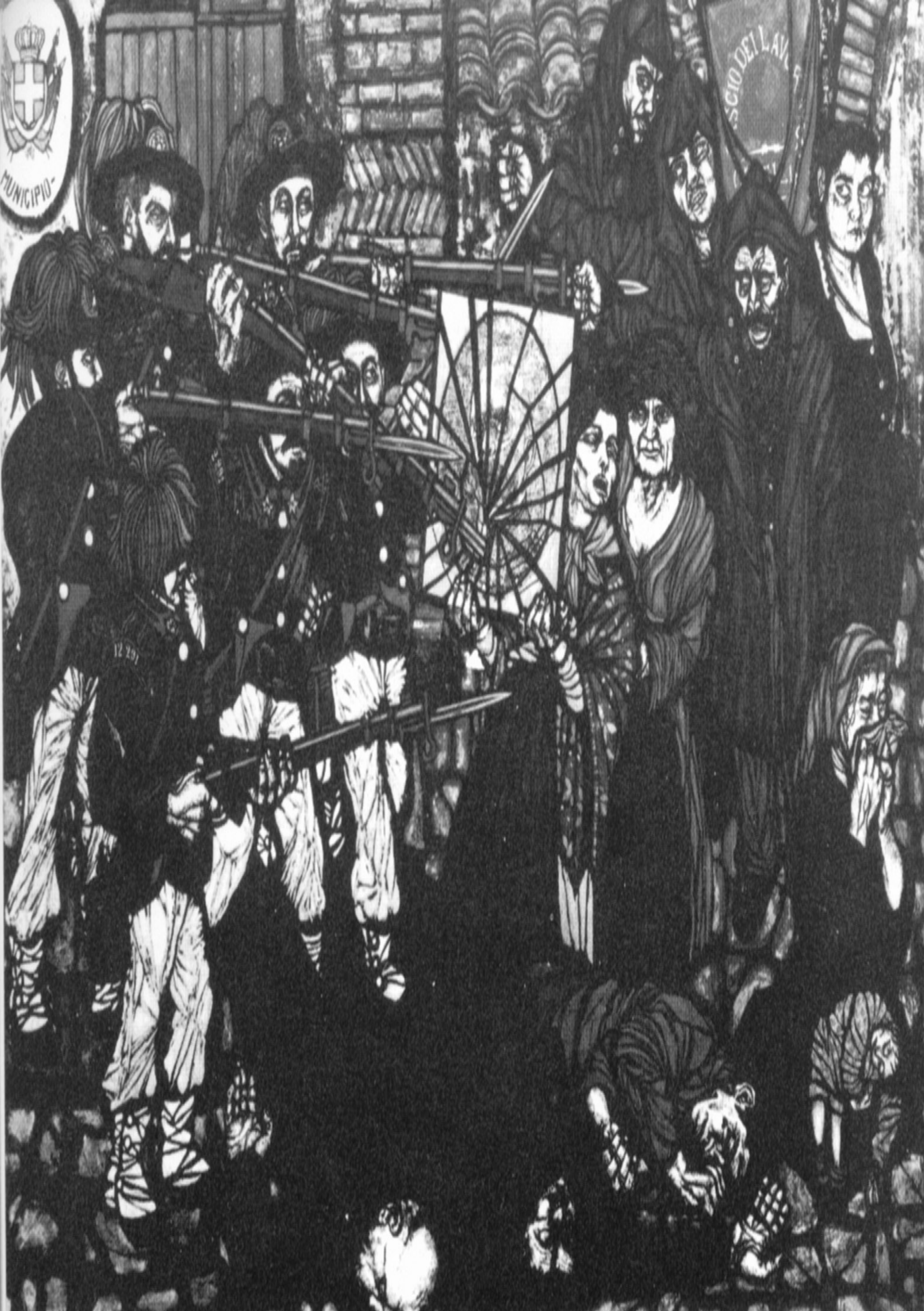
[4] Se trata del siglo XIX





TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Textos libertarios (III) - Isaac Puente
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ La ley del número - Ricardo Mella
- ★ La coacción moral - Ricardo Mella
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Textos libertarios (IV) - R. Rocker y W. Tcherkesoff
- ★ El Estado y su papel histórico - Pedro Kropotkin
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure
- ★ Textos ateos - Sebastián Faure
- ★ Del desarrollo al decrecimiento - Jean Pierre Tertrais
- ★ 1936. La revolución olvidada - varios autores
- ★ Anarcosindicalismo •teoría y práctica• - R. Rocker
- ★ Justicia y Libertad - Pierre-Joseph Proudhon
- ★ El anarquismo contra la locura militar - L. Tolstoi y R. Rocker


MUNICIPIO
SCIO DEI LAV
12 291